



Rafael Ramón Castellanos

*El milagroso médico
de los pobres
en Isnotú*



El milagroso médico
de los pobres en Isnotú


EL PERRO
y LARANA

1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Rafael Ramón Castellanos

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección

Gema Medina

Diagramación

Vilma Jaspe

Diseño de portada

Arturo Mariño

Ilustraciones internas

Carmen Diomira Rodríguez

De la serie: *Percepción oval*, 2022.

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5081-8

Depósito legal: DC2022001164

Rafael Ramón Castellanos

El milagroso médico
de los pobres en Isnotú

*Gracias por tan inmenso milagro que me devolvió
la vida y el espíritu para la lucha por los humildes y
los desamparados de mi pueblo. Esta es una biografía escrita
desde mi corazón agradecido para alabar
tu pedazo de patria universal que es Isnotú.*

R. R. C.

UNA BIOGRAFÍA-TESTIMONIO

Por la palabra de gente de fe, devota sincera de José Gregorio Hernández, he sabido de experiencias de encuentros a solas con él. De un modo u otro, sienten su presencia o una conexión personal que califican de *muy real* y que les permite estar en su compañía. Pero esas son experiencias intransferibles de las que solo podemos ser confidentes o simples escuchas. En cambio, este libro nos da la posibilidad de vivir con El Médico de los Pobres las emociones y, sobre todo, las remembranzas y reflexiones que le quitaron el sueño cuando se quedó a solas en su habitación la noche del día de su graduación como Doctor en Ciencias Médicas.

Boca arriba en su cama, el joven trujillano piensa en todo cuanto ha vivido desde que llegó a Caracas en un viaje que lo llevó del lomo de una mula a los tablones de una piragua, del asiento de un carruaje a la cubierta de un barco y de ahí otra vez a un carruaje hasta entrar al Colegio Villegas, donde su vida comenzó otra vez. Así, colándose sigilosamente en ese pequeño cuarto, observando en silencio y entrando en la inquieta mente de José Gregorio, Rafael Ramón Castellanos

logra conectarnos con él de una forma *muy real*. De esa manera, reconstruye no solo la vivencia emocional del entonces recién graduado practicante de la medicina sino su historia personal y la del país donde vive.

A través del viaje al centro de la memoria de Hernández, el autor cuenta la biografía del matrimonio Hernández Cisneros y reconstruye la situación social y política de los Andes venezolanos y de Caracas, ciudad de la que hace una vívida descripción mediante un curioso recurso: nos pone a leer lo mismo que lee José Gregorio para estudiar y comprender el contexto en el que se desenvuelve. De igual modo, sale a caminar con él por las calles de la capital que un día antes lo ha elogiado públicamente como primer estudiante de la Universidad Central de Venezuela. No ha podido conciliar el sueño, pero no falta a la misa, y mientras camina hacia la iglesia piensa en Isnotú, hacia donde va a regresar para dar todo lo que esté a su alcance, movido por el compromiso de ayudar a su gente. Pero también para empezar a labrarse una carrera y asegurarse ingresos que, entre otras cosas, le permitan un día partir a Europa.

Ese día termina con una agitación mayor en el ánimo de José Gregorio, que ya no ve la hora de emprender el viaje al terruño. Lo que sigue es una minuciosa reconstrucción del viaje y de sus días en los predios trujillanos, para lo cual Castellanos se basa en el mejor documento posible: las cartas de su famoso, legendario y santo paisano. Con una gran habilidad narrativa, va tejiendo esas cartas con su propio relato, lo cual le da a este libro un carácter especial, pues sin dejar de ser obra de su autor, es un testimonio directo del beato.

En ese testimonio encuentra el autor un vínculo indisoluble con Isnotú, a donde nunca más Hernández regresaría en vida. El título de la obra cobra un sentido más amplio; no es solo el recuento de los nueve meses del Médico de los Pobres en su tierra natal. Castellanos considera que fue un viaje de formación que tuvo su impacto en el joven médico: “Los estudios, los compromisos, la vocación de servicio a la comunidad y a Dios, le han de privar de por siempre de regresar al lar nativo, pero del mismo no se desprendió nunca en cada una de sus evocaciones”. Esas evocaciones reforzarían su sentido de pertenencia al terruño, así como la voluntad de permanecer junto a los suyos. Y esa “permanencia al lado de sus familiares, de su pueblo y de sus recuerdos de la niñez y la juventud, le habrán de ser eminentemente útiles en el futuro”.

CARLOS ORTIZ BRUZUAL



I

FRENTE AL JURADO EXAMINADOR

Avanza tranquilo y confiado el joven bachiller. Tiene nervios de acero y una infinita fe que irradia porvenir, luz y caminos. Desde cuando apenas era un imberbe aprendió las responsabilidades en las aulas y practicó la devoción como meta y como norte en sus ejecutorias más diversas.

Un día propicio para el éxito es este 28 de junio de 1888. La antiquísima Universidad de Caracas está llena de augurios y de voces juveniles que inundan de porvenir todas las áreas. Hay comentarios de toda índole, juegan a la bondad y a la alegría multitud de felicitaciones. El júbilo es general y lo comparten los ojos y los labios y las voces y los pálpitos del corazón de todos los que deambulan por los pasillos, por las aulas, por las inmediaciones de las estatuas de los patios interiores, o de los que marchan eufóricos por el bulevar que hasta no hace mucho tiempo presentaba a la vista de paisanos y de extraños la estatua del Gran Saludante, que así llamaban en los corrillos populares el monumento ecuestre del viejo caudillo liberal Antonio Guzmán Blanco.

Nadie ignora la vetusta ceiba, cada día más hermosa, allí frente a la majestuosa iglesia de San Francisco, emporio de rebeldía tradicional, centro de patriotismo más vigoroso, teatro de los más trascendentes acontecimientos políticos del país desde los mismos días del 5 de julio de 1811 hasta la hora en que el doctor Juan Pablo Rojas Paúl va a asumir sus funciones de Presidente de la República el 5 de julio de 1888.

El dinámico y fervoroso bachiller ha coronado la cúspide. Ya es doctor en Ciencias Médicas. Cómo recuerda ahora aquellos días del año de 1871 cuando llegó de la mano de su padre, don Benigno Hernández Manzaneda y de su madre doña Josefa Antonia Cisneros Mansilla de Hernández, a las puertas de la escuelita humilde de su pueblo Isnotú. Cómo rememora la altivez y la dignidad, la sencillez y el decoro, la participación cristiana y la altura moral de su primer maestro, don Pedro Celestino Sánchez, quien se jactaba de haber sido guardia marina al servicio de la Patria, cuyo grado le expidió un médico eminente que fue presidente de la república, el doctor José María Vargas; cómo le narraba a los alumnos la forma en que escapó de la muerte en un naufragio en aguas del golfo, frente a la Goajira venezolana, donde perdió todo su equipaje y sus pocas economías, habiendo resuelto abandonar la carrera militar porque era ya “inútil e infecunda, pues la patria no tenía enemigos a quienes combatir” y entonces se consagró a la enseñanza. Así fue como pasó por La Ceiba, siguió hasta Apolonia, pernoctó en Betijoque y llegó a Isnotú. El destino le tenía reservada allí su estada, su cátedra y su permanencia en la historia al haber sido conductor de un pequeño adolescente que afincaría su nombre en los siglos.

Mientras José Gregorio Hernández espera sosegado a las puertas del Rectorado que está en manos del eminente médico doctor Aníbal Dominici, vuelve los ojos hacia el pasado cuando aquel 9 de febrero de 1878 llega a Caracas por la primera vez, enviado por su padre al cuidado de los generales Jesús Romero y Francisco Vásquez para que lo internen en el Colegio Villegas que dirigía un titán de la docencia de entonces, el doctor Guillermo Tell Villegas y donde, con apenas catorce años de edad, queda inscrito en la Clase de Gramática el 24 de abril. Ya por agosto recibe diploma por su aprovechamiento en Etimología y ahora, diez años más tarde, demora apenas por el día de acudir ante el jurado para presentar su examen magistral y optar al título de Doctor en Ciencias Médicas.

Le asignan el 29 de julio siguiente para este episodio solemne de su vida. Es el día de san Pedro y de san Pablo. Presente está toda una trayectoria moral en los anales de la ilustre Universidad Central de Venezuela cuando queda solemnizado en el acto de graduación la proyección de la alma máter en el medio social y en el espíritu del favorecido por la ciencia tras meritorios estudios. No solo recibe felicitaciones de maestros y condiscípulos, sino que el acto de graduación congregó a cientos de participantes, pues gozaba él de fama y de prestigio. Toda la universidad sabía de su nombre, de sus sacrificios, de sus altísimas calificaciones en todas las materias y de su fervor cristiano. Quedó así inscrito en el libro de registro de grados de la alta casa de estudios el nombre del brillante trujillano como ejemplo de dedicación, de esmero,

de concretización al estudio y a las responsabilidades como investigador en materia tan complicada.

Pero ¿por qué fue convocado José Gregorio Hernández el día de san Pedro y san Pablo para tan fausto acontecimiento? Un ángel tutelar estuvo detrás de esa hora digna de la luz para la verdad del sacrificio. Sin embargo, coincidentalmente, le tenía reservado el arcano de todos los tiempos que fuese, justamente, el domingo 29 de junio de 1919, a treinta y un años, exactos, de su consagración en Ciencias Médicas, cuando en cumplimiento de los deberes inherentes a su profesión, perdiese la vida en un casi inverosímil accidente automovilístico en la misma ciudad que lo recibiera en 1878, que lo hizo doctor en Medicina en 1888 y que lo tuvo en su seno el más largo tiempo de toda su existencia de adusto varón, para que sus habitantes lo viesen hacer obra piadosa, darse por entero a los humildes y ofrecer su óbolo a la alta majestad de la vocación pía.

Este 29 de junio de 1888 marcó huella perenne en su vida. Sucesos de muy variada índole alimentaron los anales para que hoy por hoy se recuerden con patética certidumbre. En primer lugar, el rector de la Universidad de Caracas que le otorgó el título no solamente había sido consejero, amigo y protector, sino que era, además, el padre de uno de sus mejores y más preciados amigos y condiscípulos: Santos Aníbal Dominici. En segundo lugar, en su tierra natal se había desatado una epidemia de fiebre amarilla o vómito negro y él quería darse del todo a socorrer a sus paisanos, aportando las novedades científicas que la jerarquía le daba en dote al coronar la carrera como el más brillante de los profesionales de su generación.

Y en tercer lugar, contaba con el apoyo de los más disímiles políticos y profesionales de todas las áreas del saber que veían en él una estrella tutelar en su campo y una figura cimera llena de futuro en su acción más conspicua.

La noche del 28 fue toda de meditación para el galeno recién investido de la gloria de sanar enfermos, aunque le faltaba el hito definitivo que sería a la mañana siguiente. El día anterior Caracas había sido sacudida por la conmoción política, pues las Cámaras Legislativas se preparaban para elegir el Consejo Federal que designaría al Presidente Constitucional de la República para el bienio 1888-1890 al ilustre doctor Juan Pablo Rojas Paúl. Por cierto, que habrán de ser asistentes a su graduación los senadores por el estado Los Andes, generales Jesús María Aristiguieta, Francisco Alvarado y José María Baptista, así como los diputados generales Víctor de Jesús González, Carlos F. Ruiz y doctor Juan Pedro Chuecos Miranda, así como algunos familiares y la mayoría de los Dominici.

Llega la hora ansiada. “El examen, habría de decir el doctor Pedro César Dominici en *El Universal* de Caracas muchos años después, fue memorable. Mi padre le había anunciado que lo celebraríamos con una fiesta; su fama de ser el primer estudiante de la universidad hizo solemne ese año el 29 de junio”.

El acontecimiento era realmente sorprendente por la categoría del personaje principal que ha de someterse a la prueba concluyente en su destino de estudiante universitario. “El salón rebosaba de estudiantes y curiosos”. Profesores de todas las escuelas se congregaban junto al jurado en una insólita

reunión jamás habida antes. El centro lo acapara el joven graduando “sentado en aquella pequeña silla, turbadora y dramática para tantos”, desde donde regalaba una sonrisa humilde, franca y serena, así como una mirada tierna y dulce desde sus ojillos negros y penetrantes.

Los cinco profesores, apoltronados en semicírculo frente al aspirante, tenían el apoyo, y la mirada adusta también, de otros colegas que habían sido maestros del bachiller Hernández. Cada uno de ellos debía interrogarlo durante media hora “en la que el examinador podía tomar diferentes temas de los correspondientes a los seis años de Medicina”. Allí estaba la mayoría de sus profesores. Toda oídos, toda ojos, toda cerebro. Una muralla donde podían destrozarse los más recios pensamientos, las más conspicuas ideas y aun los conceptos más diáfanos, si surgía cualquier elemental dubitación.

Se veían en condición rectora, envueltos en el majestuoso protocolo del birrete y de la toga como bandera de exactitud y cumplimiento. Eran los maestros más estrictos, radicales, duros e implacables, dueños del raciocinio, de la precisión científica y ecuanimes a la vez. Oscilaban sus edades entre los cuarenta y los setenta y cinco años. Ante ellos José Gregorio Hernández se crecía en las respuestas para desarrollar los temas que al azar han salido en los tres sobres respectivos. Allí están el doctor Elías Rodríguez, “fisiólogo experto, patólogo eminente, terapeuta racional, clínico profundo”; el doctor Calixto González, precursor de la Fisiología experimental en Venezuela; el doctor Nicanor Guardia, aquel que había practicado por primera vez en Venezuela el 18 de julio de

1867, la intervención quirúrgica por embarazo ectópico roto; el doctor Manuel María Ponte, quien ocho años antes, en 1880, introdujo a nuestro país el Método Listeriano en la primera ovariectomía que se practicó en Caracas, y en la que fue el médico que operó; el doctor Simón Vaamonde Blesbois, célebre en el desempeño de las cátedras de Patología Interna y de Patología General; el doctor Alejandro Frías Sucre, cirujano también de renombre que en 1883 había sucedido en la enseñanza de la Anatomía a aquel categorico ejemplo de sapiencia que había sido el doctor José de Briceño; el doctor José Ignacio Cardozo que tuvo el privilegio de ser el primer presidente del Colegio de Médicos de Caracas; el doctor Miguel R. Ruiz, destacado cirujano que inició en esta tierra la Apendicetomía, el 12 de diciembre de 1896, en la Sala de Operaciones del Hospital Vargas, y el doctor Juan Manuel Vásquez Level, otro apóstol de la Medicina desde la palestra.

Agrega en recuerdo de aquella acción el doctor Pedro César Dominici que “Hernández no fue examinando sino orador, y con frecuencia el diálogo convertíase en monólogo; hecha la pregunta, el discípulo peroraba a voluntad. Sostuvo la tesis sobre los temas escogidos, alrededor de “Medios de distinguir la locura simulada de la locura real”; “El lavado de estómago es una operación inocente y de grande utilidad en las operaciones de este órgano en que esté indicado”, y “En caso de cálculo vesical, ¿cuándo está indicada la litotricia y cuándo las diferentes especies de talla?”.

Al concluir sus exposiciones el salón se llenó de interminables aplausos que fueron cortados por las señas del rector, quien le concedió el grado a José Gregorio Hernández con

palabras llenas de satisfacción, porque, además, elogiando al joven profesional realzaba el gran nombre de la universidad. Y todo el mundo notó que, inusualmente, en ese día, se habían cambiado las reglas, pues comúnmente el secretario hacía salir al público y cerraba la puerta, la cual abría de nuevo después del tiempo reglamentario para proclamar el resultado. En este 29 de junio de 1888 no chirriaron los viejos goznes y profesores y discípulos, amigos y asombrados testigos del público, oyeron las conferencias del aspirante y luego al doctor Vicente E. Guánchez, en su tarea de Secretaría, cuando levantó bien alta la voz para decir “Aprobado” y tras una muy breve pausa con gritos y aplausos de los asistentes, agregar “Sobresaliente por unanimidad”.

II EL RECUERDO HACIA ISNOTÚ. AMANECER CARAQUEÑO

Tanta alegría embargaba los ánimos de todos que el doctor Hernández se sentía un tanto cohibido ya que casi toda su familia se encontraba lejos de él, allá en la tierra betijoqueña y no le había sido posible el viaje hasta la capital de la República. Ya en el cuarto que habitaba, en la soledad, invocando al Señor y a María Inmaculada, el brillante universitario pasea por los vericuetos del recuerdo. Viene a su memoria —como siempre en las horas de sosiego, de paz, de excitación y de tormenta—, la figura cimera de doña Josefa Antonia, la madre, la que tantas veces le habló, cuando niño, de la tierra natal de ella, en los llanos de Barinas, por la villa de Pedraza, y del matrimonio con don Benigno Hernández Manzaneda, y de cómo celebraban el cumpleaños de este el 13 de febrero de cada año —había nacido en 1813 en el pueblo de San Alejo de Boconó—; de la hora en que las circunstancias políticas lo aventaron al peregrinaje hacia los Andes y ella a su lado, decidida y valiente.

Y de la llegada de la pareja a predios trujillanos, y de las angustias del largo viaje, y de la sinceridad y de la cooperación de las gentes en los campos y en los pueblos por donde pasaban. De las travesías y de las encrucijadas y de las posadas y de las pulperías, pero ante todo de la fe en Dios y en el destino que les esperaba.

Como dos astros que rielan sobre la azul anchura del firmamento, eternas líneas paralelas —dice el doctor R. Cifuentes Labastida en *El Universal*, de Caracas, 29 de junio de 1944— jinetean cabalgaduras cubiertas de sudor acre y barro pegajoso y amarillento y una tarde lluviosa y fría enfilaron sus mulas cancinas, de macilentos pasos, sobre las calles tortuosas y esmaltadas de flores del olvidado pueblecito pintoresco de Isnotú, trepado en la saliente de un risco trujillano...

Está su pensamiento con la madrecita ya ida del mundo de los vivos aquel 28 de agosto de 1872, cuando él apenas tenía seis años de edad. El conticinio se interrumpía apenas en su imaginación con la voz angelical de ella que alguna vez le habló de “la vieja casa de tapias, techada con palmos y piso de ladrillos que ocupaba una especie de mesón para caporales de arrias y gentes de esa calaña tosca, situada en el centro de la población de Isnotú” en donde formó hogar con el mancebo apuesto y responsable.

Después su padre le diría de la unión matrimonial de entrambos aquel miércoles 22 de octubre de 1862, pero antes, el 6, el 12 y el 19, días festivos y de misa conventual, se leyeron las proclamas respectivas con arreglo al Santo Concilio de Trento. Dos testigos sencillos y humildes estuvieron en la ceremonia: Froilán García, que ya había hecho buena

amistad con ellos y María Luisa Hernández, hermana del contrayente y quien había llegado a la pequeña población acompañándolos.

Prosperará ya en aquel poblado grato, pletórico de frescura, inmensamente campechano, rodeado de selva por todos los costados, el negocio de pulpería de Benigno Hernández Manzaneda, quien además había establecido un área para las mercancías secas y otra para los productos farmacéuticos, teniendo la osadía, a falta de médico, de recetar y ver enfermos con socorrido éxito. Lo demás era tradicional: frutos de la región, víveres, productos foráneos traídos de Maracaibo o de los Andes merideños. Así llegó el 24 de mayo de 1863 cuando nace María Isolina, la primogénita que apenas va a discurrir por la vida seis meses y diez días. La muerte se la llevó de prisa, pero ya para el siguiente mes de enero doña Josefa Antonia estaba de nuevo en cinta. El dolor de la desaparición de la niña se ha de compensar con la esperanza de un nuevo retoño.

Este 30 de junio de 1888 al amanecer, en cama rústica y colmado de elocuente devoción, el gallardo médico ha de rememorar lo que la cuentería familiar echaba a andar en las tertulias íntimas. Los dolores del parto comenzaron al anochecer del 23 de octubre de 1864. Se habría de llamar Rafael en acción de gracias del día siguiente cuando alboraría su vida, pero no, se demoró el suceso, transcurrieron las horas y es apenas al comenzar el 26 cuando rompe la placenta el primer varón de la familia. Es él, José Gregorio Hernández Cisneros y la noticia corre como revelación de júbilo popular en la minúscula población de Isnotú. El pulpero Benigno Hernández

tiene muchacho, le nació el varón de la casa, ya puede morir tranquilo: tiene sucesor. Será comerciante también. Heredará predios, macuquinas, doblones y tendrá la representación de la familia en los pleitos, las ambiciones, los negocios y las artes del buen vivir en la parroquia, por los “siglos de los siglos, amén”. Pero se perdió la tradición en el santoral. Esa fecha corresponde a san Evaristo y a san Luciano, ¿por qué entonces José Gregorio? Por jerarquía y respeto genealógico. El abuelo paterno había sido José Gregorio Hernández de Yanguas y Mendoza y tendría que ser como él: hacendado, dueño de esclavos, implacable en la disciplina, severo en las órdenes, católico a ultranza, enemigo de las doctrinas liberales y obtuso para el ejercicio de la libertad.

El joven médico ha trasnochado más de la cuenta. La alborada impresiona. Cantaron hace ya tiempo los gallos caraqueños, se ha despertado la urbe. El Ávila sonríe con su verdor de estirpes y el río, el viejo Guaire, desanda entre las márgenes vivificando huertas, mientras que hacia el paseo de El Calvario se desborda la juventud airosa que lleva entre las manos banderas amarillas y un rencor de evocaciones por el nombre sin tregua del Gran Regenerador, Ilustre Americano, general Guzmán Blanco.

Mientras suena la diana de los vecinos cuarteles de El Cuño y de San Carlos, José Gregorio Hernández despabila su insomnio. La felicidad está en su mente con tanta placidez como ha discurrido su vida de estudiante, de músico, de sastre, de pintor, de maestro de sublimes contingencias que enhebran la bondad y la dulzura al destino solar de su futuro.

Alimenta su espíritu con la oración más tierna, embriaga de dulzura su vida haciendo el bien. Acude a ver a algunos pacientes a quienes les ha sido útil desde los días de sus prácticas. Les lleva alimentos y medicinas, pero sin portar el clásico maletín de los profesionales de su género. Jamás lo habrá de usar. Tenía ya su propia identificación moral y física. Una vez un extranjero que paseaba por una de las plazas de la ciudad le manifestó a su compañero que “ese hombre que va allí es médico” y la sorpresa del interlocutor no se dejó esperar: “¿Lo conoces?”. Aquel responde: “No, jamás lo he visto, pero estoy seguro que es médico”. Y para comprobarlo lo alcanzaron y le hicieron la pregunta respectiva. ¿Qué tenía en su cuerpo, en sus pasos, en su vida que lo identificaba en esa forma? Algo más allá de lo común, seguramente.

La ciudad se despierta; puede deletrearse su paisaje con palabras de Rufino Blanco Fombona en *El hombre de hierro*:

Es la aurora. Sopla una brisa fresca, fría casi, de esa que hace meter las manos en los bolsillos y apresurar el paso a los madrugadores. Por las calles aún dormidas, empieza a transitar el público de las mañanitas: el obrero que se introduce en la primera fritanga abierta a apurar su pocillo de café, mascando su arepa y su queso de cincho; el panadero, a caballo en su asno, entre dos serones, que reparte el pan del desayuno; el isleño lechero, cuyas cantimploras pendientes a las ancas de la cabalgadura, forman la música matinal, tan caraqueña, de las hojalatas, la beata que va a misa, terciando el pañolón negro, o el de lujo de crespón blanco; la señorita que va a confesarse, la dueña a la zaga, el paso menudo, arrebuja en su mantilla andaluza; los empleados de tranvía que se apresuran a poner en movimiento los trenes; los pesados tranvías del matadero que traen al Mercado Central los restos de las últimas reses beneficiadas a media noche...

Los turcos y las bellas turcas de ojos semitas que emprendían con sus tiendas a la espalda, en cestas y cajas, la romería hacia los barrios del centro. El sol ascendiendo poco a poco... El Ávila, a lo lejos, ceñíase el turbante de su clara neblina azul. Al frente, más allá de la Plaza Bolívar, más allá de Catedral, más allá de Candelaria, más allá de la Estación del Ferrocarril Central, los verdinegros cafe-tales de Quebrada Honda, bajo los bucares rojos como parasoles de púrpura. A la diestra mano la Cúpula de Santa Teresa, la masa gris del Teatro Municipal, el Circo de Toros, el Mercado de San Pablo, el Puente de Hierro, las vegas del Guaire... Más a la derecha aún, a ambas márgenes del Guaire, vegas cultivadas de hortalizas ostentando la gama entera del verde, desde el verdín de la grama, aún cubierta de rocío, desde el verdegay de los retoños primerizos, hasta el verde terroso de las lechugas asoleadas, el verde maduro de las cañas de maíz, y el verde más profundo de los chaguaramos viejos.

III

LA LECCIÓN DE LAS TÍAS

Ya es pleno día. Ya más nunca el bachiller José Gregorio Hernández, sino el doctor José Gregorio Hernández. No va a cambiar su norma de conducta vital. Se despereza en unos segundos y no tarda en estar listo para acudir a la cita con Dios en la iglesia vecina. Al salir del sagrado templo lleva sus pensamientos hacia el pueblo de Isnotú y sus gentes. Ahora se solaza en volver a sentir las palabras de la tía María Luisa Hernández cuando le narraba que el 30 de enero de 1865 fue el día de su bautizo, en la iglesia parroquial del Santísimo Dulce Nombre de Jesús de Escuque, oficiado por el presbítero Victoriano Briceño y siendo sus padrinos Tomás Lobo y Perpetua Enríquez.

Esta María Luisa tendría en su vida peana muy especial. Contribuyó en mucho a su formación moral, religiosa e intelectual y además de los consejos, de las prédicas hogareñas, de las reconvenciones, le dio luces en la voluntad de darse del todo al prójimo. Fue ella quien le sirvió de cicerón histórico en la cronología familiar. Siempre tenía a flor de labios las fechas más íntimas. Por ejemplo le diría que el 25 de mayo de 1866 había nacido la otra hermanita de él, María Isolina del Carmen, cuyo primer aniversario don Benigno celebró

donando el terreno y aportando dinero para que se levantase la iglesia de Isnotú y que fue doña Josefa Antonia, la adorable madre, la que bordó los ornamentos sacerdotales y los manteles de los altares.

Es ella quien le habría de tejer sus primeros escapularios con la efigie de la Virgen María. Es ella la mano derecha de la dueña de casa. Es ella la que asiste a este el 29 de septiembre de 1867 cuando nacería la segunda hermana del niño José Gregorio, a la cual ponen por nombre María Sofía.

Es ella quien le hace el traje para aquel fastuoso 6 de diciembre de 1867 cuando apenas de tres años y dos meses recibe la confirmación durante uno de los actos de la Visita Pastoral que realiza el ilustrísimo señor obispo de Mérida, monseñor Juan Hilario Boset, habiendo sido su padrino el presbítero Francisco de Paula Moreno, representado en el acto por el sacerdote Eliseo Portillo.

El médico recién graduado se da por entero a las evocaciones. Pasan por su mente las figuras de todos los suyos, pero con alta reverencia y al lado de las siluetas de sus padres, la de esta tía, María Luisa. Nunca habrá de olvidarla. En cada instante de su vida estará presente. Ella fue como un libro abierto para saber toda la historia genealógica. Le habló tantas veces de cuando aquel 30 de agosto de 1869 hubo de nacer su primer hermano varón, a quien pusieron por nombre César Benigno; del suceso que fue el alumbramiento de José Benjamín Benigno, venido al mundo el 6 de septiembre de 1870; pero sobre todo cómo evocaba ella la primera comunión del niño José Gregorio, allá por 1871. Él era “espigado y ágil, amigo de la iglesia y de los libros”. Bien lo expresa uno de sus biógrafos, el doctor J. M. Núñez Ponte:

Su espíritu curioso, despierto, pensador, ordenado; su corazón expedito de temprano para el bien, pronto a la obediencia, compasivo y generoso; su pudor angelical, bañado por un como rocío celeste; sus mismos juegos inocentes y geniales; su psicología entera, recelando adelantadas dotes, propicias al trabajo intelectual y a la práctica de la virtud, presagiaba las más risueñas esperanzas a sus padres y parientes.

Relee el joven galeno, en la memoria pródiga, recuerdos amenos e ingratisimos recuerdos. Aún tiene la mirada puesta en aquella madrugada del 24 de agosto de 1872 en que nacería su hermanita Josefa Antonia y en los cuatro días siguientes en que todo fue tristeza, angustia, sobresalto y dolor en la casita de los techos de palma, pues su madre, a la que ya han asentado en la permanencia del poblado por sus bondades, no se recupera del parto y el 28 del mismo mes entrega su vida al Creador. Entonces optó él por aislarse un poco marchándose del hogar hacia las piedras negras, enormes moles situadas frente al cementerio de Isnotú y allí, sentado de frente al sagrado terreno, meditaba. Jamás olvidó el sepelio de la progenitora y la participación en el mismo de dos levitas, los sacerdotes Miguel Antonio Castro y Francisco de Paula Moreno, así como tampoco aquellas hojas sueltas que estos, junto a Jesús María Peña, habrían de lanzar en Betijoque con fecha 30 del mismo mes con el título de “La señora Josefa Cisneros de Hernández”, y otra —que entrabas las conservó su padre largos años— con data de 1 de septiembre de 1872 de quienes encubrieron sus nombres como “Dos amigos”.

Aún no ha cumplido José Gregorio Hernández veinticuatro años, de los cuales diez los ha vivido en Caracas, habiendo ido al terrón natal apenas cuatro veces y por breves días. La evocación le trae también a la memoria todo el dolor que

se apoderó del hogar isnotueño a la muerte de su madre y cómo revivió el aliento, se creció la esperanza, reconfortándose todos, cuando un maravilloso día —dentro del duelo y las penas— llegó otra tía, sor Ana Josefa del Sagrado Corazón de Jesús, religiosa dominica del Convento Regina Angelorum, de Trujillo, que, por cierto había sido clausurado por el general Guzmán Blanco por decreto de muy discutida matriz.

Vuelven a ser dos sus consejeras y sus guías. Justamente tías maternas entrambas y justamente devotas practicantes, enamoradas de la obra de Dios. Hasta diez años después de su partida para Caracas estuvo en el grupo familiar la monjita. Se adaptó a la nueva situación surgida —en la más absoluta comprensión— al contraer don Benigno nuevas nupcias con la linda boconesa María Hercilia Escalona, el 16 de noviembre de 1876 en la santa iglesia de San Alejo de Boconó, siendo los padrinos Manuel Escalona y Juana de Jesús Hidalgo.

Tiene entre sus manos un manuscrito con doce años de antigüedad. A través de él desandan las figuras señeras de sus dos tías: María Luisa y sor Ana Josefa, pues ellas que le brindaron el amor perdido con la muerte de la madre, le guiaron por el más espléndido camino de fe y obediencia cristianas, y fueron las que lo indujeron a que escribiera este testimonio que ahora contempla y que le ha servido desde 1876 como reliquia y camino, como estrella de Belén y normativa. Es el “Modo breve y fácil para oír Misa con devoción”, que él fechó el 28 de julio de ese año en Libertad, nombre del municipio cuya cabecera era Isnotú.

IV HACIA CARACAS. EL COLEGIO VILLEGAS

Don Benigno sigue siendo un hombre clave en el desarrollo de la comunidad. Participa en todas las actividades posibles y se da con espíritu y corazón para hacer el bien. Le crece la familia. El 26 de noviembre ha de nacer María Avelina, hermanita que José Gregorio contempla en los tres meses siguientes con gran cariño, pues para febrero de 1878 le habrá de corresponder separarse de la casa paterna. Lo llama el futuro, la luz del entendimiento, la patria que le suspira en el pecho, la dignidad de ser algo más que el comerciante heredero en el pequeño pueblo.

La partida fue todo un acontecimiento. Mares de lágrimas se formaron en la penosa acción de poder comprender la necesidad del viaje y para llorar la ausencia física del niño. Todos sufrieron al unísono; él que por primera vez se apartaba del cobertizo familiar, el padre, la madrastra, las tías, los hermanitos, las hermanitas y la mayor parte de los habitantes de la pequeña villa.

El imberbe habría de salir del poblado al amanecer del 6 de febrero de 1878 en compañía de los generales Jesús Romero y Francisco Vásquez que han pernoctado en la casa de don Benigno Hernández y se dirigen a la capital de la república para participar en el Congreso Nacional. Otro huésped de profundo arraigo cristiano demora en esa madrugada bajo el mismo cobijo. Es el presbítero doctor Jesús Manuel Jáuregui Moreno, cura párroco de la ciudad de Valera, quien había ido hasta Betijoque para consultarse con el prestigioso médico zuliano Francisco E. Bustamante, a la sazón residente allí.

La travesía es larga y cansona. Una hora después pasan por Betijoque para iniciar el descenso, bordeando a veces la quebrada de la Vichú, hacia la parte baja, para tomar rumbo por los llanos de El Cenizo hacia La Ceiba, donde han de pasar la noche y esperar la llegada de la piragua al mediodía siguiente y entonces penetrar en el lago con destino a Maracaibo, puerto en el cual demorarían por lo menos cuarenta y ocho horas para embarcar en vapor hacia Willemstad, en Curazao. De esta isla holandesa partirían en la siguiente fecha hacia La Guaira donde reposarían una noche del largo cansancio; luego seguirían hacia Caracas por el antiguo camino de los españoles. Ha dejado el solar natal que no es más que una hilera de casas a ambos lados del camino. Apenas vivían allí setecientos habitantes diseminados a lo largo de la vía.

La ruta hubo de ser compleja para quien había existido apenas entre los límites del pequeño burgo. No le era desconocida la apretada montaña de Ponemesa que es como una muralla contra la cual se estrellan los vientos que vienen del lago, ni tampoco ignoraba la suave selva de los aledaños hacia

las vertientes de Escuque, ni aun esa vegetación enclenque y mustia que se filtraba entre la arboleda inmensa por los alrededores de Betijoque desde la entrada de La Gira y a los lados de la calle larga como longaniza interminable desde El Cedro, La Abejita y el Caño hasta los quilombos más allá de la Piedra Gorda. Lo que sí le causó pronta y profunda extrañeza fue la nutrida selva en los llanos de El Cenizo, los corpulentos y centenarios árboles en el camino de La Ceiba y como detalle imprecador el comienzo de la deforestación al este y al oeste del puerto.

La capital de la república lo ha de sorprender y más aún cuando apenas tiene tiempo de darle un rápido vistazo, pues va directamente al famoso Colegio Villegas que, como ya dijimos, dirige el sabio educador y maestro de muchas generaciones, doctor Guillermo Tell Villegas, a quien acompañaba en las labores inherentes al internado su dinámica esposa, doña Pepita Perozo de Villegas. El 24 de abril de 1878 queda inscrito, oficialmente, en la clase de Gramática Castellana y ya para el 2 de agosto ha cursado la materia con éxito, habiendo obtenido Diploma y premio por “su aprovechamiento en Etimología castellana” y así, sucesivamente ha de destacarse en todas las materias cursadas hasta optar al primer lauro del Bachillerato en junio de 1882, pero se quedó viviendo en el Colegio en razón de que se desempeñaba como Inspector de Vigilancia del mismo.

En tanto, allá en Isnotú había nacido el 1 de marzo de 1880 Ángela Mery y el 27 de febrero de 1882 Ciria María, la que a los quince años se haría religiosa dominica en Puerto España, habiendo llegado a Superiora de la Orden.

Qué de órbitas dibuja el pensamiento del joven médico alrededor de los años que ha vivido en Caracas. Hace algo más de un lustro que estuvo tan cerca de las duras actividades del doctor Aníbal Dominici, quien era ministro de Fomento y se desvivía con los resultados, que iban adelantando los expertos, del Segundo Censo Nacional de Población, y tal injerencia le viene por la amistad que ya había hecho con esta familia.

Caracas parecía su pueblo natal, pues si aquel era minúsculo y esta ciudad grande, con más de ocho mil casas, él la conocía como la palma de su mano. Ahora rememora los juicios de un periodista colombiano que en 1883, en el año del primer centenario del nacimiento del Padre de la Patria, la describió elocuentemente con tanta exactitud que pareciera como si él fuese el autor de tan preciosa radiografía telúrica. Veamos lo que escribe Alberto Urdaneta en el *Papel Periódico Ilustrado*, de Bogotá, por 1883:

El aspecto de la ciudad es risueño —juvenil, podremos decir, puesto que en su mayor parte es de construcción posterior al cataclismo de 1812—, y la vegetación y temperatura del sitio donde se levanta le dan, no el aspecto de una ciudad clásica, sino más bien el de un gran pueblo de fisonomía alegre (...).

No hay ninguna cuyo aspecto sea más aseado, siendo tanto más raro esto cuanto que jamás se la ve barrer; es la ciudad clásica del aseo. Viajero de prisa y ávido de conocer en pocos días cuanto pudiera, mis lectores habrán de suponer que la recorrí en todas direcciones, a todas horas del día y de la noche, y aún pudiera asegurar que a altas horas de la madrugada, y solo uno que otro sábado alcancé a sospechar una discreta escoba (...).

Discreta escoba, dije, pero es menester que mis lectores tengan entendido que el sistema de barrer allí mecánicamente ha sido ya

implantado y que el grande aparato tirado por un caballo y dirigido por un peón que asea a París, asea con mayor facilidad a Caracas. ¿A qué hora funciona este aparato? Es tan fácil y tan rápido que yo no lo vi. Solo sí supe que hubo grande oposición de parte de los señores barrenderos cuando se le ensayó (...).

Pero lo que en realidad tiene verdaderamente aseada a Caracas, no son los medios enérgicos empleados por el Gobierno para tener a la ciudad como una taza de flores: son las avenidas producidas por la lluvia, que de un momento a otro inundan las calles, que con la misma ligereza se desinundan al terminar el aguacero, y más que todo, proviene del carácter pulcro de los habitantes. Está en la naturaleza de ellos tenerlo todo aseado, y aquello se ve al entrar a cualquier casa, al fijarse en cualquier persona, rica o del pueblo, como al recorrer la ciudad. Allí no hay tiendas de habitación, ni la gente del pueblo usa ruana, ni las señoras andan vestidas de negro, ni con la mantilla cubren cierto descuido que a las veces lo permite esta parte del vestido tan popular entre nosotros, cuando se sale a la calle de prisa.

El Arzobispado de Venezuela, el Colegio de Ingenieros, la Facultad Médica Nacional, La Universidad, el Instituto de Bellas Artes, el Museo, la Biblioteca con treinta mil volúmenes, unas cuantas sociedades científicas, literarias, y muy especialmente de caridad, tienen asiento en Caracas.

Hay en la ciudad diecinueve puentes, catorce de los cuales son de mampostería, y uno de ellos, sobre el Guaire, de fierro, con ciento veinte metros de longitud. Las estaciones se dividen, como en todos los países intertropicales, en dos únicamente: tiempo de lluvia y tiempo seco. Comienza el primero por el mes de mayo, y constituye la estación calurosa, o sea la canícula, que llega a su colmo por los meses de agosto y septiembre, época que indudablemente se resiente de los vientos alisios, y que se determina por grandes lluvias y excesivos calores, siendo, por el contrario, los meses de noviembre a abril secos por la influencia de la primavera en Europa, y, como en nuestras costas, los más gratos para la permanencia.

En Caracas los avisos generales, como lo son el de una función de teatro, el de un remate, el de cualquier asunto comercial, se redactan en pocas palabras, y en papeles impresos, pegados en tablas

de cincuenta centímetros sobre veinte, que se cuelgan de los árboles, o se colocan en los sitios más frecuentados por el público.

Estos mismos avisos los vemos colocados algunas veces sobre el piso de los enlosados, y frecuentemente en el reborde de ellos. Alrededor de la puerta de los almacenes o tiendas sí se ponen letreros que anuncian los artículos que se expenden aquí y acullá, letreros que se pintan al óleo como lo están las paredes.

Últimamente se ha introducido en Caracas el cemento romano para suplir en los embaldosados de las calles las antiguas lajas de todas formas y tamaño, que generalmente los constituían, no en forma de losas cuadradas, y no logradas a cincel, para formar un piso plano y enteramente nivelado. Hoy casi todas las calles centrales se hallan perfectamente reformadas por medio de aquella preparación que tanto ayuda para el ornato como para llevar fácilmente a cabo gran parte de las construcciones y especialmente los embaldosados.

Las calles no están adoquinadas, pero en cambio los empedrados, muy cuidadosamente hechos con piedras chicas, permiten cómodamente el tránsito de los carruajes.

El carruaje de estos está perfectamente bien establecido y reglamentado por la policía. Hay dos clases diferentes, fuera de los coches particulares: los de plaza, y tirados por uno o dos caballos; los cocheros son por lo regular italianos, y el precio de tarifa es un bolívar por carrera o un venezolano por hora. Habrá unos ciento sesenta de plaza. Los coches de lujo, victorias y landós, son tirados por buenas parejas de caballos, y los cocheros, hijos del país, saben atender a los que los ocupan: cuestan dos venezolanos por hora. Estos precios se doblan los días festivos o cuando se sale de las calles al campo. Todo cochero usa reloj y va bien calzado, y como los de su oficio en todas las grandes ciudades, conocen todos los sitios y se muestran cumplidos con quien sabe darles su propina. Habrá por todo en Caracas unos cuatrocientos coches. Los transportes en la ciudad se hacen por medio de asnos o de pequeños carros de dos ruedas, tirados por mulas. Un solo arriero lleva hasta una docena de asnos en recua, y el primero de la partida lleva al cuello una campanilla. Los carros tienen las ruedas altas y delgadas y no alcanzan a cargar más de cincuenta arrobas. No se les oyen a los arrieros gritos destemplados ni palabras descompuestas, y la policía vigila en todas

partes el tránsito de coches, carros y recuas. Hay carretero que lleva hasta seis carros, unida la mula del segundo al primero y así sucesivamente. Además, varias líneas de tranvías, que estudiaremos detenidamente, cruzan la ciudad.

Las noches de Caracas son melancólicas, suaves, tibias como días de primavera.

Las ventanas de las habitaciones permanecen abiertas hasta tarde de la noche, como se usa en tierra caliente; las gentes tienen costumbre de pasar largo ratos en ellas, y como en el Distrito Federal se encienden mil quinientos ochenta y ocho faroles de petróleo, de los cuales, mil, por lo menos, en la ciudad de Caracas, las calles están bastante bien alumbradas, y algunos sitios nada dejan que desear. Muy especialmente se alumbró Caracas para la fiesta del Centenario: a los faroles de petróleo se agregaron en todas las ventanas las luces de esperma que se fabrica en la ciudad, colocadas en bombas de cristal, y en algunos sitios se exhibió la hermosísima luz eléctrica del sistema Weston; eran estos la plaza de Bolívar, el Palacio Federal, el de la Exposición y la estatua de Guzmán Blanco en el paseo del Calvario; de este sistema de alumbrado deseo ocuparme detalladamente”.

V CARACAS, SU CATEDRAL Y OTRAS IGLESIAS

El doctor Hernández conoce uno a uno todos los rincones de la ciudad, pero ahora mira en el espejo del *Viaje a Venezuela* de Alberto Urdaneta toda la fuerza de una biografía del paisaje y si vuelve los ojos hacia su Isnotú de la niñez, lee con solaz la descripción de otras motivaciones de la ciudad:

La Catedral se halla situada en la esquina noroeste de la plaza Bolívar. Resistió al terremoto de 1812 y, aseada como lo es todo en Caracas, se conservan en ella aún algunas obras de arte; un Cristo muerto, muy probablemente de Rubens, llama la atención a pesar de estar en oscurísimo rincón. El Coro de los Canónigos, lujoso y modernizado, se halla bastante cerca del altar mayor; el techo que cubre este es un gran cuadrilátero plano, cubierto por una pintura de Antonio Herrera, pintor moderno, contemporáneo, y todos los paredones que sostienen aquellos sitios llevan ornamentaciones al gris. El cuadro que representa a la Concepción llevada al cielo por ángeles, es una composición llena de vida y con una grande entonación de color; el tipo de la figura principal es sui géneris; hay en ella bastante unción, pero todas las otras figuras, ángeles de diversas edades y condiciones, carecen de aquel sentimiento religioso que inmortalizó a los pintores del Renacimiento. La composición es de

largo alcance, y por sus dimensiones como por el sitio que ocupa y éxito que logró el autor, hace pensar que este cuadro hará raya en la historia del arte moderno en Venezuela.

Tiene la Catedral una sola torre, y sobre ella una estatua de la Fe; un gran reloj con muestras en los cuatro costados de la torre. El techo de esta iglesia, que no es abovedado, deja ver los enmaderados, lo mismo que en las demás iglesias, excepción hecha de la de Santa Ana y Santa Teresa. Hay grandes patios abandonados alrededor del edificio, y en uno de ellos, que era antiguo cementerio, fue enterrado el corazón de Girardot. No hay allí una lápida ni inscripción alguna, y la grama crece sobre aquel sitio que un sentimiento patriótico debía haber embellecido.

La iglesia que se llamó San Felipe, y que hoy aseada, refaccionada y modernizada con exquisito buen gusto francés, se llama la basílica de Santa Ana y Santa Teresa, es el edificio de esta categoría que tiene mejor aspecto en Caracas. Toda ella ha sido modernizada y ocupa casi el centro de la ciudad. Es una iglesia especial por su construcción, pues podemos decir que hay en ella dos iglesias, en cuyo centro, cubierto por una gran cúpula, se halla el altar mayor. Tiene dos entradas principales por los dos extremos del rectángulo que la forma, y conducen a estas entradas dos amplios atrios, quedando al lado del sur, es decir, a la derecha, a la entrada, por la fachada principal del lado del Teatro, la plaza-jardín en cuyo centro se inauguró, en el Centenario, la estatua de Washington.

Sostienen la fachada seis enormes columnas de piedra de orden compuesto; pareadas las cuatro centrales, dan cabida al gran vano que forma la puerta central y sostienen el peristilo sobre el cual se destaca una bella estatua de Santa Teresa. A los costados del frente, y a manera de torres, la adornan dos bellas cúpulas, y en vez de tejado cubren las naves diez y seis cúpulas, menores, dándole a todo el conjunto un aire de mezquita semioriental, pero que también recuerda a la iglesia de San Antonio en la ciudad de Padua. Los costados son grandes paredones que no dan acceso a luz ninguna y que tienen una o dos puertas laterales. El estilo de la fachada es de esa mezcla moderna de diferentes órdenes, al gusto italiano, tan usada hoy en los edificios de categoría.

La otra fachada la componen dos torres cuadradas, terminadas en plano y no muy altas.

Como ya dije, el interior representa dos iglesias, en el centro de las cuales se levanta, con vista para ambas, el altar mayor, de manera que el sacerdote que oficia es visto de una y otra iglesia por delante y por detrás, y para ello está construido expresamente el altar. La luz entra por todas las linternas de las cúpulas, y aquella le da un aire apacible que convida al recogimiento. Los adornos son pocos y severos, al uso de las modernas iglesias francesas, y el arreglo, los asientos, las paredes desnudas de cuadros, etc., recuerdan también a estas.

La pintura de la cúpula principal, como la del techo de la Catedral, fue encomendada a los pintores venezolanos Otero y Jáuregui, en unión del italiano Daville, tan conocido en Bogotá, y del allí célebre Herrera. En el centro está el Espíritu Santo coronando el Antiguo y Nuevo Testamento; en el recinto interior están los cuatro Profetas mayores y tres menores: Zacarías, Isaías, Daniel y Jeremías; Amos, Abdías y Barú; y luego, en la segunda bóveda, los Apóstoles Pedro, Pablo, Andrés, Santiago Mayor y Menor, Tadeo, Bartolomé, Juan, Simón, Matías, Mateo y Felipe. Todas estas figuras son colosales; las últimas de un tercio más que el natural. El estilo general de la ornamentación —que puede ser un tanto recargado de los adornos al gris (grisaille)— es bizantino, terminando el arranque de las columnas los cuatro evangelistas: san Juan, san Lucas, san Mateo y san Marcos. Un detalle curioso y que pinta al hombre: en la figura de san Pablo, que garbosamente se recuesta sobre su espada, se ordenó al pintor que reprodujera los rasgos del general Guzmán Blanco, y es este seguramente uno de los mejores retratos entre los muchos que existen de este personaje.

Fue bajo su inmediata inspección, y por su orden, que esta iglesia se modernizó, se adornó con el lujo que hoy tiene, y vino a llamarse Santa Ana y Santa Teresa, santas que tienen cada una su altar especial en las dos naves laterales que forman los dos centros o sean los brazos de la cruz.

El cura de esta iglesia, doctor Guerrero, es el más notable orador sagrado, no solo de Caracas sino de toda Venezuela, y en ella se reúnen los domingos, especialmente a la misa de obligación el bello sexo que habita la parte baja de la ciudad, pues esta iglesia es, de las importantes, la que queda más hacia el Guaire.

Altagracia es la iglesia de tono entre el bello sexo de Caracas. Nada hay comparable como animación ni como pintoresco, ni que más satisfaga al ojo estético del más exigente, que una salida de misa de nueve los domingos. Como la saya del merino no se usa allí; como nuestra mantilla es un mito incomprensible para las caraqueñas; como la temperatura refresca y el buen gusto reina allá anchamente, las niñas concurren con sus trajes lujosos y sus pintorescos sombreros, todas ellas en cuerpo y calzadas que es un sueño, semejan a la salida una bandada de abigarradas aves a las que se proporcionara repentina libertad.

La iglesia está rodeada de un bellissimo jardín, y en la parte de atrás de ella hay una gran bóveda a donde pueden entrar los coches, caso de lluvia, para recibir a los concurrentes. El gran jardín está a un costado lateral, adornado con bellas fuentes de bronce. Al entrar al edificio por la puerta lateral del lado de abajo, se halla el bautisterio, un primor de capilla decorada toda por el pintor Herrera, y que con ser un pequeñísimo cuarto, pues no tendrá más de cuatro metros de fondo por tres de ancho, no por eso deja de ser de lo más bonito.

No recuerdo otros pormenores de esta iglesia. La antigua iglesia de la Merced es de las que resistieron al terremoto de mil ochocientos doce. Se halla en la parte alta de la ciudad, para el lado del Panteón, y es la que creo veneran más las gentes religiosas de Caracas.

Hay en la ciudad una costumbre que debe producir pingüe rendimiento a las iglesias, sin perjuicio de las rentas del Distrito y sin ser demasiado gravosa a las personas que voluntariamente quieren seguirla: en vez de dejar los restos de los muertos en bóveda propia o de traerlos a los oratorios en las pequeñas cajas de metal que los contienen, las personas que no pueden o no quieren pagarse un monumento en el cementerio o una bóveda en propiedad, a riesgo tal vez de que los nietos olviden conservarla y que vayan a la fosa común, o sabe Dios a dónde, los deudos pueden comprar por una pequeña suma —no recuerdo si seis pesos— el derecho de propiedad de un sitio en el piso de la iglesia, que sirve a manera de osario, para enterrarlos allí en sagrado, y junto a ellos elevar preces a Dios por su eterno descanso. La caja que contiene los restos se entierra a un metro de profundidad, poco más o menos, y es de buen gusto el colocar sobre ella una plancha de mármol, con o sin inscripción; así pudiera imponerse como obligación, haciéndolas uniformes

—veinticinco centímetros por lado— con lo que a vuelta de poco tiempo se conseguiría enlazar de mármol el piso de la iglesia, sin que se nos ocurra qué perjuicio pudiera redundar. Noté que en las inscripciones pocas veces ponen el apellido de la persona, así es que solamente los interesados conocen el sitio donde está enterrado su deudo: los indiferentes leen tan solo un nombre.

Esta iglesia tenía al lado un convento, que creo fue destruido en 1812. Todos los adornos de la Merced son del gusto español, y, aunque menos lujosa y más corta, recuerda un poco la iglesia de San Francisco de Bogotá.

En menos de tres meses hizo levantar el general Guzmán Blanco una pequeña iglesia de estilo gótico, en el sabor de la iglesia de San Luis, en París, y que tiene, como aquella el nombre de la “Santa Capilla”, y está destinada también a la adoración perpetua del Santo Sacramento. La inauguración se hizo en uno de los días del Centenario; y es verdaderamente prodigiosa la rapidez con que fue levantado aquel edificio.

Seis grandes ventanas, a un metro de altura del suelo, dan una gran luz a aquella pequeña iglesia, y la hacen parecer a un salón de fiesta. Las agujas góticas, la forma de la puerta, los haces de pequeñas columnas, las ojivas, todo está bastante bien conservado como recuerdo del original, y alrededor de ella, a un lado del atrio, se han levantado en el mismo estilo gótico, paredones que forman un gran patio, y que cuadran muy bien, haciendo juego al asunto principal de la composición.

En todo es, como la mayor parte de los edificios de Caracas, no de piedra sino de la composición de cemento romano que tanto facilita, si no las sólidas construcciones, que hayan de durar por mucho tiempo, al menos las que han de satisfacer la impaciencia del público.

VI OTROS MOTIVOS CARAQUEÑOS

Más adelante habremos de observar cómo Caracas, su medio y sus habitantes se colaron en el alma y en el espíritu del doctor Hernández como parte integral de su vida espiritual. Llegó a amar la ciudad y la echó de menos en muchos lugares de Venezuela y de Europa por donde le correspondió deambular. Pero dejémoslo que continúe leyendo a Alberto Urdaneta:

Sobre la actual plaza Guzmán Blanco existe todavía la iglesia de San Francisco, que fue del convento de este nombre del cual se apropió la universidad construyéndole una fachada de estilo gótico, que hace frente a la oriental del Palacio Federal, quedando una plaza angosta y muy larga entre las dos que se llama plaza Guzmán Blanco y en el centro de la cual se halla una de las estatuas de este general. No entré a esta iglesia como tampoco a la de la Misericordia; y no recuerdo que haya ninguna otra de importancia en Caracas.

El tipo de la caraqueña reúne a la perfección propia del mejoramiento de la raza, la gracia innata de las gentes de tierras templadas; el fuego de la sangre ardorosa que circula por sus venas, aquel mirar ante el cual los parapetos y murallas de la frialdad masculina son de bayeta; el donaire en el andar y la gracia en el decir; la vivacidad en la palabra y la sagacidad en la respuesta; el juicioso buen sentido si pregunta y el cierto grado de malicia cuando la conversación llega a la pimienta; el saber bailar, reír, rezar, pasear, todo a su debido tiempo como entre las hijas de Bogotá. Y debo decir que si me

hallara en el caso de presentar en alguna nación extranjera el tipo de una gallarda, simpática y bien educada venezolana, y no tuviera la posibilidad de ir a buscarla en la amena villa de Losada, indudablemente para mi gusto, la encontraría con facilidad en la ciudad de los Chibchas, concepción de don Gonzalo Jiménez de Quesada.

El clima de Caracas facilita a la mujer los baños de oblación desde temprano, y con ello en cierto modo la obligación de, por medio del ejercicio en los paseos, mostrarse a los codiciosos ojos gallarda y bien vestida, y para que sienta así placer y recompensa en lucir sus atractivos, ante ardoroso galán. La tibia mañana de aquel clima se presta para que “la choza y el valle y la alquería” sirvan de pretexto y motivo de reunión a las sílfides y a los mancebos.

Lo cierto es que desde temprano todas las mujeres se lanzan a las calles vestidas en su totalidad con buen gusto, y con los vaporosos trajes que en París corresponden a la primavera; que la mañana es la hora de hacer sus compras, de pasear, de oír su misa y aun de visitas de confianza; que de las once a las tres de la tarde la ciudad se hace monótona, y solamente al caer el sol vienen a sacar de sus nidos, con más lujosas toilettes, pero siempre de buen gusto, a las bellas damas caraqueñas, que al templar de la tarde se exhiben en los paseos y demás sitios públicos, con la discreción y buen gusto que las caracteriza: y por la noche, si hay retreta, que la hay casi siempre en la plaza Bolívar o en sitio especial, si alguna fiesta obliga a ello, se reúne allí lo más selecto de la sociedad; y más tarde una soirée o un gran baile, o una función dramática o de ópera, concluyen la tarea del día. Nada más agradable a la vista que contemplar a la claridad de los focos de la luz eléctrica, en la plaza Bolívar, un grupo de damas caraqueñas, movibles como mariposas, parleras como las aves al despertar el día y ligeramente envueltas en vaporosos sereneros de fina lana o la cabeza cubierta con graciosas pavas. El dejo de la voz da a la conversación una armonía que no se sabe si remeda una música desconocida o el blando arrullo de la juguetona brisa en un bosque de naranjos y cocoteros. Esa cadencia especial de las gentes de las costas la acentúa la caraqueña dándole especial movimiento a la frase para que la palabra principal tenga una modulación diferente del resto del canto, y hacer sentir, por decirlo así, al interlocutor, cuál es la parte importante de lo que está hablando.

En la iglesia la mujer caraqueña es devota, recogida y en toda ocasión piadosa. Todo sufrimiento la interesa, todo dolor la conmueve, y la caridad es su primera virtud. La practica sin ruido, sin ostentación y con esa asiduidad y ese celo que tanto distingue a las bogotanas.

En el teatro y en el baile la animación, el buen tono, el donaire en el andar y en el vestir, la graciosa sonrisa de todos los instantes, la reservada familiaridad en el trato y la expansiva amabilidad que seduce, le dan un atractivo incomparable, la rodean de una atmósfera que es todo luz y todo espiritualidad.

Así fue como yo vi a Caracas durante mi permanencia de cincuenta días, en la época del Centenario; que sea así siempre no lo creo; que deje de serlo por completo, tampoco es posible, porque el carácter de la población no se prestaría para cambiar de fisonomía, ni pudieran dejarse a un lado las costumbres ya establecidas.

Visten los hombres de ligero traje de verano en las zonas templadas; usan de preferencia el sombrero de copa, o bien ligero de paja. Frecuentemente el vestido de dril blanco lo llevan los elegantes. En las visitas de etiqueta, el frac es de rigor como es de buen tono ir vestido con él a las funciones de ópera. Y en las visitas oficiales de día, que tan frecuentes fueron en la época del Centenario, llamaba la atención ver al claro sol del mediodía los más serios personajes de corbata blanca y casaca, sin ocultar esta con paletot, como siempre tenemos tendencia los hombres, porque allí el caso no lo permite. Sobrios en extremo; a lo más toman una copa de cerveza; el detestable brandy no ha hecho allí carrera, y en caso de un compromiso se acepta de preferencia el buen ron de Carúpano. Con un amor desenfrenado por el baile lo hacen todo con entusiasmo y a la perfección. Cumplidos en sus visitas, no tienen embarazo alguno en prolongar estas, si les son agradables, dos y tres horas. Aceptan u ofrecen con la misma sencillez y franqueza un almuerzo o una comida; madrugadores, como las mujeres, salen con frecuencia a los paseos; pasean frecuentemente a los alrededores de la ciudad y van con buena voluntad a las parroquias foráneas, ya sea a pasar el día o bien a dar una vuelta, en la mañana; serviciales, galantes siempre, atienden el deseo ajeno. Si no por todos, el bastón es usado por la mayor parte de los caballeros. Los obreros, la gente de rudo trabajo, no usan la perezosa y sucia ruana; andan en mangas de camisa o con un ligero saco de dril blanco.

VII DESPUÉS DEL SEGUNDO CENSO NACIONAL

Alberto Urdaneta continúa su biografía de la cuna del Libertador, en una forma amena, tal y como podría ahora vivirla en la remembranza el joven médico trujillano que está preparando sus maletas para volver a Isnotú a cumplir con los postulados de Hipócrates:

Para 1881 Caracas era sencillamente igual a la de 1875. Un año después ya han aparecido las variantes que se dan a causa de las obras conmemorativas, y en 1883 variaría aún más por los novedosos testimonios arquitectónicos que el general Guzmán Blanco impondría, a veces en tiempo que es imposible de aceptar como lógico para cualquier edificación, como por ejemplo en cuanto a la Santa Capilla, a la estación del ferrocarril de Caracas a La Guaira y en otras nuevas construcciones.

Esa Caracas de entonces comenzaba por el norte en el Cuartel San Carlos y terminaba a unos trescientos metros del río Guaire. Por el oeste llegaba hasta la Quebrada de Quita Calzón y el llamado río Caroata y por el este hasta donde está hoy la iglesia de la Can- delaria. De resto todo era campiña. Un viaje a Chacaíto era un delicioso paseo campestre de largo recorrido en coche o a lomo de

bestia. Ir a El Valle era penetrar en los arcanos de la pasividad o en los más recónditos lugares de paz espiritual y de absoluto reposo.

Esta es la época en que la ciudad comienza a cambiar. Ya hemos visto las modificaciones que Guzmán Blanco va dándole. Sin embargo, tiene 20 calles de norte a sur y 18 calles de este a oeste, habiendo surgido el fenómeno de los callejones que ahora ya son 19. Figuran nuevos edificios públicos. Las plazas han aumentado a 15, los puentes a 14. Hay un cementerio más entre los siete que anotan los cronistas y aunque figura el de Tierra de Jugo, hoy Cementerio General del Sur, inaugurado el 5 de julio de 1875, como el principal.

Tiene Caracas 264 esquinas, entre ellas, para citar apenas algunas, la de La Tuerta de Caracas, Guanábano, El Panteón, Caja de Agua, Truco, Puente de la Trinidad, Balconcito, Salas, La Merced, Tienda Honda, Cuartel Viejo, Altagracia, Mijares, Jesuitas, Maturín, Avilanes, Bolero, Llaguno, Carmelitas, San Mauricio, Veroes, Ibarra, Piñango, El Conde, Principal, Manduca, Ferrenquín, Caño Amarillo, Muñoz, Solís, Padre Sierra, Monjas, San Jacinto, Salvador de León, Marcos Parra, Bolsa, San Francisco, Traposos, Chorro, Monroy, Pele el Ojo, Pajarito, Doctor Díaz, Peinero, Hoyada de San Lázaro, Palma, Santa Teresa, Cruz Verde, Zamuro, Angelitos, Curamichate, Rosario, Reducto, Miracielos, Cipreses, Velásquez, Puente Nuevo, Maderero, Glorieta, Santa Rosalía, El Cristo, Pescador, Bucare, Castán, Gobernador, Cochera, Mamey, Sordo, Cruz de la Vega, Bárcenas y Alcabala Vieja.

Cuando el decreto del centenario del nacimiento del Libertador, en 1881 había las iglesias: Catedral, Santa Ana, Candelaria, Altagracia, San Juan, Santa Rosalía, La Pastora, La Merced, San Mauricio y San Francisco. Los cementerios La Concepción, San Simón, La Merced, del Este, Británico, Alemán, de Coléricos y de los Canónicos.

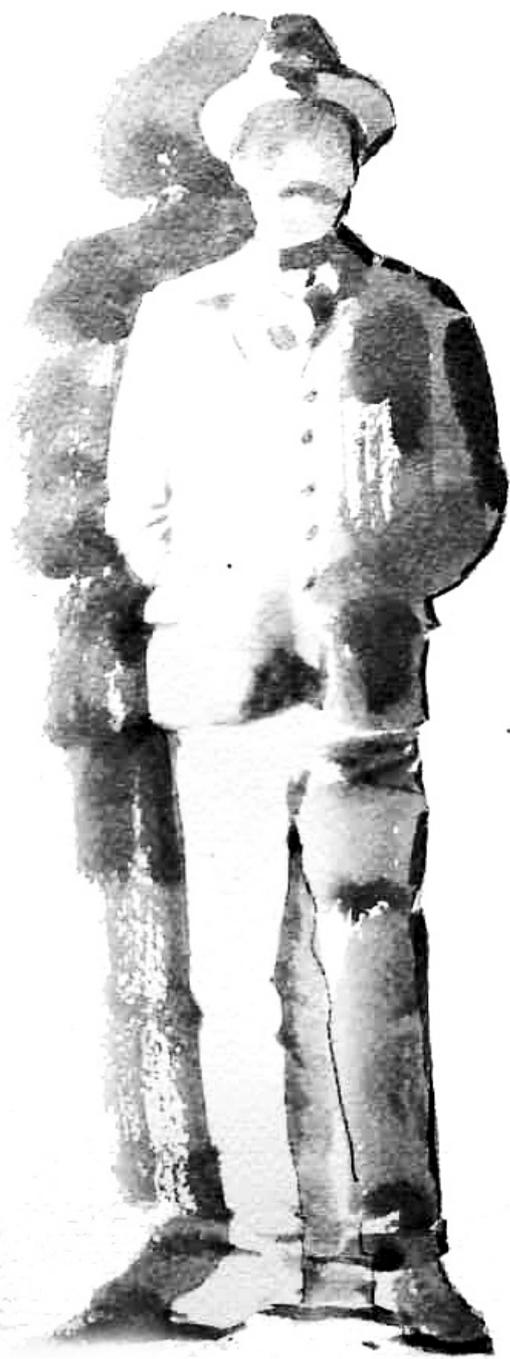
Las estatuas eran, la principal de todas, o sea la del Libertador, una pedestre y otra ecuestre del general Antonio Guzmán Blanco y una que glorificaba la "Revolución de Abril".

Había quince plazas llamadas Bolívar, Guzmán Blanco, Candelaria, San Pablo, San Jacinto, Panteón, Plaza de Abril, Campo de Abril, Campo de Marte, La Pastora, Santa Teresa, Santa Rosalía, La Merced, Altagracia y Cuartel de Artillería.

Los puentes y calzadas eran catorce: Puente de la Restauración sobre el río Guaire, Puentes de Curamichate, de Anauco, de Monroy, Guzmán Blanco, Romualdo, Punceres, de La Trinidad, de Abril, de La Pastora, de Caño Amarillo, de San Pablo y calzadas Puente Nuevo y de Agua Salud.

Hasta diciembre de 1881, en buen censo, había 42 edificios públicos de primacía, entre los cuales es preciso destacar el Cuartel San Carlos, el Panteón Nacional, la Casa de Inmigración, el Templo Masónico, el Hospital de Virulentos, el Mercado Público, los Ministerios de Guerra y Hacienda, el Cuartel de San Mauricio, el Palacio Federal de Gobierno, el Palacio Legislativo, la Universidad Central de Venezuela, el Cuartel de Artillería, el Museo Nacional, el Teatro Nacional, el Hospital Militar, la Cárcel Pública, el Matadero Público, la Casa Nacional de Beneficencia, el Palacio de Justicia, el Cuartel de la Guardia del Presidente de la República, el Cuartel de Caballería, la Casa de la Municipalidad, el Colegio Nacional “Chávez” de niñas, el Colegio “Santa María” de varones; el Colegio de “La Paz” de varones; el Colegio de “Santa Ana” de niñas, el Colegio de “La Ascensión”, y la Toma del Acueducto.





VIII
EL AÑO DEL CENTENARIO DEL
NACIMIENTO DEL LIBERTADOR.
UN VIAJE HASTA ISNOTÚ

Maripositas que se han quedado dormidas en la mente por muchos años son las que de pronto despiertan y convidan a recalcar motivaciones, como sacando del éxtasis la vida. En el mes de julio de 1888 el doctor José Gregorio Hernández divide el tiempo en múltiples actividades. Acude a todos los actos sociales de sus demás compañeros y aunque las fiestas se prolongan en las noches él sabe cómo complacer a unos y otros sin llegar a los extremos en que disfrutaban los demás.

Le queda espacio vital para ordenar día a día sus asuntos y para rememorar. Hace un lustro, por ejemplo, por este mismo mes, toda Caracas se volcó a las calles y a los principales centros para conmemorar gallardamente el primer centenario del nacimiento de Simón Bolívar. Vinieron delegaciones de muchos países europeos y americanos, cientos de provincianos acudieron al llamado de la patria para tan imponente suceso.

Cómo recuerda que en su calidad de Director de Vigilancia del Colegio Villegas le correspondió llevar a los alumnos designados para la Fiesta de los Colegios en el Teatro Caracas aquel 1 de agosto, presidida esta por el Ilustre Americano donde también había estudiantes de los colegios Santa María, Franco Inglés, y Sucre. Allí se premió a un alumno de cada uno de estos institutos y el favorecido por el centro de estudios que él comandaba fue el joven Pedro Tinoco Salazar. No escapa a su memoria el magnífico discurso del señor Manuel Antonio Pulido Pulido cuando, entre muchos juicios maravillosos dijo:

La gratitud es el atributo más noble y el que demarca la civilización de los pueblos. Ella reclama del espíritu patriótico el recuerdo particular de cada uno de los notables servidores a la causa popular, siquiera sea de aquellos que descollaron en más alta escala y por mayor suma de servicios.

Ha visto lo esencial de tan prestante suceso, pero tiene que ir a Isnotú a pasar unos días con su padre y sus demás familiares. El viaje ha de ser fatigoso y duro, pero el cordón umbilical telúrico lo llama. Haría entonces, a mediados del mes de agosto de 1883 una interesante pasantía de cariño en su lar nativo. Primeramente, ha invitado a tres compañeros de la universidad que ya ha comenzado a frecuentar y con ellos llega a Betijoque. Nos cuenta ese gran cronista que es don Tulio Montilla que allí demoró un par de días y hacia Isnotú hizo con sus invitados y con un selecto grupo de jóvenes betijoqueños —alegres muchachas y mancebos discretos— el recorrido a pie como en un paseo más, como en una romería

de la esperanza de que alguna vez retornaría definitivamente a su terrón de origen a servirle a la comunidad. Son los días en que se ha creado la Aldea Bolívar sobre el nombre del caserío Sabana Grande y se inaugura en Valera la Casa de Gobierno y las noticias van y vienen con la lentitud con que las lleva el arriero, el correo en mulas o el caminante, referidas a que en Boconó sufre serios quebrantos de salud uno de los médicos más eminentes de la región andina, el doctor Diego Bustillos.

Catorce días disfruta con sus amigos en la casa paterna y aprovecha para visitar Escuque, Valera, Mendoza Fría y los baños termales de Motatán. En los próximos tres años no habrá vacaciones suficientemente amplias como para repetir este periplo, pero toda la ternura y la voluntad de darse a los suyos queda exteriorizada en sus oraciones, en sus misivas, en su corazón.

Ahora invocará también los manes divinos en este mes de agosto de 1888 cuando ha de volver a Isnotú, para analizar aquella protesta que firmó el 8 de noviembre de 1884, junto a la mayoría de los cursantes de Medicina en la Universidad de Caracas, contra un profesor que juzgaban no apto para el desempeño de la cátedra respectiva, situación que a todos les acarrearía unos días de reposo “entre rejas”, pero en donde fueron aún más solidarios para garantizar la comprensión y el compañerismo como norma de conquistar prebendas. A su lado estuvieron, entre otros, A. Garbiras, Jesús María León, J.M. Graterol h., F. de P. Meaño Rojas, Augusto L. Figueredo, Manuel A. Ruiz, J.J. Vallenilla Lanz, P. Beroes Rivas, Enrique Pacheco y Juan de Dios Villegas.

Rígido, muy rígido fue el rector —anotaron en un formal documento de protesta— al calificar de rebelión nuestra no asistencia a clase. ¿Pueden acaso estar en rebelión hombres que, como nosotros, hacen uso de un derecho que les concede una ley para decidir sobre el porvenir o sobre el modo de sus estudios?

Mas los recuerdos imponen nostalgia. Qué de noticias confusas publicaba *La Opinión Nacional*, de Caracas, sobre la situación política en los Andes por 1886; donde aquel coloso general Juan Bautista Araujo, el León de la Cordillera, mantenía su posición de líder conservador al servicio de la patria en un gobierno liberal y guzmancista.

IX
DE CARACAS AL LITORAL.
PUERTO CABELLO

Qué cercano y que remoto a la vez este pasado suyo en la capital de la república. Hace cuatro años atrás vivía en la casa número 3 entre las esquinas de Madrices a Ibarra satisfecho de tener como compañeros a dos de sus hermanos, César y Benjamín que recientemente habían sido enviados a Caracas —como él en 1878— a continuar estudios y específicamente en las áreas del comercio. Es la época en que allá en su Isnotú querido nace José Benigno, otro nuevo vástago del clan familiar que con el correr de los tiempos llegará también a coronar la carrera de Medicina.

Evoca y sueña José Gregorio Hernández. Tiene tiempo para pensar profundamente sobre su destino. No cabe duda que la tierra natal lo llama y a ella ha de marchar henchido de entusiasmo y de alegría, aunque dejar Caracas le causaba pesar, tanto por las comodidades como por los amigos y los recuerdos siempre del lado fácil de la vida. Tal vez si hubiese vivido en sus predios campesinos de la región trujillana por

aquellos días de 1885 cuando sufrió la cruel fiebre tifoidea, acaso no habrían encontrado la fórmula de tratarlo y los brebajes para cortar los efectos del mal.

Esta crisis que lo tuvo al borde del sepulcro fue un gran aliado en sus daciones. La lucha por la salud del pueblo ya era una sagrada meta en su hoja de vida y a ella se iba a concretar. Fue promesa suya desde esos días calamitosos de tal año, al cual corresponde también una de sus inquietudes artísticas: el músico. Como él almorzaba los domingos en la residencia de la familia de Santos Aníbal Dominici, por generosa invitación permanente que le brindaron con infinito amor, allí tocaba piano a cuatro manos con una de las niñas del hogar. Cuántas piezas a la vez; de Louis Moreau Gottschalk: *Grande fantaisie triomphale sur l'hymne national brésilien*, pour piano, Op. 69; *Ojos criollos (Les yeux créoles)*, *Danse cubaine*, *Caprice brillant*, pour piano, Op. 37. *Souvenir de Porto Rico*. *Marche des Gibaros* pour piano, Op. 31. *Dernière Espérance (Última esperanza)*. *Meditación religiosa*, pour piano, Op. 16. *Souvenirs d'Andalousie*, *Caprice de concert*, pour piano, Op. 22. De don Ramón Delgado Palacios: *Gentileza*, vals; *Delicias*, vals; *La dulzura de tu rostro*, vals. De Teresa Carreño: *Mi Teresita*, petit vals. De Manuel E. Hernández: *Plegaria a María*, con letra de Domingo Ramón Hernández (dedicada por el autor al virtuoso e ilustre Pbro. Dr. Juan B. Castro); de don Salvador N. Llamozas: *Nocturno tropical* (sobre un aire venezolano); *Recuerdos*. De Toiti: *Vorrei morire*, etc.

El recuerdo de esta música imponente lo asedia, así como aquellas cartas de su padre, don Benigno Hernández Manzaneda, en que le hablaba de los progresos en la tierra

betijoqueña, que el ferrocarril de la Ceiba había llegado el 1 de mayo de 1885 a Santa Apolonia y el 29 de septiembre a El Horcón, con la esperanza de que no habría de pasar largo tiempo para que llegara al final destino del trazado en la Sabana de Mendoza, oficialmente denominada Estación Guzmán Blanco, lo cual tendría lugar el 1 de enero de 1887. Qué amena la correspondencia que el mismo remitente le escribe en los primeros días de este año. La Ceiba y la Sabana de Mendoza unidas por la vía de hierro.

Ha volado el tiempo y en su memoria ha hecho una recapitulación total de estos diez años que ha sorteado con éxito en la Sultana del Ávila. Ahora le corresponde preparar las maletas. Sueña con el retorno a Isnotú, a ver la familia, a darse del todo a su profesión. Nunca tanta ansiedad por volver a su pequeña villa como ahora. Y así llega el final de la primera quincena del mes de agosto. A la estación del ferrocarril se traslada en el coche de la familia Dominici, que toda lo acompañaría hasta el litoral, a la par que varios amigos. En el vagón de hierro viajará, no sin causarle, como siempre, mucha sorpresa el viaducto de Ojo de Agua. En Peña de Mora se detendría el tren para el desayuno de empleados y pasajeros y después entrarían en la estación de El Boquerón, desde donde se podía contemplar un paisaje conmovedor, pues:

Para darse una idea de las obras colosales que en aquel paraje se han ejecutado, basta decir que fue preciso cortar en la roca viva de un granito en que se amella el acero y que solo cede a la acción poderosa de la dinamita, muralla a pique que en algunos puntos alcanza hasta ciento diez pies ingleses de elevación.

Después de haber gozado los viajeros desde las alturas en la contemplación del mar que baña nuestras costas, bajaron insensiblemente el laberinto de vueltas que rematan en el sitio de Buena Vista, donde todos hallaron muy acreditado el nombre que lleva y por el hermosísimo panorama que atrae allí con irresistible encanto la mirada de los observadores. Un campo inmenso y despejado aparece de improviso, quedando atrás las masas graníticas de las montañas con sus horizontes estrechos y a lo lejos divísanse las altas palmeras de Maiquetía y el caserío de La Guaira, y el verde precioso de las selvas del Ávila en contraste con el azul oscuro de las olas del mar, que al romperse en las playas, forman con sus espumas una orla de Plata.

Palabras todas del cronista de *La Opinión Nacional* cinco años antes, en 1883.

El joven médico pasará el resto del día y toda la noche en el litoral central, pues ha de embarcar en un vapor de carga y pasajeros que partiría de La Guaira en la mañana del 16 de agosto. Pasea por el puerto que es rústico y fastidioso. Aprovecha para visitar el mercado, algunas de las iglesias, mientras pernocta en un hotel humilde por allí entre “calles angostas, olores irritantes y un calor abrazador”.

Un día más y ya está en Puerto Cabello. Lleva José Gregorio Hernández una inmensa tristeza. Dejar la universidad es como perder un poco la libertad para incorporarse a serias responsabilidades. Separarse de los amigos más íntimos es como perder el camino que fue creando a fuerza de sacrificios e ilusiones. Pero es el destino y el amor familiar que lo llama y en el fondo de sus anhelos Isnotú lo necesita. En el puerto

los muelles mismos forman una gran plaza libre en la que desembocan las principales calles del casco de la ciudad; su edificio más

importante es la aduana, una vieja casa grande de dos pisos y de estilo corriente. Todas las otras casas de la plaza, igual que las de casi toda la ciudad, tienen solamente un piso, cubiertas de ladrillos huecos, pintadas de blanco y provistas de grandes ventanas de vidrio, cerradas con postigos y verdes rejas de madera (...),

como la describiera años antes el sabio alemán Karl Ferdinand Appun.

Casi setenta horas transcurren para poder continuar el viaje hacia Curazao. El doctor Hernández recorre muchos sitios en este Puerto Cabello que le causa muy mala impresión “con sus calles estrechas y sumamente sucias”, según la siguiente correspondencia que dirige a Santos Aníbal Dominici:

Curazao, agosto 21 de 1888

Muy querido amigo:

Hoy llegamos a esta ínsula después de haber tenido una feliz navegación y de habernos detenido dos días en Puerto Cabello. Seguí tu consejo respecto del mareo, y me fue tan bien que no sentí absolutamente nada: es verdad que me distraía leyendo al ilustre Dr. Matheus. A bordo, y de la Guaira, venían muchos pasajeros, lo cual nos tenía un poco incómodos; pero cada cual se colocó como pudo y la noche se fue rápidamente. En el puerto me informé si alguien me daba razón de la casa de Elanita, y me dijeron que estaba en el campo hacía días; de allí (que era la Alameda) fui a oír misa, y tuve ocasión de ver toda la iglesia, que es algo pequeña, pero estaba bien adornada, preparada para una fiesta. Durante la misa ya tú te imaginarás que hacía mis súplicas ordinarias para que el cielo conserve, durante esta ausencia, el cariño que nos une e hizo de nuestras dos almas una sola para beneficio mío. Hubo sermón: yo no sé qué opinión formarían de él los porteños; pero me pareció bastante malo. Después del sermón me fui a bordo, porque era la hora de almorzar y la misa tenía apariencias de durar mucho.

Toda la tarde estuve en el vapor, muy triste porque yo nunca pensé que iba a ser tan dura para mí esta venida, que cada día se me hace más cuesta arriba el soportarla.

Durante la noche creí estar esperándote para ir a la plaza, y me hacía la ilusión de oír la música de la retreta; dormí pésimamente y con un calor espantoso. El lunes por la mañana salí a la ciudad con Clara Couturier, que quería conocerla, y estuvimos paseando hasta la hora de almorzar. Puerto Cabello me hace muy mala impresión con sus calles estrechas y sumamente sucias; las rosas abundan de un lado y otro de las casas y con un perfume asombroso. Las muchachas del pueblo (únicas que vi) son todas anémicas y con aire de curazoleñas.

En la tarde salimos, y entonces fue que me sentí un poco mareado, seguramente porque, como no tenía que leer, no pensaba en otra cosa; pero fue cosa de pocos minutos porque me acosté y todo pasó. Escíbeme pronto y dime cómo les fue en el tren, porque creo que siempre se fueron esa tarde; ya tú sabes cómo me gusta que tú me cuentes las cosas.

Voy a ver si tengo tiempo de escribirle a Pedrito: al doctor lo haré de casa. Dale un abrazo.

Un saludo muy cariñoso a las niñitas; a las Azpurua otro. Dile a Toro que entregué hoy su carta.

Contéstame. Tu amigo que te abraza,

HERNÁNDEZ

X WILLEMSTAD Y LOS SERVICIOS MÉDICOS

A Curazao arribó el 21 de agosto. La ciudad de Willemstad le era conocida en parte, pero aprovecharía para descubrirla toda y hacer sus propias apreciaciones. Acaso una vez más, recordaría a Appun cuando este escribiera que:

Las casas altas pintadas de un marrón purpúreo y carmesí, daban a la ciudad un aspecto muy amable y noble a través del portón colosal formado por los enormes muros de la sólida fortaleza de Ámsterdam, entrando al puerto. La entrada, no muy ancha, está bordeada un largo trecho por la fortaleza. Más allá, la fortaleza linda con las casas de la ciudad, por el este: la primera casa es el bello palacio de gobierno construido de acuerdo con el clima tropical. De noche cierran con cadenas la entrada al puerto... En la playa, cerca del palacio de gobierno se hallaba el gran Hotel Concordia, edificación de cuatro pisos, con ventanas de vidrio y una gran galería externa en el tercer piso. La ciudad propiamente dicha, densamente poblada, está encerrada dentro de las murallas de la Fortaleza, al este del puerto; a muy diferentes alturas se elevan las casas, una por encima de la otra. La estrechez de las calles, a veces angostísimas, produce una impresión lúgubre que no mejora por el sinnúmero de negros andrajosos que andan por ellas. Los altos edificios de esta parte de la ciudad, están generalmente construidos bien y pintados al aceite en todos los colores... La parte de la ciudad situada al oeste del puerto es mucho más extensa y provista de calles anchas, aunque no de casas tan bonitas; como un ancho

río el puerto atraviesa la ciudad y barquitos especiales destinados al servicio y dispuestos siempre en gran número, conducen pasajeros hacia el oeste de la ciudad. Allí se encuentran en abundancia tiendas al detal, tabernas y otros lugares de placer agradables a los marinos... Después de atravesar las puertas del muro que encierra la parte este de la ciudad, fortificada, se llega tras una ancha y desierta plaza a la parte de la ciudad más elegante y bonita, que se extiende mucho, a lo largo de la playa, donde hay muchas quintas bellas de la gente rica. Algunas de ellas son de estilo oriental, hermoso y elegante, y rodeadas de magníficos jardines.

Pero que sea el propio doctor José Gregorio Hernández quien nos dé otros testimonios sobre Willemstad, en carta al mismo Santos Aníbal Dominici, con fecha 30 de agosto de 1888, desde Maracaibo:

Muy querido amigo:

Te escribí de Curazao y ya debes haber recibido aquella carta, que fue por el Valencia.

En Curazao estuve cuatro días, en los cuales tuve tiempo para conocer lo que me faltaba de esa ciudad: vi los hospitales, conducidos por un viejo que me presentaron, el cual es médico holandés y se llama el doctor Langskberg; hay mucho aseo, como que está servido por hermanas de la caridad, y me he convencido más de la utilidad de esta institución, ya que las monjas hacen todo con una heroicidad que solo da el catolicismo. Había un hombre que tuvo una fractura del fémur y, por haberlo mantenido cerca de cuarenta días en un aparato inmóvil de madera, tuvo una inmensa escara de decúbito; había que tenerlo enteramente desnudo y lavarle constantemente la úlcera, y en la cara de la hermana que lo asistía vi tanta santidad durante la cura que tuve deseos de venerarla como si estuviese ya canonizada.

El tercer día de haber llegado fui a conocer detalladamente el colegio que está fuera de la ciudad: conocí a la monja de más fama como instruida y como piadosa, a sor Josefa; sabe francés, inglés, alemán, holandés, español y latín; botánica, mineralogía y química; toca piano

admirablemente, pinta lo mismo y en las labores de mujer es inimitable; cuando supo que yo había estudiado Medicina me dijo que ella le tenía cierta aversión porque, después de haberla estudiado un poco, fue para ella ocasión de pecado por haberse sentido orgullosa de conocer algo de esa ciencia. El doctor Langskberg me dijo que era ella quien le había enseñado a diagnosticar y tratar la fiebre amarilla. Lo demás del colegio es inmejorable, las niñas cuidadas como por sus madres: se atiende a su desarrollo físico como al trabajo intelectual y educación de sociedad.

Mira hasta dónde llega misia E.V.: tú sabes que traía una carta para María, y cuando fui al convento la entregué a sor Josefa, la que me dijo que sentía mucho no presentarla en la sala porque la madre le había dicho que solamente permitiera que la viese el que llevara una orden escrita para ello (!!). Después me dijo una señora en la posada que ella la vio, porque en el momento de entrar al convento salían las niñas a hacer ejercicio en los alrededores, y que le había sorprendido mucho verle un anillo de compromiso: entonces fue que me expliqué todo.

En Curazao compré camisas, calzones interiores y dos vestidos de género, y cuando acabé de pagar me encontré que había gastado tanto que no tenía con qué pagar el pasaje para aquí; afortunadamente que aquel señor más delgado de los que comían con nosotros en Macuto, y que se hizo muy amigo mío, ya desde antes se había puesto a mi disposición y me facilitó aquí los veinte pesos que necesitaba.

Ya se acercan las clases: acuérdate de lo que te dije. De casa te contaré cómo me ha ido en Maracaibo porque ya no tengo tiempo para seguir escribiendo; el día primero del entrante estaré con mi familia.

Dile a Eduardo Andrade que su carta la entregué a Manuel Ángel, porque Eduardo está en la cordillera en un negocio de botica según unos, o en persecución de una niña según la versión que se admite con más generosidad. Cariños a José Andrade.

Un abrazo al doctor, cariños a las niñas; cuando vayas a casa de las Azpuruza les dices que entregué sus paquetes, cartas y dinero; y les das un saludo, que de casa les escribiré.

Contéstame pronto y recibe un estrecho abrazo de tu amigo,

HERNÁNDEZ

XI HACIA MARACAIBO

Ha hecho en pocos días múltiples amistades en la isla de Curazao. Se ha granjeado el cariño de tantas gentes que lo conocen a través de las muchas cartas que ha traído desde Caracas para personalidades de Willemstad. Sin embargo le corresponde partir hacia la patria, aunque a decir verdad este pedazo de ínsula siempre ha sido una prolongación de Venezuela en todos los órdenes de la vida.

Habiendo embarcado en la mañana del 25 de agosto, más tarde ya se encuentra en Maracaibo, después de casi cinco días completos de navegación. Podemos seguir la huella de las últimas veinticuatro horas del viaje a través de Leontine Roncajolo, en sus *Recuerdos*, publicados en París en 1895:

... se divisó la isla de Toas; sin embargo, no fue sino al día siguiente cuando pasamos la barra y entramos en el lago, guiados por un piloto. El sol proyectaba una luz tan deslumbrante sobre las arenas de la playa, que los relieves del suelo aparecían vagos e inciertos. Desde nuestra pequeña goleta solo veíamos alrededor la blanca cresta de las olas romperse sobre las hondonadas. Sin sospecharlo

habíamos llegado al fuerte de San Carlos, que cierra la entrada del lago. Después de una parada de varias horas dedicada a llenar las formalidades de aduana, emprendimos nuevamente la marcha. Apenas unas ocho leguas nos separaban de Maracaibo, pero no debíamos llegar ese mismo día, pues sorprendida por completa calma, la “Brillante” nos retuvo y nos hizo presenciar una de aquellas tormentas que son especialidad de ese lago. Toda la noche los truenos, los relámpagos, el viento y la lluvia hicieron un gran estruendo. Las estrellas no reaparecieron sino por la mañana y la lenta “Brillante” reemprendió finalmente su camino, desplegando ante nosotros un panorama espléndido.

Atravesamos el Tablazo, la parte menos profunda del lago y luego vimos a lo lejos el pueblo de Santa Rosa, construido sobre estacas y habitado por los indios guajiros que utilizan troncos de árboles ahuecados en forma de canoas para trasladarse de una casa a otra... A nuestra izquierda vimos Punta Palma y luego el puerto de Altagracia. Pasamos frente al cabo Capitán Chico que dejamos a la derecha. Gracias a Dios finalmente llegamos a Maracaibo, donde nos encontramos en medio de embarcaciones de todo tipo, aquella multitud viva y agitada nos interesó y acrecentó en nosotros el placer de la llegada.

Ya en la ciudad el doctor José Gregorio Hernández recorre lugares conocidos y casas de buenas gentes a las que le unían viejos lazos de amistad por intermedio de su familia en Isnotú y, además ahora, multiplicados con las cartas que traía de algunos de sus compañeros zulianos que vivían en Caracas y tenían padres, hermanos, tíos, etc., en la Sultana del Lago. Allí había cierta monotonía en la vida comercial de despachar y recibir mercancías en el puerto, pero en la ciudad la novedad era el club de recreo Los Haticos, parte central de una urbanización del mismo nombre habitada especialmente por extranjeros, y entre ellos una mayoría de alemanes. Estaba a una hora más o menos de la ciudad:

El camino hace una curva hacia el este, a lo largo de la orilla amena del lago, y ofrece un paisaje muy variado debido a los diferentes edificios bonitos, a los bellos grupos de árboles tropicales y a la multitud de cocoteros de la playa; a través de sus grises troncos que parecen columnas se asoma el lago azul oscuro con su superficie agigantada por los más diferentes barcos; toda esa gracia se realza muchísimo por el aspecto de las quintas bonitamente construidas y por la amable población femenina (...),

según la apreciación del viajero alemán Karl Ferdinand Appun en su obra *Los trópicos* publicada en Jena, por 1871.

XII ESTRENA EL FERROCARRIL

No ha de ser larga la permanencia en esta acogedora ciudad de Maracaibo. Emprendió el viaje hacia La Ceiba, el puerto trujillano por el que varias veces había embarcado para hacer el periplo hacia la capital de la república. La Ceiba —según la misma señora Roncajolo que ya citamos— se componía de “algunas casas construidas al borde del agua y sombreadas por árboles inmensos denominados “ceibos”. Pero ya el doctor Hernández no le corresponderá sacrificarse en el recorrido de otros tiempos hasta el final de la tierra llana y el comienzo de la “subida” hacia Betijoque. Ahora va a hacer el viaje gratamente, pues se servirá del ferrocarril que del puerto conduce hacia Sabana de Mendoza y que ha sido inaugurado el 1 de enero del pasado año de 1887. Vive una nueva experiencia que le produce más de una indecible emoción. Aquel tedioso andar de las bestias entre pantanos, bosques asfixiantes, amenazas de serpientes y fieras, es ahora simplemente un sueño o tal vez una pesadilla, aunque él va embebido en otra dimensión del pensamiento. Dentro de sí lleva la esperanza de ser útil, de

trabajar por la tierra bendita que lo vio nacer, especialmente en estos momentos cuando está en conocimiento de la infernal situación que se vive en la región por los estragos que causa la fiebre amarilla. Pero dejemos que sea Rafael Argüello, el cronista oficial de Betijoque quien en el centenario del tal suceso infausto, 1988, nos diga:

La mayor actividad de la epidemia tomó como centro la incipiente población de Sabana de Mendoza, que apenas comenzaba a levantarse en los alrededores de la estación del ferrocarril; a ese lugar acudían numerosos viajeros, que transitaban entre la zona alta del estado y los puertos del lago, incluidos La Ceiba y Maracaibo; puede atribuirse la virulencia de esta epidemia, a la amplia aceptación que tuvo, precisamente, el funcionamiento pleno de un medio de comunicación rápido y seguro, como lo era el ferrocarril. Como se desconocía en los medios científicos, cuál era el agente propagador de esta enfermedad, tanto médicos, como el pueblo común la atribuían a una serie de causas, a las cuales más disparatadas. Se decía, por ejemplo, que el consumo de pescado salado, — que era precisamente el renglón básico de la dieta de los campesinos y de toda la población de bajos recursos— era uno de los causantes de esta enfermedad.

A tal extremo llegó la situación, que el gobernador de la Sección Trujillo, del estado de los Andes, general Rafael Linares, prohibió la entrada de este producto. Como el impuesto sobre dicho producto era una de las entradas económicas más cuantiosas con que contaba el erario municipal, el cabildo betijoqueño se vio obligado a dictar medidas especiales en materia económica para corregir este déficit. A consecuencia de la gran cantidad de bajas ocasionadas en campos y poblaciones se abrieron los cementerios de Betijoque y Sabana de Mendoza, como lugares especiales para inhumación de los apestados. El médico de Betijoque era el doctor Basilio Inéguéz, que en sus informes a la municipalidad recomendaba medidas sanitarias que hoy nos parecerían pueriles. Se establecieron degredos (alcabalas sanitarias) en el sitio de Vichú y La Ceiba, para detener, como se dijo

antes, la entrada del pescado salado y otras especies sospechosas. Se recomendaba a los viajeros alejarse de los lugares pantanosos, ya que se sospechaba que las emanaciones fétidas, de aguas putrefactas, podían contagiar la enfermedad, sospecha que se acercaba un poco a la realidad, ya que como hoy sabemos, es un determinado tipo de zancudo anófeles quien la transmite. Se ordenaba por las Juntas de Sanidad, que nombraba la municipalidad, que se hiciesen grandes hogueras, que situadas en lugares estratégicos, como la Piedra del Zamuro y el Cerrito Colorado y alimentadas con combustible día y noche, se encargaran de purificar el ambiente.

El temor a raíz de las muertes ocasionadas se extendió por campos y poblados, pues se multiplicaban las víctimas; entre los lugares donde recrudeció el mal con gran intensidad citamos las sabanas de El Limón y Cheregüe. Los campesinos caían diezmados aun en sus lugares de trabajo.

Según la tradición que he rescatado, durante el transcurso de esta enfermedad se veían cosas horripilantes; por los caminos era frecuente tropezarse con las fatídicas hamacas, llevadas por un número determinado de portadores que transportaban al enfermo, sobre largas ramas. Los caminos de la región quedaron sembrados de tumbas, esas que vemos todavía bajo un cúmulo de piedras, que los viajeros al pasar contribuían a aumentar.

En Betijoque, se habilitó un serretón que tirado por una bestia, recorría las calles, en busca de víctimas, las cuales sin mayores miramientos eran depositadas en el rústico vehículo y llevadas al cementerio, se sepultaban en las fosas que varios obreros cavaban sin cesar. Antiguos pobladores y mis familiares, me aseguraron, que muchas víctimas fueron enterradas sin terminar de morir, tal era el temor que se extendió por todos lados.

En muchas ocasiones murieron todos los integrantes de determinada familia, incluyendo animales domésticos: perros, gatos, loros, etc. Las casas apestadas se dejaban abiertas y en su interior se regaban limones y otros desinfectantes. Muchas gentes emigraron y la mayor parte de las actividades públicas, sociales y culturales fueron paralizadas.



XIII

RUMBO HACIA BETIJOQUE

Tal situación de tragedia colectiva de graves entornos lo demora una semana en Sabana de Mendoza. Allí ha de comportarse como lo había jurado en el momento de tomar conciencia de la misión y del apostolado que le correspondía como médico. No fue extraño a muchas penurias y a duros sacrificios. Hizo cuanto pudo para aliviarle a muchos pacientes la dura penalidad pero para continuar en su misión científica siguió hacia Betijoque. Volvamos a la admirable Leontine Roncajolo para que nos señale la trocha desde Sabana de Mendoza hasta allí:

Nos montamos (en las bestias) y en marcha siempre por el Camino Real, en medio del bosque, a través del pantano y el agua, hasta el río Vichú, donde llegamos después de haber atravesado el pueblo de Sabana de Mendoza.

Atravesar este río que uno vadea siete u ocho veces antes de llegar al lado opuesto es peligroso en la época de lluvias, especialmente después de una tormenta. Afortunadamente, Vichú, que suena

como el nombre de una divinidad india, fue propicio y lo cruzamos sin más inconveniente que el de habernos mojado.

Pasado el río nos encontramos al pie de uno de los escalones de la Cordillera de los Andes. A partir de este momento, nuestras bestias comienzan a escalar una ladera de varios kilómetros que nos ha de conducir a la altiplanicie de Betijoque. Este pueblo domina toda la selva que acabamos de cruzar. La vista es verdaderamente maravillosa: nos encontramos a 600 metros de altitud con leguas vírgenes por delante, limitadas por el lago de Maracaibo, que aparece en el horizonte como una línea plateada.

Para el 12 de septiembre el doctor José Gregorio Hernández está en Betijoque. Desde las cercanías de su hogar, pues la distancia hasta Isnotú es apenas de cinco kilómetros, vuelve a la epístola para decirle a Santos Aníbal Dominici cosas interesantes de la capital zuliana. Veamos:

Muy querido amigo:

Ayer tuve el gran placer de leer tu carta fechada el 18 de agosto. No te había escrito desde el mismo correo que pasó el siguiente día de mi llegada, porque estuve desde ese día enfermo con una fiebre que me tuvo muy asustado, creyendo podía ser algo serio; no sucedió así, y ya estoy completamente restablecido, aunque muy débil.

En Maracaibo pasé siete días muy agradables. Manuel Ángel se esmeraba por que yo me distrajera, para lo cual ponía en juego todos sus recursos de hombre fino y atento; me presentó a todos sus amigos, que son de lo más escogido, como ya te imaginarás, y mozos sumamente agradables; sobre todo uno del interior, un joven Salinas que es de un trato encantador y muy simpático de fisonomía; entre él y Manuel Ángel me iban a buscar al hotel todas las tardes para enseñarme la población, que esta vez, ya sea por verla acompañado o porque realmente fuera así, me pareció muy bonita y adelantada.

Durante el día, o mejor dicho por la mañana, el doctor Dagnino me llevaba a ver sus enfermos, y no solamente los del hospital, sino los de la clientela privada también; me presentó todos los médicos notables de la ciudad, lo mismo que las personas de su amistad.

El hospital está muy bien atendido, y edificado de un modo enteramente de acuerdo con la ciencia moderna: salas vastas y bien aireadas, muy limpias y con camas y demás muebles en muy buen estado. Adjunto al hospital, y formando cuerpo con él, está el anfiteatro, que no tiene muy buena distribución; suponte una serie de salas largas como la de la clase de Anatomía de allá, aunque más angostas; en cada una de estas hay una mesa y algunas sillas, pero las primeras sí están muy adecuadas y arregladas con tomillos para la cabeza, etc., etc. Pero como ya tú habrás pensado, este edificio es bastante incómodo para el objeto a que está destinado; me gusta muchísimo más el nuestro de allá, aunque tiene menos aparatos. El doctor Dagnino me dijo que si él hubiera estado en Maracaibo cuando se trató de hacer ese plantel, habría hecho todo lo posible para desviar la corriente civilizadora en otro sentido y haber hecho una maternidad en vez de anfiteatro; puede ser que la injerten en este.

Las iglesias también son muy bonitas y adornadas con mucho gusto; todos oyen misa con mucho recogimiento, y me llamó más la atención esto, porque la misa que yo oí el domingo que estaba allá fue la de diez, que es a la que van todas las niñas y *dandys* del lugar. El último día de mi permanencia allí Manuel Ángel me regaló un termómetro, y el día antes me había invitado a pasear en coche, obsequio de mucho valor en Maracaibo, donde los coches son caros y difíciles de conseguir.

Ya ves por esta ligera exposición que conservo un sentimiento muy natural de agradecimiento por la amabilidad de todos los Dagnino durante mi venida a Maracaibo.

Después tuve el placer de ver a toda mi familia, que estaba la mayor parte buena aunque papá siempre está con sus ataques de asma, que no han querido ceder a ninguna cosa de las que le he indicado; consulta tú con Vaamonde a ver qué medicamento le ha dado a él mejor resultado; yo le he hecho un examen muy superficial porque

esa fiebrequita me ha impedido hacer muchas cosas, pero creo que es esencial.

Aquí he tenido varios enfermos, un caso de aborto del mes de julio y cuya hemorragia no había cesado; ya está fuera de peligro porque hace tres días que se suspendió el flujo: no me atreví a practicar el taponamiento por haber transcurrido ya mucho tiempo después de la expulsión del huevo y yo creí que la hemorragia no dependía de retención placentaria, sino de una subinflamación; y lo que me hacía creer esto era que cuando le daba quinina o ergotina aumentaba el flujo, lo que ya tú sabes por qué es. Voy a consultar con Morales para ver si en este caso, y cuando la sangre es muy abundante, se puede practicar el taponamiento; dos casos de disentería aguda; los cuales aunque han mejorado un poco, no están bien todavía; y un caso de tuberculosis.

Ya tú ves que para hacer tan poco tiempo que estoy aquí no deja de ser algo y me da esperanzas de poder reunir dinero suficiente para que hagamos nuestro proyectado viaje a Europa; papá dice que él cree que haré más de los tres mil pesos que pongo como cifra indispensable para poder estar algún tiempo en París.

He paseado a caballo dos o tres veces con algunos amigos de aquí, que se empeñan en que esto me parezca menos feo de lo que realmente es: empeño inútil porque la fealdad de lo de por aquí está más allá de toda descripción; y eso que la variedad en las costumbres y maneras son cosa que me divertirían si no me atacaran los nervios por la antipatía que tengo a toda la gente de por acá.

Me olvidaba decirte que en Maracaibo vi un examen de bachiller en Medicina de un joven que me dijeron era lo mejor de la clase: ya tú sabes mi opinión antes de haber visto los exámenes de allá: ella es la misma hoy.

Mándame un alfabeto alemán porque el que yo traía se me ha traspapelado y no he podido volver a encontrarlo.

Siento que el Vicerrector no se haya muerto antes; veo una ocasión muy propicia para que Urbano se aproveche y de la cual creo que sabrá sacar buen partido. Dime si ya sabes que lo quitaron de terapéutica.

No me dices nada del hospital decretado; yo lo supe en Maracaibo. Dame detalles.

Hasta que no reciba contestación de la carta que te hice de Maracaibo no voy a estar tranquilo porque, como ya la época de clases se aproxima, quién sabe si tú ya te has preparado a pasarla confortablemente.

Puede ser que les escriba a las Azpurua.

Cariños a todos los amigos, saludo a las niñitas. Contéstame y escríbeme por todos los vapores, y me cuentas todo.

Tu amigo que te envía un estrecho abrazo,

HERNÁNDEZ

Desde el primer instante el doctor se entrega a sus tareas profesionales, aunque le queda tiempo suficiente para leer durante buena parte de cada día. Madura la idea de ir a Valera para empaparse de cómo es la vida en la pequeña ciudad y si le convendría instalarse en ella. Pero ante todo, medita sobre este regreso al solar nativo y alrededor de la historia antigua de Betijoque. Cómo vuelven a su mente las muchas crónicas que en más de una oportunidad repasó en Caracas, metido entre archivos, buscando alguna vez la genealogía que le adornaba su origen familiar de fundadores de pueblos. Así se encontró a Betijoque y un obispo visitante. Era la antepenúltima década del siglo XVIII.

XIV EL OBISPO MARTÍ Y BETIJOQUE

Indiscutiblemente que la mañana había cruzado sobre el último meridiano. Las gentes saboreaban el diario condumio del mediodía. Exactamente a las dos y media de la tarde, en 13 de abril de 1777, bajo un sol inclemente que se colaba por entre los pocos descampados del camino rodeado de espesa vegetación, reseca las gargantas por el asedio de la sed y sudorosos los cuerpos de los hombres blancos y de los hombres indios, y de alguno que otro representante del África de múltiples incógnitas, entre un bullicio de humanos y de aves, cansadas las cabalgaduras, llega a Betijoque, pedazo de luz enclavado sobre las aristas de un mirador natural de la belleza de tierra firme, un alto representante de los cánones cristianos.

Su nombre es Mariano Martí Estadella, veterano señor de la teología y de la docencia moral, obispo de la Diócesis de Caracas y Venezuela desde el mes de agosto de 1770 y humilde siervo del Señor, nacido en el pequeño pueblo de Brafim, en el Partido de Valls, arzobispado de Tarragona, en el gran señorío de un imperio que sondeaba sus júbilos por varios

continentes y que pasaría una lengua y un credo entre la conquista y la colonización de América: la imponente España. El visitante era vástago de rústicos horticultores que quizás nunca vislumbraron el destino más allá de una luna y de un amanecer, de un sembradío y de una esperanza pírrica, y por lo tanto no presintieron la suerte solar del hijo.

Viene de lejos con la experiencia de haber recorrido ya, durante años, buena parte del territorio bajo su égida. Conoce los caminos ya desandados y conoce aquellos que aún no ha recorrido. Cuando pernoctó en Betijoque tiene ya en sus alforjas toda la documentación de casi siete años de trasmontar por inconmesurables lugares. Había iniciado la jornada en diciembre, de 1771 y todavía le han de faltar siete años de andanzas, amparado en su franciscana toma de conciencia para aprender de la experiencia el cálido y espiritual sentido de lo perseverante.

Del pequeño poblado al que llegaba expresaría en lenguaje florido y con líricas concepciones muchos conceptos, de todo género y de todo matiz, pero entre los cuales han de tener pulso y vigor para siempre dos oraciones definitivas: Betijoque es predio donde “las tierras son buenas” y las gentes como la tierra misma, apartadas del vicio y del mal, con las ponderadas virtudes del santo de Asís: tranquilas y pacíficas. Para qué más: portento satisfactorio en donde el factor geohumano tenía la coherencia de una uniformidad para arrullar a Dios entre las oraciones y contemplar a Dios en los frutos que sazonan, en las flores que apenas son botón y en la paz que es el mayor bien que una colectividad pueda aspirar para que nunca la sangre logre manchar ningún camino.

Mas el obispo Martí deja constancia que el pueblo de Betijoque tenía iglesia y que la misma estaba bajo la advocación de san Juan Bautista y era de “bahareque, cubierta de palma”, como eran las sesenta y cinco casas que constituían el área vital del poblado, pero como no había cementerio “los que mueren se entierran dentro de esta iglesia o capilla” que, por cierto, no tenía cura propio, pues el pueblo de Betijoque estaba en dependencia civil y eclesiástica del vecino pueblo de Escuque, razones para que el cura de este último, don Nicolás José Montilla y Valera, sirviese a los fieles de Betijoque en idénticas condiciones que los de su jurisdicción específica.

Templo sencillo y necesario el de Betijoque en 1777, situado a media cuadra de la Piedra Gorda, punto geográfico de gran trascendencia, conocido y mencionado desde el año de 1687 y que era el espejo del pueblo. La circunstancia exacta de Betijoque. El sabor de la génesis local. Allí debe haber rendido su culto al sol, a Dios, a la luna y al cielo aquel indígena de nombre Marcos, cacique de la encomienda de Juan Pérez de Espinoza, en las postrimerías del siglo xvi y aquel otro indígena de nombre Francisco Espinoza, cacique de su casta que acaso medía sus predios con el metro de su mirada zahorí y con la taimada pero ágil inteligencia de su señalador de linderos, ya árboles o riachuelos; hondonadas o picachos.

La Piedra Gorda tuvo hechizo para dejar estampada la huella de la primera encomienda situada entre Betijoque e Isnotú y que reseñaría en 1687, dentro de la doctrina del pueblo del Dulce Nombre de Jesús de Escuque, el alférez don Diego Jacinto Valera y Messa en su carácter de alcalde

ordinario de la ciudad de Trujillo, encomienda formada por ocho indios útiles para el trabajo, seis muchachos menores de catorce años, “cuatro indias de más edad de catorce años para arriba” y “tres muchachas de menor edad de catorce años para abajo”. Encomienda en donde el idioma era una poesía imparangonable. Kari era el uno, Gem el dos, Shuent el tres, Mabipita el ocho, Mabishuera el nueve; Shambí, la mañana; Kuchi, el día; Wo, el día de trabajo; Chukjeni, la noche y Kchuta, dios.

Vuelve los ojos el joven médico hacia la huella del indio don Francisco Espinoza cuando reunió a todos los suyos en 1729 y ante el temor de que se aproximaban huestes motilonas, aguerridas y combatientes, optó por tomar otras trochas, algunas veredas y la cierta travesía, para dejar el campo libre no sin mucho pesar. Pero volvería en la oportunidad más propicia, posiblemente en 1735, pues para 1738 cuando transita por Betijoque, de Mérida hacia Maracaibo, el obispo José Francisco Valverde, ha de encontrarse ya con la posada del “Canario Rafael Salagure, casado con una mestiza nativa de Carambú, descendiente de los antiguos pitijoques”. Estos tomaron “en cuenta el frecuente tránsito de viajeros entre Maracaibo y Trujillo... Vinieron después unos pocos indios más de ascendencia pitijoques, atraídos por la bondad del clima y por el conocimiento que tenían de que no existía la peligrosa vecindad de los motilones”. Entonces el obispo Valverde “viendo que estos indios morían y no se enterraban en campo santo... dio licencia para una capilla de oratorio que en efecto se hizo en el mismo sitio donde está el cementerio”.

Pero retornemos a las palabras del doctor José Gregorio Hernández en sus epístolas. El 18 de septiembre de 1888 pergeña la siguiente para su corresponsal en Caracas, Santos Aníbal Dominici:

Mi querido amigo:

No he vuelto a recibir ninguna carta tuya desde que contesté la semana pasada tu primera escrita para mí; ya te he escrito cuatro veces con esta y todavía no he tenido más que una vez el gran placer de leer tu conversación escrita.

Pienso ir en esta semana a Valera, porque creo que de estos pueblos es el único en que me puedo situar y en el que se presentan más enfermedades que me hagan tener una práctica variada e instructiva; si resuelvo quedarme allá te lo escribiré inmediatamente para que dirijas tus cartas a ese lugar, lo cual me agrada mucho más porque así las puedo leer inmediatamente que lleguen.

No dejes pasar ninguna ocasión sin escribirme: recomendación que creo y es inútil, una vez que es mutuo el deseo de estar juntos, aunque sea por escrito. Ya desde ayer debes haber empezado tu quinto año; no tengo ninguna duda de que harás por tu amigo y a su nombre lo que te decía de Maracaibo.

En estos días he leído un libro que me habían dado en el colegio y que nunca había hojeado; tiene la originalidad de no decir quién es el autor en inglés, y solo dice que imitado de este idioma por J. Girardin, que supongo sea de la familia del famoso Émile de Girardin. Se llama Tom Brown y es una descripción de la vida del colegio de Inglaterra, pero tan exacta y detallada que había momentos en que creía que tú me estabas contando aventuras de tu colegio de la nunca bien alabada Trinidad; los mismos juegos de football, de cricket, etc., etc.; las mismas carreras y la gloria que deseaban adquirir los muchachos de ser los más afamados en la carrera: todo es igual, y en un francés muy elegante; ya lo leeremos cuando mi buena suerte nos vuelva a reunir, siempre que para entonces exista, porque los muchachos de aquí, luego que descubrieron que tenía láminas, se lo disputan acaloradamente, y eso produce continuas

riñas y batalla que todas amenazan con suplicio de muerte al infeliz libro.

Mis enfermos todos se me han puesto buenos, aunque es tan difícil curar a la gente de aquí, porque hay que luchar con las preocupaciones y ridiculeces que tienen arraigadas: creen en el daño, en las gallinas y vacas negras, en los remedios que se hacen diciendo palabras misteriosas; en suma: yo nunca me imaginaba que estuviéramos tan atrasados por estos países. La clínica es muy pobre: todo el mundo padece de disentería y de asma, quedando uno que otro enfermo con tuberculosis o reumatismo; afortunadamente que mi espléndido libro de Pepper tiene artículos inmejorables sobre esas y todas las enfermedades; solo siento que cuando lo vayamos a leer no te parecerá tan bueno por haber envejecido ya la mayor parte de los capítulos. La botica es pésima; suponte que el boticario es un aficionado solamente y que me dice: “Nosotros los médicos”, porque a más de ser aficionado a la farmacia es también a la medicina, y la primera vez que habló conmigo me aturdió con un tecnicismo indigesto y estúpido: me contó que curaba la disentería con cinco gramos de quinina al día, y como yo me asustara, me tranquilizó completamente y me aconsejó que así lo hiciera, ya que la ípeca no daba resultado: quien no da resultado es él, y es él quien está llenándome de fastidio; afortunadamente que yo no he de quedarme aquí, sino que, como ya te dije, iré a Valera.

No les voy a escribir a las Azpurua hasta la otra semana porque ahora no tengo tiempo ni papel, y por la misma razón no lo hago a Perucho hoy; creo que esta carta te va llegar junto con la de la semana pasada, que, según creo, debe estar en Maracaibo esperando el vapor: me alegraría que te llegaran juntas para que te sirvieran de estímulo; en la de la semana pasada le escribí a Pedrito y también al doctor.

En casa todos hablan de ustedes como si los conocieran desde hace mucho tiempo; es verdad que el furor que aquí hay es todavía poco para el que debe ser.

Escríbeme y cuéntame todo y todo: yo quiero que seas muy minucioso.

Tu amigo que te abraza estrechamente,

HERNÁNDEZ

Es impresionante la sinceridad del doctor José Gregorio Hernández en cada una de estas cartas a Santos Aníbal Dominici. Algunos historiadores y cronistas expresan reservas frente a estos testimonios del ilustre sabio y digno candidato para la beatificación, en cuanto a que al emitir conceptos sobre ciudades y pueblos es duro con la concepción genérica, así como lo es al citar a los habitantes en el sentido colectivo.

Pero ello es histórico si definimos con diafanidad que si hay denuncias en los párrafos epistolares, estas son verdades inequívocas. Si por ello es que concretan la crítica a este trujillano destacado, también tendríamos que aceptarla y hacerla a todos los viajeros que en los siglos XVIII y XIX hicieron recuentos de sus visitas a muchos lugares del país, de los cuales enhebran criterios no siempre bondadosos ni benéficos, porque se remiten a lo que han observado y que si bien al hacer las exposiciones lesionan intereses de grupo, no por ello deja el relato de ser exacto.

Tenemos que situarnos en el tiempo y en el espacio del protagonista, de la relación geográfica, histórica y social, o mejor del diario o la memoria, para interpretar el fondo mismo de sus impresiones y no juzgarlo en este presente cuando han cambiado tantas y tantas coyunturas y se ha modificado sustancialmente desde la motivación geográfica hasta la unción espiritual de los conglomerados.

XV

LOS PASOS DE LA HISTORIA BETIJOQUEÑA

Labora y sufre el doctor Hernández. Le duele la tierra nutricia, pero también lo asalta la idea de buscar nuevos rumbos. Vuelve los ojos al pasado lejano para aminorar la ansiedad de alguna íntima inquietud de nómada. Se afinca en la historia.

Y Mariano Martí apuntaría aún con mayor criterio de historiador que de pastor de la grey, algunas otras consideraciones para biografiar a Betijoque en 1777, con una iglesia que

era poca cosa y no pasaba de ser una capilla alargada y estrecha, la cual considero de poca duración (...) Estaba cubierta de paja sobre paredes de bahareque doble, con una puerta mayor y otra colateral; constaba de dos altares: el mayor dedicado al patrono san Juan Bautista y el otro a Nuestra Señora de la Candelaria (...),

para el servicio espiritual de 625 almas, de las cuales 390 estaban en el pueblo mismo y 235 esparcidas “por los campos donde una parte formaba las partidas de Carambú, Borbollón e Isnotú. De aquellas 390 personas del casco, que podríamos

definir como urbano, 137 eran indígenas y 253 eran ‘blancos y de otras castas’ ”.

Desde aquel 13 de abril de 1777 el obispo pensó “que habría de erigirse en parroquia” el pueblo de Betijoque, “pues, además, cabría prever un crecimiento por ser una avanzada acogedora de andantes y tratantes que desde Maracaibo iban a Mérida y viceversa”. Además le llamó mucho la atención el patético ejercicio del poder en el conglomerado que sí carecía de un Cabildo de Indios:

No obstante esto —anota el obispo— me dice este cura, don Nicolás José Mantilla y Valera, que su antecesor —el padre Martín Suárez— nombró de su propia autoridad a un indio con el título de gobernador, y después este mismo cura nombró de su autoridad a otro indio con el título de alcalde, de manera que ahora ya hay un gobernador y un alcalde, y aún más: había habido ya una doctrina o enseñanza del catecismo a los niños y jóvenes indígenas, con vida la misma hasta noviembre de 1776 cuando dejó de funcionar porque el padre franciscano que la desempeñaba, de apellido Castillo, se había marchado.

El obispo visitante la revivió ese 13 de abril de 1777, de lo que anotó que en la “mañana se ha empezado el rezo de la Doctrina”, noticia esta que se concatena con otra que nos resulta conmovedora, tejida si no fuese verdad histórica, como para enternecer y adormilar el meollo de los anales de este pueblo donde

se halla el padre don Pedro Sánchez, vicario que fue de Maracaibo y hace unos diez y seis días que se perleticó y aplopeticó y ha quedado de medio cuerpo para arriba como sin sentido o con muy poco

sentido. Tiene advertencia y conocimiento, pero no puede hablar sino muy rara palabra, como “sí”, “no”.

Le he dado cien pesos para su socorro —agrega el levita— y estos se han entregado a este cura, para que se los vaya dando o gastando en su alivio, y el dicho padre Sánchez con las visitas que en mi nombre se le han hecho, solo con la mano izquierda ha manifestado su agradecimiento. En vista de esta enfermedad he escrito al vicario de Maracaibo para que no rechace al padre Sánchez, y a este le he dado licencia para que vaya a Maracaibo a curarse y a ser asistido de sus parientes y de los médicos, pues acá no tiene quien pueda asistirle bien, y solo el cirujano Portobello, que de casualidad se hallaba en Escuque, es quien lo cura; y en mi carta prevengo al dicho vicario de Maracaibo que si no convalece dicho padre Sánchez, luego que este saliere de casa, me avise para providenciar lo conveniente.

En otro sentido, el obispo hizo constancia de que el pueblo de Betijoque limitaba por oriente con la ciudad de Trujillo, distante nueve leguas “y hasta el lindero que es el sitio de Sabana Larga hay cuatro leguas”; por el oeste o poniente con el pueblo de Moporo, distante diez y ocho leguas que corresponden hasta el margen de la laguna de Maracaibo; por el norte “con Zinuosa, distante veinticinco leguas y hasta el lindero que es el río de San Juan, quince leguas, y por el sur con Escuque distante cinco leguas y hasta el lindero que es el sitio de Pone Mesa, tres leguas”.

La estada por dos días en esta tierra del señor obispo marcaría un cambio sustancial en la vida de la región. Se lleva la idea de elevar a parroquia eclesiástica a Betijoque. Ya el 17 de abril siguiente desde el pueblo de Escuque “reservadas las providencias que convengan acerca de la erección del nuevo Curato y que se verifique según las leyes del patronato real”, con cuya disposición puntualiza que lo prometido es compromiso fehaciente y el 6 de setiembre de 1781 pasa oficio

al señor vicepatrono “a fin de que designase persona que con el vicario de Trujillo procedan a formar individual matrícula a los indios y vecinos” para erigir el pueblo de Betijoque en “parroquia distinta a la de Escuque”. Es el mismo año en que suena una vez más el nombre de Betijoque, pues en el mes de agosto fuerzas de Comuneros de Mérida encontrábanse en el pueblo de La Mesa de Esnujaque y amenazaban con poner un grueso de tropa en este pueblo “para que se rindiese Maracaibo por hambre”; año también en el cual adquirió mayor urgencia el pago de impuestos por parte de los que llevaban sal proveniente de Maracaibo a la ciudad de Mérida y los cuales tenían que hacerse efectivos en Betijoque “porque además de otros pagos de impuestos y costo de transporte debía cancelarse la ecepción de uno y medio reales”. Llegaría así el año de 1784 para que el pueblo vistiese los atuendos de parroquia civil y eclesiástica.

Bendito sea el señor diría entre sueños de azúcar el prelado mientras que por entre estas mismas brisas al sorbo de la cristalina y gratísima al paladar, agua de La Abejita, el ángel tutelar del Pitijoc se tendería largo a largo en la meseta para verse los ojos vivaces en el espejo sin tregua de la laguna de Maracaibo.

Entendemos que el doctor Hernández pasó en Betijoque dos semanas para trasladarse luego a Isnotú, residencia de su padre y de la demás familia. Había dedicado largas horas a hacer análisis pormenorizado del estado de mejoría de cada uno de sus enfermos. Sin embargo, se queja amargamente

de aquel poblado, pues acostumbrado ya a la tertulia caraqueña, a las veladas y al teatro, Betijoque le sería aburridor y monótono.

Su itinerario de Isnotú a Betijoque lo describe magistralmente, concentrando esfuerzos en velar por sus pacientes, a los cuales atiende una o dos veces al día tanto en uno como en otro de estos lugares.

Ya ha hecho amistad fraterna con varios paisanos, especialmente con Félix Berroterán, quien es el presidente del Concejo Municipal del Distrito Betijoque, el cual no deja de lamentarse de lo grave que ha sido la epidemia de la fiebre amarilla que llegó a tal extremo de gravedad que el Cuerpo Edificio había dejado de sesionar desde los primeros días de junio. También intima con los otros concejales, Miguel Antonio La Riva, Francisco Ignacio Labastidas, Bartolo Briceño y Arturo Thimer, así como con el secretario del organismo, Fernando Jugo. Y de esta amistad resultaría un loable beneficio para su persona en el campo científico. Además, ha curado de un viejo mal al comisario mayor de policía del caserío de Sabana de Mendoza, un descendiente de franceses, Julio Duplat y trata con eficiencia al general Nemecio Fuenmayor, tesorero de Rentas del Distrito Betijoque. Pero leamos otra misiva para Santos A. Dominici, del día 2 de octubre:

Mi última carta fue del 16 o del 18 del pasado, si mal no recuerdo, y no te escribí el 25, que también había correo, porque estuve sumamente ocupado en Betijoque con una enferma que tuvo una retención de orina durante once días a consecuencia de un parto laborioso: orinaba por poquitos, lo cual no me engañó porque justamente acababa de leer en Playfair esa causa de error tan sumamente

común; le puse la sonda y le extraje una inmensa cantidad de orina, y le ha quedado una cistitis que le he estado tratando y de la cual está ya muy mejor. Ya ves que fue muy a mi pesar que dejé de cumplir con el deber gratisimo que me he impuesto de escribirte todas las semanas para darte cuenta de todo lo que me sucede durante este corto espacio de tiempo.

No he vuelto a recibir carta tuya desde la del 30 de agosto, lo cual no ha dejado de tenerme muy inquieto, porque, además de mi pena por otros respetos, no he olvidado que me decías en esa carta que habías estado enfermo. No sé si te habrá sucedido alguna vez como a mí; pero cuando recibo una carta de una persona que quiero y en ella me dice que ha estado enferma, no vuelvo a gozar de tranquilidad hasta que no recibo otra carta. Este susto no carece de fundamento, atendiendo a que allá hay correo por Curazao cada ocho o diez días por la línea D. Roja, fuera de que los vapores de la Mala Real y los de la línea holandesa también llevan correspondencia.

Tè parecerá increíble que todavía no haya conocido una persona con la cual se pueda conversar un cuarto de hora siquiera; es verdad que no he salido de aquí y de Betijoque: me levanto a las siete para que el día se pase más ligero, veo tres o cuatro enfermos que tengo aquí, luego voy a Betijoque a caballo y veo los de allá, que son: la mujer de la cistitis, un señor que tiene una irido-coroiditis y una vieja con fiebre en la que todavía no he hecho mi diagnóstico; sospecho que sea una tifoidea. De Betijoque vuelvo a almorzar, leo un rato hasta las tres, en que les hago nueva visita, tanto a los de aquí como a los de aquel lugar; como a las seis, y la noche la paso leyendo o sin hacer nada.

No me he vuelto a afeitar: figúrate qué fisonomía tan respetable la que ahora ostento, llena de una barba que cada día aumenta algunos milímetros, y todo ello me agrada mucho porque me divierte el verme tan horroroso; la gente de aquí nada nota porque los jóvenes en este país no acostumbran hacer uso de la navaja, esto tiene la ventaja de que uno se quema menos con el sol, puesto que la espesa e hirsuta barba lo protege; no obstante esto, hoy me tienes con una fuerte neuralgia dependiente de haber aguantado ayer un chorro de sol capaz de derretir a cualquier cristiano.

Esta misma semana se va para allá el Sr. P. A. Salas, con el cual te mando un poquito de dulce de leche para que lo coman allá todos,

es hecho aquí en casa; deseaba haberte mandado unos bocadillos, pero como este señor ha dispuesto su viaje repentinamente, no ha habido tiempo de encargarlos a Mérida, que es donde se consiguen buenos. Mi tía no quería que lo mandara porque dice que da pena regalar eso: es que ella no sabe quiénes somos nosotros y cree que debe haber alguna etiqueta; ese señor que lo lleva me dijo que se hospedaría en casa de Ayala, que es aquella casa de huéspedes que queda en la calle que va a la escalinata del Calvario cogiendo por casa de Duprat, una casa de alto en la cuadra que está antes del puente: te digo esto para que lo mandes a buscar. Cariños a las niñitas, un saludo al doctor de parte de papá y de todos nosotros.

Tu amigo que te abraza muy estrechamente,

HERNÁNDEZ

XVI MÉDICO DE BETIJOQUE

Ese beneficio que le ha de brindar la relación amistosa con los miembros del Concejo Municipal no es otro que agregar méritos a su hoja de vida. En la primera sesión ordinaria con que recomienza sus labores el Cabildo, la Comisión de Asuntos Médicos que no cesó en sus funciones durante la crisis de la epidemia, acuerda nombrar “Médico del pueblo al doctor José Gregorio Hernández”, según constancia existente en una de las actas de aquel entonces. Sustituiría al doctor Basilio Iñiguez.

Hernández participa con entusiasmo de la reiniciación vital del Concejo del Distrito e interesa a los ediles a que comiencen las gestiones más apremiantes para que se construya en el pueblo un acueducto, misión para la cual tiene a su favor al también médico, y figura relevante de la sociedad trujillana, doctor Diego Bustillos, quien después de dura enfermedad en Boconó resuelve instalarse en La Plazuela para su total restablecimiento. Tal vez sea por influencia de este viejo amigo con el cual sostiene correspondencia que se le viene a la mente la idea de establecerse en Boconó, aunque sin perder de vista una grande aspiración personal y profesional: viajar

durante unos meses por algunos países europeos. Pero vuelve a la historia de la región cuando sabe que debe pasar pronto por los baños de Motatán en viaje hacia Boconó:

Como a la medianía entre Betijoque y Escuque anotó el obispo Martí se pasa por un sitio donde está el manantial o fuente de agua tan caliente que no se puede sufrir, y allí van algunos enfermos a tomar los baños.

Mas el sacerdote impone un juicio:

Yo no he visto a esta agua caliente, pero me dijeron que por el camino por donde pasamos al venir de Betijoque a Escuque, a la izquierda distaría un cuarto de legua, y me añadieron que allí hay una casita para los enfermos, y que no muy distante de allí hay una quebrada de agua fresca.

El obispo a quien acompaña un respetable núcleo social, había partido a las seis y cuarto de la mañana del día 15 de abril de 1777. Salía de Betijoque con destino a Escuque. ¿Que cómo fue la actividad en esa madrugada, horas previas a la partida? se lo pregunta al doctor Hernández la imaginación, la cual le devuelve un poema para izarlo desde La Gira hasta La Vichú, con todo el colorido de lo trascendente: el resplandor comenzaba a embrionar, y los fogones todos de las chozas reavivaban en el triángulo de las estopias de piedra granítica, con la brasa que en la noche anterior habían guardado las indias en la caja fuerte de la ceniza catalizadora del fuego que allí permanece intacto hasta que la mano humana lo desviste al amanecer.

De la choza principal el indio gobernador sale sin prisa, indulgente, sumiso hasta el extremo ante la presencia del gran

visitador. Tiene mirada aterciopelada, fría y dulce a la vez, para electrizar con su bastón de mando al súbdito domado. Por otra trocha paralela, traspasa el umbral de su morada, el indio que es alcalde. Entrambos llevan collares habidos del trueque de la yuca, del maíz y de la chicha, allá abajo, en plena incandescente luminaria, frente a la orilla de la laguna, donde embarcan y desembarcan españoles e indios y el comercio se hace para unir pueblos y comarcas.

Se va don Mariano Martí. Todos en procesión toman el camino que “no es bueno, pero no tan malo como los otros que hemos pasado en estos pueblos de la jurisdicción de Trujillo”, diría el prelado. Fueron seis leguas de recorrido para acampar en Escuque. En Betijoque todo lo vestido de gala comenzó a marchitarse al atardecer. Tristeza echaban al agua distante de la laguna, los ojos de los indios y de los blancos, pero todavía quizás no habían pasado revista a las reprimendas del obispo que había hecho constar que si estaba conmovido por el grado de Doctrina de los jóvenes y niños, no estaba satisfecho porque don Joseph Gonzalo del Pino, de Canarias, casado, vive mal, desde dos años antes, con una india, soltera, mestiza y bonita. “El dicho Pino está enfermo... que puede que viva seis días...” —anota el obispo, quien agrega— que le ha prevenido al cura que si el mencionado pecador convaleciera “lo saque de acá para las islas”. También porque León de Araque, “blanco, viudo, vive mal con Francisca Cruz, soltera, india de este mismo pueblo, pero que en presencia del obispo y del cura se han comprometido a casarse”.

Sin embargo, el padre Nicolás José Montilla y Valera le informaba a su superior que no sabe en el pueblo de Betijoque de “vicio o escándalo”, pero queda constancia en el informe que

“Toribio N., indio tributario de este pueblo, casado, vive mal con su cuñada en una misma casa, y tiene cuatro hijos de dicha cuñada”. Y aún más, para dejar en entredicho al cura don Nicolás José Montilla y Valera el obispo oye la queja de que “Fernando Díaz, mulato, viudo, vive mal con María del Pilar, india no tributaria, soltera” y el chisme se enreda entre brumas y exageraciones, pues “esta es hermana de la mujer con quien fue casado dicho Fernando... Él fue desterrado por este cura y ha vuelto acá, y ahora se manda nuevamente desterrar, y la dicha María se pondrá en una casa formal, que la sepan sujetar”.

El doctor José Gregorio Hernández le escribe una vez más a Santos Aníbal Dominici, desde Isnotú, el 8 de octubre de 1888, así:

Ayer tuve el gusto grandísimo de leer tu carta del 11 de septiembre, segunda alegría que he experimentado en el tiempo que ha transcurrido desde nuestra separación. La semana pasada te escribí, y en el mismo vapor te envié con el Sr. Pablo Antonio Salas un poquito de dulce de leche: ve a buscarlo a casa de Ayala, que es en donde se hospedaré. Si acaso ese señor se ofrece para traerme cartas no aceptes, o mejor dicho, no me escribas con él.

No he podido ir a Valera, como te decía en una carta anterior, porque algunos de mis enfermos todavía no se han puesto buenos, pero creo que pronto podré ir, aunque tal vez no sea para establecerme allí, como pensaba, por estar recién llegado a ese lugar uno de los mozos que se graduó en Caracas y que había ido de Maracaibo: es un tal Rodolfo Pérez.

Si yo fuera a juzgar por el modo como me ha ido en este mes que tengo de estar aquí de los demás meses igualmente, creo que estaría muy satisfecho, puesto que este mes, a pesar de ser una época sana, calculo que me produciría unos ciento cuarenta a ciento cincuenta pesos; ya ves que no es muy poco para un lugar en que hay tan poca gente y en que la mayor parte son personas amigas a las cuales es imposible cobrarles. Yo estoy asombrado de saber todo lo que pedía A... cuando estaba aquí:

un arrendador de papá, joven todavía, tuvo un chancro blando, y por la curación le cobró cuatro onzas, y eso que se lo curó tan mal que le dejó perforar la uretra, porque el chancro estaba en el frenillo, y ahora el infeliz se encuentra con una especie de hipospadias. Se hizo ver conmigo, pero creo muy difícil una operación de autoplastia, una vez que hay poca materia disponible habiendo sido el balano destruido en gran parte por el fagedinismo del chancro.

Pero tengo dispuesto hacer un pequeño paseo por todos estos lugares y situarme en aquel que me parezca más adecuado a mi negocio; tal vez será en Boconó, que es el lugar en que hay más gente y en el que todas las personas son acomodadas: además, hay la circunstancia de que los médicos de allí, que son dos, están ya viejos y saben de medicina lo que yo de chino.

Abrigo muy grandes esperanzas de que iremos a Europa, si Dios lo permite, para que luego que vengamos nos situemos en el mismo lugar, para llenar de ese modo todas nuestras ilusiones de estudiantes; es una idea que me hace tan feliz que creo no poderla realizar nunca, ya que en este mundo uno no puede gozar de felicidad. Me hago planes para entonces a cual más halagüeño, y en eso ocupo los ratos que tengo desocupados.

Me ha gustado mucho la idea del doctor de buscar a Parra para que le dé lecciones a Pedrito, puesto que así aprovechará todo su tiempo y aprenderá mucho, siendo Parra un mozo que sabe y que tiene facilidad para enseñar, añádase a eso la asombrosa inteligencia de Perucho y además la oferta que me ha hecho de ganarse este año la medalla.

Te doy las gracias por lo del estudio; mi deseo se explica perfectamente: he encontrado un finísimo diamante, y me asusta y llena de terror la idea de perderlo. Dice un refrán que la avaricia rompe el saco, pero creo que en este asunto tengo sobrada razón para ser avaro y aún creo que lo soy poco.

No dejes de escribirme siempre, en tus cartas cuál fue la última que me escribiste, para saber si se pierde alguna, lo cual creo muy difícil siempre que vengán por Curazao; lo más que puede suceder es que se retrasen, como sucede con esta tuya, que llegó aquí justamente a los veintiséis días de haber salido de allá; pero, en fin, siempre llegán.

Avísame cuando llegue un medicamento nuevo y la terapéutica que traiga: nuestro periódico, por último, no lo han mandado; dime si será bueno que te mande una carta para Baillière en que le reclame el envío de él. Siento que no lo hayan mandado porque en esos periódicos siempre vienen tratamientos muy buenos y también los medicamentos que se van descubriendo.

En mi última carta te decía que me había dado un dolor en la cara; al principio pensé que podría ser una neuralgia, pero por fin me saqué la muela y se me quitó inmediatamente, después que me había tenido cuatro días con sus noches con el dolor; afortunadamente, aquí tenemos un hombre hábil en esta materia.

Dile a Inesita que agradezco muchísimo su recuerdo, por el cual veo que ella es una amiga tal como la había creído y aún mucho mejor, por las raras cualidades que todos los días se descubren de ella.

Siento que no hayan ido a ver a las Azpurua y más siento no haberles escrito todavía por falta de estampillas para el exterior; aquí cuesta tanto conseguirlas que para que mis cartas para ti puedan ir necesito enviarlas a Maracaibo y recomendarlas a la casa de Rivas & Garbiras: tal vez en el otro correo les escribiré; tenme al corriente del matrimonio de Inesa y dime de dónde salió ese bienaventurado varón.

Aquí me han asegurado que Eduardo Dagnino —que se encuentra por estos lugares, aunque yo no he podido verlo— piensa seriamente en casarse con aquella niña de que nos hablaba Eduardo Andrade, que se llama María Salinas, de una de las principales familias de estos lugares; mas me han dicho lo que dudo mucho que sea verdad, que el doctor Dagnino escribió al padre de la niña pidiéndola en matrimonio para Eduardo, y quedaron convenidos en que pronto los casarían.

Cariños a todos; retórnamele a Blanco su saludo.

Cuando tengas un lugar desocupado hazme el resumen puramente sintomático, por el estilo de los que Morales llevaba a la clase, de las ingurgitaciones e inflamaciones de hígado según Laveran: no es cosa de urgencia, pero quiero tener la historia sintomática diferencial según el proceso tenga lugar en los linfáticos, en las venas o en los conductos biliares.

Tu amigo que te da un estrecho abrazo.

HERNÁNDEZ

XVII LA INTENCIÓN DE RESIDENCIARSE EN VALERA

La presencia de mucha gente importante de otras regiones del país que va por Betijoque hacia Mérida o desde esta región hacia Caracas, lo alejan de la monotonía. No hay que olvidar que Betijoque era el paso obligado desde los llanos del sur del lago hacia varias encrucijadas. Por allí ha de encontrarse con su antiguo amigo y duro contrincante en las lides universitarias y desde el punto de vista de la Filosofía y la Medicina, el doctor Luis Razetti, con quien posiblemente debe haber sostenido algún diálogo interesante.

La universidad, la familia Dominici y otras personas importantes de la capital de la república, le extrañan. La misma ciudad de aquellos techos rojos está en sus añoranzas más íntimas, pero continúa su lucha cerca a sus parientes de Isnotú y Betijoque y en todo momento imbuido de una vocación cimera de aprender mucho más. Interesan los pormenores de la siguiente correspondencia, fechada también en Isnotú a 16 de octubre, en la cual hace referencia a la conmemoración del

primer centenario del nacimiento del prócer zuliano, general en jefe Rafael Urdaneta:

Ayer recibí tu carta del 27 de septiembre, que es la tercera tuya que tengo en mi poder; así es que se perdió una en el camino.

Mucha seguridad tengo yo de que mis caprichos no te han de disgustar y aunque te disgustaran no me importaría eso gran cosa hoy que la distancia multiplica, si cabe, nuestra mutua y verdadera amistad. Noto que —ofendido porque te vencí ignominiosamente (para ti, se entiende)— traes a colación muy inoportunamente nuestra discusión sobre el agradecimiento, con el único y muy manifiesto objeto de llamar mis luminosos argumentos con el finísimo epíteto de estúpidos.

Hace unos tres o cuatro días que tuve el dolor de perder una enferma; dolor que ha sido tanto más vivo cuanto que es el primer enfermo que me toca encarrilar al cementerio; no pude seguir tu prudente costumbre de preguntar a algún pulpero por la razón muy sencilla de que no los hay en todo alrededor; según el refrán holandés una vez no es costumbre.

La carta de Doin no puede ser más incivil, porque esa gente se imagina que nosotros somos un poco menos que salvajes y que, en consecuencia, están libres de no usar ninguna cortesía una vez que se trata de la América del Sur; no creo que deba reclamarles la letra perdida porque yo creo que ellos no la han cobrado, y si la cobraron no lo recuerdan, y de todos modos soy yo quien pierde; me parece que no debo contestarles porque el único modo de hacerlo sería enviarles la carta en que me ofrecen el descuento y esta última; pero aquella seguramente se perdió allá cuando me preparaba para venirme porque no está aquí; o también se les puede contestar que no recibí a Playfair y Brouardel, ya que ellos todos me los enviaban recomendados menos esos dos, y, por consiguiente, no pueden reclamar; además de que en su catálogo ofrecen enviar todas las obras que les pidan recomendadas: no hay ningún peligro en esto porque ellos no los vuelven a enviar seguramente y, aunque no importaría mandarles los fs. 7,50, sería necesario conseguir una letra por mayor valor y ahora no necesito encargar más libros.

Mucho me ha sorprendido lo que me dices de cambios universitarios: yo creía que los harían más silenciosamente, pero veo que prefieren hacer ruido o tal vez serán bolas que hacen correr para mayor diversión de todos; me parece que es muy difícil poner en la universidad otra vez a Calixto y a Morales, a menos que hagan una reforma muy completa y que transformen el instituto; tú sabes que Morales me dijo que aceptaba si disminuían el número de clases semanales, y para esto hay que hacer una reforma de todo nuestro sistema de estudios antiguo; ya ves que para eso se necesitaría muy buena voluntad y un erario muy repleto.

La idea del hospital me entusiasmó cuando tuve noticia de semejante portento, mas luego, viendo quiénes son los de la Junta Directiva, me he acordado de la historia aquella de la estatua de Bolívar que nos contó el viejo Aguerrevere; deseo equivocarme y ver pronto ese gran adelanto que tanto honrará la presente administración; y toda la alegría que yo pudiera tener sería poca si junto con crear el hospital lo organizaran bien creando clínicas y nombrando para desempeñarlas a hombres competentes y serios: lástima que todo ese adelanto no haya sido en nuestro tiempo.

Mañana me voy para Valera a ver qué tal me parece ese lugar para establecerme; creo que no podrá ser allá que me sitúe, por ser muy pequeño y estar habitado por tres médicos, entre los cuales está ese joven Pérez de que te hablaba en mi carta pasada; también tiene el inconveniente de ser sumamente caluroso, por estar situado en una hondonada que forman estas caprichosas cordilleras, que hay veces en que creo que se complacen en humillar la imaginación más viva presentándole un cambio continuo de paisajes a cual más atrevido y variando al infinito la temperatura en insignificantes distancias.

Por aquí me he encontrado con el doctor Luis Razetti, yo no sabía que estaba por estos mundos, cuando me sorprendió con una tarjeta desde Maracaibo en que me dice que pasó por aquí y no pudo detenerse; pero que lo hará a la vuelta, que será dentro de dos meses, probablemente dentro de dos meses ya no estaré aquí.

La noticia que te daba en mi carta anterior respecto al matrimonio de Eduardo Dagnino es muy cierta, como también el que tiene la aquiescencia del doctor; no lo creería sino que el mismo Eduardo, de paso para Maracaibo, se lo dijo a un amigo de Betijoque y le

contó que el doctor fue quien arregló el asunto; yo no conozco la novia, aunque es probable que la vea hoy que me dicen que pasará por aquí yendo para Maracaibo al centenario: deseo que no sea así para que esté en Valera cuando yo vaya.

Muy elegante el cuadernito, muchas gracias; yo no te decía que me compraras un muestrario de escritura alemana, sino que con tu propia mano me escribieras las pocas letras de que consta el alfabeto de aquel idioma, el cual hubiera tenido la ventaja de hacer menos costoso el envío por el correo; pero, en fin, no por eso ha dejado de gustarme y también me será muy útil, solamente que de ahora en adelante habré de ser sumamente explícito para evitar errores que te son perjudiciales; verdad es que este no fue un error, sino una pedantería de las que te son favoritas.

Si el doctor Ríos hubiera leído el artículo de Vernuil sobre el estado general y traumatismo, se habría puesto en guardia contra lo que pudiera suceder y nada se habría dicho de él; es verdad que no todo el mundo se llama Morales para saber tanto, y además que para saber de cirugía se necesita haberla practicado muchísimo y con mucho método.

Me parece muy bien el viaje de las niñas porque, además de cumplir con él un ofrecimiento ya viejo, les será muy provechoso a su salud, particularmente a Elenita, que siempre padece de debilidad. Dile a Inesita que me haga el favor de dar un saludo a la familia toda y en particular a Belín, Chinchirá y Dolorita; creo también muy bueno que tú las vayas a buscar en diciembre, y si no se quieren venir para entonces, siempre te vayas a pasar allá la vacante; te respondo de que te irá muy bien.

Tuve el mayor placer que he podido tener, puesto que recibí contestación del doctor: en ella me anima mucho y me dice que tú le dijiste que había tenido mucho éxito con mis enfermos; creo que te has propasado en dar una noticia que tú desearías mucho que se verifique, pero que está muy lejos de suceder así; se me figura que el doctor se ha olvidado ya de mí cuando de tan buena fe habla de mis muchos conocimientos científicos, que —no lo puedo remediar— tanto se me parecen a aquellas famosas virtudes apostólicas del cardenal Dubois.

Le pedí a Pedrito una copia de la composición de Víctor Hugo, en francés y español, que tradujo el doctor, como también de la plegaria; él no me las ha mandado todavía y creo que ya no lo hará, así es que tú me las mandarás porque las niñitas están locas por leerlas y quieren tenerlas a toda costa.

He leído todos los artículos de Pepper que se refieren al estómago e intestinos: ya no se puede ir más allá porque son perfectos; habla del uso de la sonda de Faucher para el lavado del estómago con una perfección que no había encontrado ni siquiera en Dujardin-Beaumont: tú verás y luego conversaremos sobre eso.

Cariños a los Andrade.

Mis hermanos están aquí conmigo: papá piensa mandarlos a New York dentro de algún tiempo a estudiar Comercio; retornan tu saludo lo mismo que las niñitas.

Un saludo para el doctor y las niñitas muy cariñoso. Tu amigo que te abraza,

HERNÁNDEZ

XVIII

VALERA TIENE YA SUS MÉDICOS

Cuán hermosa es la descripción que hace José Gregorio Hernández del pueblo de Valera, el más joven de todos los del espacio geográfico trujillano, pues fundado en 1820, apenas entraba en los 68 años de existencia. Pero no es su medio, ya que ha encontrado allí a varios médicos establecidos desde años atrás y con prestigio y clientela cautiva. Mas sigue con sus pensamientos puestos en la bella ciudad de Caracas, la cual evoca poética y emocionadamente. Desde Valera pues, continúa su epistolario con Dominici. El largo testimonio tiene fecha 22 de octubre, así:

Desde el 18 del presente me encuentro en este lugar, como te decía en una de mis anteriores, viendo qué tal me parece para establecerme definitivamente, y estudiándolo para ver si, por el número de sus habitantes o por su situación central con respecto a los otros pueblos de por aquí, permita esperar una clientela variada y principalmente productiva; pero, a juzgar por lo que he visto y me han contado las personas mejor informadas, veo que de ningún modo me conviene establecerme aquí.

Suponte una planicie, o mejor, no es una planicie, sino un valle sumamente hondo, un punto adonde llegan todos los caminos que van a los otros pueblos de la sección, de modo que forzosamente tiene que pasar por aquí el que vaya a otra población cualquiera, y eso hace que sea punto muy central y de mucho movimiento comercial. Si ahora lo consideramos intrínsecamente, vemos que tiene aproximadamente tres o cuatro mil habitantes, según mi cálculo, la mayoría italianos, que son los comerciantes y, por consiguiente, los más acomodados; luego la sociedad fina, que es muy pequeña, como que son casi todos miembros de la familia Salinas; después viene el pueblo, cuyas familias se mantienen con la cría de marranos y, por consiguiente, son sumamente pobres. Agrega a todo esto dos médicos que están aquí, uno que es el doctor L., condiscípulo de Mosquera y que ha estudiado tres años en Europa, hombre bastante instruido, pero que juega espantosamente y por eso descuida un poco a sus enfermos, pero no tanto como me habían dicho; el otro médico es el joven Pérez, de quien te hablé en una anterior a esta. Creo que indudablemente opinarás como yo; dejaremos a Valera para los médicos que ya están aquí, que son muy suficientes y si no están de más es porque este es, como te decía, un lugar muy central y los forasteros suplen la pobreza en habitantes y en dinero. Por lo demás, es muy pintoresca en situación topográfica y sirve para asombro a todo el mundo porque es una sorpresa poco común en la cordillera andina, puesto que, estando en el corazón de la serranía, tiene una temperatura bastante elevada y no es raro que haya veintiocho y treinta centígrados a las cuatro de la tarde, mientras que a su alrededor hay una multitud de pueblecitos que distan tres, cuatro, el que más seis leguas, en los cuales el clima es bastante frío. Luego que lleve a las niñas a casa —porque me faltaba decirte que ellas quisieron venir conmigo— me iré a Boconó a ver qué tal es aquello, que, según me han contado, creo que me convendrá mucho, puesto que tiene más habitantes y más riqueza propia y un clima mucho mejor; me voy a informar más antes de ir para darte razón de todo, ya que tú debes saber todo esto por ser un asunto que me interesa mucho.

Antier te puse un telegrama; puede ser que no lo hayas recibido: también telegrafíé a misia Pepita a Antímamo.

Estoy loco por saber los nombramientos universitarios; mándame el decreto inmediatamente que salga: ya que tú comprenderás que estoy muy intranquilo, aunque Rojas ofreció a tu papá dejarlo en el rectorado; pero con estos hombres no hay seguridad, dicen hoy una cosa y mañana otra.

Las niñas de aquí son muy simpáticas y agradables; bailan muy bien, si me sigo por la única con la que he bailado una noche aquí en casa con piano: me aseguran que hay otra que baila muchísimo mejor que la niña con que bailé; me he hecho muy amigo de esa afamada pareja y me ha prometido que en el primer baile que me encuentre con ella tendré la segunda pieza: se llama María Reimi y es prima de la novia de Eduardo Dagnino.

Ya hace dos meses de nuestra separación; solo me consuela y me anima la certeza que tengo de que contra nuestra amistad nada puede el tiempo, ni tampoco la distancia; sabemos recíprocamente todo lo que hacemos, como antes, con la sola diferencia de ser con algunos días de intervalo. Hay veces que pienso: ¿qué sería de nosotros sin el inmenso placer de escribirnos y contarnos todo lo que sucede?...

Ayer vi desde lejos a aquel larguísimo estudiante de Derecho llamado Maya; esto me puso sumamente triste porque me parecía que estaba en Caracas.

Aquí llegaba cuando recibí dos cartas tuyas: la una fue aquella, fecha 16 de septiembre, que me faltaba según tu cuenta: figúrate que la recibí con sellos de Nueva York. Me ha gustado mucho tu idea de enumerar las cartas como haces con la que trae fecha ocho de octubre; es la quinta que recibo. Yo los domingos voy temprano a Betijoque a buscar mis cartas, porque de Maracaibo viene el correo ese día, y en la desesperación de llegar pronto medio mato la bestia y camino en veinte minutos —reloj en mano— una legua de serranía. Como te decía, me ha gustado mucho tu idea de numerar las cartas; recuerdo que me hablaste un día sobre eso, pero no te entendí bien, y creí que sería en un lugar aparte y no en la misma carta; yo no puedo hacerlo todavía porque no recuerdo cuántas veces te he escrito, y solo sé que todas las semanas, creo que con

dos interrupciones solamente, todas las semanas te he escrito, solamente que como el vapor Maracaibo solo va a Curazao cada once o doce días, y sus salidas no coinciden con las llegadas de la correspondencia de estos lugares, hay veces que las cartas se detienen en Maracaibo; pero (volviendo al sistema) cuando recibas esta y me la contestes me avisas cuántas cartas mías has recibido, y yo numeraré entonces, puesto que de esta en adelante ya iré numerándolas aquí hasta que sepa cuál es su número verdadero, para entonces ponerlo en las cartas.

Me ha ofendido el sustituto que, según me dices, me puso el doctor Morales; déjalo quieto que ya se arrepentirá lo suficiente, como todo el que por desgracia trata a semejante persona: déjalo quieto.

¡Oh, dichoso tú que pisaste por fin la casa de la sin igual Antonia! Trata siempre de hacerte íntimo de allá: esa es gente, y por esa razón puede tratarse. Nada más raro que los amores de Andrés con María L., y más raro todavía que Armando no nos haya dicho nada, ni tampoco Bartolín; pero más vale así porque eso indica que ellos no lo saben; sé muy prudente con ellos y no les digas que tú sabes esa aventura, aunque esto está de más encargártelo.

Nada me has vuelto a decir de las niñas Elizondo: supongo que todavía son muy amigas de la casa. Tampoco me has vuelto a dar noticias de Richardini ni de su hermana, descuido mil veces imperdonable puesto que tú sabes toda la importancia que doy a un párrafo en que se trate de estas personas, y que me interesa mucho saber todo lo que tenga relación directa o indirecta con ellas: tú sabes ese es mi punto débil.

En mi anterior te doy noticia de haber recibido tu carta fecha 3 de octubre junto con la de Doin y la cartilla de caligrafía alemana e inglesa; por supuesto que también la carta del doctor y la de Perucho. Respecto a Doin te digo los varios caminos que hay para saber de él, ya que no he de volver a encargarle libros habiéndose conducido tan pésimamente; esos franceses son así, muy bien los pinta Bolet Peraza en aquellas cartas que traen sus impresiones de viaje; puede ser que tú las hayas leído.

He sentido muchísimo la desgracia que le sucedió al pobre doctor Urbano: salúdalo de mi parte; y felicítame al doctor Vaamonde por su nueva cátedra —si siempre se encargó de la de partos— y dile

que solo siento no estar allá para asistir a ella como hacía con la de patología interna.

Aún me parece mentira el nombramiento de Villanueva para inspector general de los hospitales del Distrito Federal; yo creía que ese señor era completamente antiguzmancista; verdad es que hoy eso poco importa: estamos en un período de fraternidad.

Aquí paro por ser ya hora del correo.

Tu amigo que te abraza estrechamente,

HERNÁNDEZ

XIX

UN ENFERMO METIDO EN LA SERRANÍA

Desecha el doctor Hernández la idea de fijar su residencia en Valera. Ha cambiado de parecer y ahora vuelve a otro pensamiento que semanas atrás había manejado con ilusión de joven combatiente. Cerrar filas entre los habitantes del bellissimo pueblo de San Alejo de Boconó.

Continúa en Isnotú, pero ahora con mayor trabajo que antes y con abundancia de pacientes, aunque se siente deprimido y solo. La persona de Santos A. Dominici a quien cataloga siempre como uno más de sus “queridos hermanos” le hace falta, pues en la casa de este discurrieron muchos días de solaz, de esparcimiento, de aprendizaje y de cálidas vivencias. Pero dejémoslo con otra epístola que tiene además el sabor de una descripción increíble de lo que es una tempestad en nuestros páramos andinos. La misma está escrita en Isnotú y tiene fecha 5 de noviembre, así:

Recibí tu carta 6.^a fecha 15 de octubre, en la cual me participas que recibieron la cajita con los dulces que llevó Salas: no me extraña

que no hayas recibido carta, porque con motivo del centenario en Maracaibo se ha entorpecido el servicio postal; cuatro veces te he escrito en el mes pasado, 2, 9, 16 y 22, y es muy probable que te lleguen todas mis cartas juntas; el 29, que era día en que debía haber correo, no lo hubo, debido todo a ese bienaventurado centenario que ya me tiene sumamente fastidiado.

Recibí contestación a mi telegrama y te puse otro diciéndote que continúes dirigiéndome tus cartas a Betijoque hasta que te envíe noticia de haberme fijado en otra parte, como espero hacerlo muy pronto.

Mañana me voy a Boconó para conocer aquel lugar y ver qué tal me parece: todo el mundo me habla muy favorablemente de él, y creo que, atendiendo a las buenas condiciones que presenta visto desde aquí, me pueda servir como yo deseo.

Calcula cómo me habrá caído la noticia del nombramiento de rector hecho a Sanavria: solamente de pensar en lo que son y valen las promesas de toda esa gente había creído que eso pudiera tener lugar, aunque me resistía porque siempre cuesta mucho creer en la falsedad humana, por más pruebas que de ella se tiene diariamente: no somos nosotros los que debemos sentirlo, sino la pobre gente que estudia y tiene un peñón encima.

¡Hora y media pésimamente empleada!, dije yo cuando leí la ocurrencia del ajedrez en casa de Bartolín; solamente por ser allá se puede disimular —hablo según mi modo de pensar respecto a eso— y todavía cuesta mucho hacerlo; pero, en fin, una vez no es costumbre, como dicen vulgarmente con muy poca sabiduría.

Mi modo de ser ha cambiado un poco, tanto físicamente como moralmente: he enflaquecido mucho, lo cual creo que es debido al mucho ejercicio a caballo y los sufrimientos morales propios para acabar con cualquier organización, por fuerte que sea: todo a mi alrededor lo veo muy negro, parte por ser realmente así, y parte —la mayor— porque me faltas tú, es decir, algo vivificador que me rodea cuando estoy a tu lado.

Ya he comenzado a gustar de las bellezas que tiene la profesión por estos lugares, bellezas que, si comparamos con ellas las que tiene Caracas, encontramos que las de allá son tortas y pan pintados. Figúrate que en días pasados me vinieron a buscar para que

fuera a ver un enfermo; eran las seis de la tarde, y el lugar en que este se encontraba, distante de casa como unas seis leguas, es de los que se encuentran metidos en toda la serranía. Con toda paciencia hice ensillar mi caballo —que dista mucho de ser bueno— y tomé rumbo hacia el pueblecillo, seguido del individuo que vino por mí, caballero en un magnífico caballo; habríamos caminado cosa así como dos leguas cuando la noche se nos vino encima, negra como pocas y tempestuosa: yo le hice notar a mi compañero que mi caballo tenía tendencia a encabritarse y que el suyo quería imitarlo, a lo cual él me respondió: que nada tenía de particular, porque, como yo muy bien podía ver, dentro de poco se desencadenaría una tempestad y que lo mejor que podíamos hacer era apresurar nuestras cabalgaduras para ganar camino y sobre todo tiempo.

Las palabras de mi compañero no eran de naturaleza para tranquilizarme; sin embargo, yo seguí mi camino con cierto malestar, que al principio creí que sería inquietud que tenía por el peligro, pero que pronto me convencí que era producido por la inmensa cantidad de fluido eléctrico con que iba cargado. Transcurría media hora más cuando estalló el primer relámpago, inaudito, inmenso: parecía que nos habíamos sumergido en un océano de luz; se vio todo, los cerros, las hondonadas, el cielo que estaba lleno de agua; te digo que me quedé ciego durante cinco segundos aproximadamente, y solo volví de mi estupor porque mi caballo, que se había encabritado y que no me tumbó milagrosamente, había arrancado a correr con furia siguiendo al de mi compañero, que había manifestado de un modo idéntico su temor. A pocos segundos de intervalo vino el trueno, e inmediatamente grandes gotas que muy luego se hicieron chorros de agua, nos inundaron y, lo que es muchísimo peor, humedecieron el piso del camino de tal suerte que nuestros caballos, en lugar de caminar, lo que hacían era rodar. Mi compañero encendió una linterna e hizo que cambiara de bestia, montando él en la mía “porque —decía él— le parecía que yo no era muy buen jinete”. Efectivamente, una vez en su caballo me sentí más seguro y continuamos él adelante y yo detrás, y el agua todo alrededor, como decía Núñez de Cáceres: cuatro veces estuve a punto de que el caballo rodara conmigo; por fortuna que era un animal muy obediente al freno y bastaba sujetarlo un poco para

que se detuviera, en un camino que parecía de jabón. Llegamos a las dos de la madrugada; y yo me acariciaba las ternillas que estuve a punto de perder.

He visto muchas descripciones de tempestades, y todas me parecen débiles y frías ante la realidad; es cierto que las que he visto descritas por autores buenos nunca han tenido lugar en los Andes, donde todo tiene lugar en grande.

Mucho he sentido que el doctor Ríos hubiera notado que me había venido sin despedirme de él: ya lo contentaré cuando vuelva.

Tu amigo que te abraza estrechamente,

HERNÁNDEZ

XX BOCONÓ ES UN SUEÑO Y UNA ILUSIÓN

El 1 de noviembre de 1888 tiene grato vértice en la vida del doctor José Gregorio Hernández. En tal día el doctor Sálvano Velasco, también médico y lleno de incalculables atributos, le participa que viaja a las cercanías de Valera y le envía el número 343 del semanario *El Progresista*, en cuyo editorial se hace una solicitud llena de significación. No hay que olvidar que Boconó apenas se comunicaba con el centro del país a través de Maracaibo y que solamente desde el pasado 1 de julio tenía línea telegráfica con La Plazuela, íntimo poblado a tres kilómetros de la ciudad de Trujillo, capital del estado.

Sí; —expresa el editorialista— nos hace falta una carretera que conduzca de esta ciudad a la aldea de La Plazuela, la cual una vez construida puede darnos derecho a exclamar como César: la suerte está echada.

... ciña la carretera los montes que nos separan de la aldea de La Plazuela y La Ceiba será nuestro puerto y el hermoso lago de Maracaibo será nuestro mar.

En ese día salen pues de Boconó para pasar una temporada en El Baño de aguas termales de Motatán, los señores Manuel Uzcátegui y el doctor Velasco acompañado de Carolina Uzcátegui su hija, y este de Avelina, su esposa y los hijos del matrimonio, Sebastián, Sálvano y Armando, de apenas siete años.

El doctor Velasco deja instalados a sus familiares en cómodo hospedaje y regresa al lugar de sus actividades, mas el niño Armando enferma a los pocos días y se le presenta un tumor inguinal. La desesperación invade a la madre y a sus amigos, pero afortunadamente llega al lugar, de paso para Boconó, el doctor José Gregorio Hernández, quien diligentemente atiende al paciente, le receta y le pone un tratamiento con medicamentos que llevaba en sus alforjas. Ya le traerá al regreso otras medicinas complementarias.

El viaje es tedioso, con la noche llegó a La Plazuela y duerme en el hospedaje del pueblecito, en donde comparte con arrieros que vienen o van para Santa Ana, Burbusay, San Miguel, San Rafael de Guandá y Boconó. Allí hay, por lo menos, doce arreos de mulas en los potreros adyacentes, las cuales partirán con sus cargamentos bien temprano en la mañana siguiente.

Continuará al amanecer y ya para el mediodía ha de almorzar en el sitio de Diego Díaz, donde el turco Salomón Yéspica tiene un modesto y concurrido hospedaje, rodeado de potreros y sembradíos. Tres horas más tarde descansará unos minutos en la vieja posada de Árbol Redondo, pintoresco lugar encaramado en las serranías que miran hacia Burbusay. Al anochecer entrará a San Miguel, pueblo de

acogedora raigambre colonial y allí pernoctará en la casa de su hermano César Hernández, establecido por allí desde años atrás en actividades comerciales, especialmente la compra, venta, siembra y cosechamiento de café. El 8 de noviembre ha llegado a Boconó. Ocho días después, el 16 en el semanario *El Progresista* aparece la siguiente nota:

Complacencia

La hemos experimentado confundiéndonos en estrecho abrazo con nuestro joven amigo el doctor José Gregorio Hernández a quien no veíamos desde años antes de separarse del hogar para ir a hacer sus estudios a la metrópoli venezolana.

Entre el niño de ayer y el hombre de hoy notamos solamente diferencia en edad y en saber; su carácter franco y agradable es siempre el mismo.

El talento que entonces demostraba ha sido cultivado en los colegios por inteligentes maestros; su amor a las letras fue correspondido, y hoy, como premio de sus esfuerzos, de su constancia y de sus virtudes, adorna su nombre con el más alto grado que puede alcanzarse en la noble y simpática carrera de las ciencias médicas.

El joven doctor Hernández, hijo de padres honrados y honorables, es una de esas preciadas joyas que forman la riquísima diadema con que el pueblo de los Andes se presenta con justo orgullo en los torneos de las ciencias, de las artes y de las letras.

Deseamos que sean gratos, tanto para el doctor Hernández como para nuestro amigo el señor Temístocles Carvalho, quien lo acompaña en su viaje, los días que permanezca en el seno de esta sociedad.

Pero dejemos al ya eminente galeno que le exprese desde aquí, en correspondencia del 17 del mismo mes de noviembre,

a su amigo Santos A. Dominici sus puntos de vista referentes a la pequeña ciudad y a otras circunstancias:

No he vuelto a recibir carta tuya, porque, con seguridad, la que me has escrito estará en casa en Isnotú de donde hace diez días, o doce, que me vine; tampoco te he puesto un telegrama porque no ha habido corriente en estos últimos días; espero a ver si hoy hay, como me dijeron en la oficina, y entonces tendré el gusto de saber de ustedes con poco intervalo de tiempo.

Boconó es un lugar muy bonito y que se parece a Caracas muchísimo, tanto en el clima como en la situación de la ciudad: los campos son preciosos, y todos completamente cultivados y muy productivos; hay dos ríos que corren a orillas de la ciudad, uno al occidente y el otro al sureste, todos dos con bastante agua; yo me bañé antier en uno de ellos y te aseguro que es muy agradable el baño, aproximadamente como si uno se bañara con agua helada, y con una fuerza tan grande en la corriente que es muy difícil y en ciertos lugares imposible, meterse muy allá de la orilla, porque corre el peligro de ser arrastrado un gran trecho por el agua; yo deseaba nadar y decía que, si tú estuvieras aquí, me enseñarías este arte como me has enseñado tantas otras cosas.

No le he escrito a misia Pepita, porque estoy esperando que se vengan de Antímano, y como tú me dices que lo harán pronto, no me he apresurado mucho a hacerlo; sin embargo, si no se vienen pronto escribiré cuando tenga tiempo y mucha disposición de espíritu. Cuéntame cómo ha seguido el matrimonio de Inesa y dime si, por fin, has logrado saber de qué lugar de este globo terráqueo ha salido ese infeliz novio que tiene tanta disposición para el comercio: creo que muy pronto se realizará esta unión, puesto que todos ganan con ella.

Estoy leyendo ahora a Playfair detenidamente; empeñado estoy en concluirlo pronto: he encontrado muy cierto lo que decía Aguerreveré respecto a la manía que tienen los ingleses de ponerlo todo al revés, porque ellos llaman diámetro oblicuo derecho al que los franceses llaman oblicuo izquierdo, y viceversa, lo que no deja de ser muy incómodo para nosotros, que estamos acostumbrados a la

denominación francesa; deseo ver cómo llaman las posiciones y las presentaciones, pero todavía no he llegado allá.

Me he encontrado con una cosa que no recuerdo haber leído en ninguna otra parte, y es la explicación del hecho de nunca coagularse la sangre de la menstruación, a menos que esté en grande abundancia. Dice Playfair que antiguamente se atribuía a que no contiene fibrina o que, si acaso la contenía, era en cantidad muy mínima; que luego Retzius atribuye su no coagulación a la presencia en ella de los ácidos láctico y fosfórico libres; pero que la verdadera explicación la dio Mandl, quien demostró que bastaban pequeñas cantidades de pus o moco en la sangre para mantener la fibrina en disolución: y con esto queda todo perfectamente explicado, porque es sabido que siempre hay más o menos moco en las secreciones del cuello y de la vagina, y solamente cuando la sangre sale en demasiada abundancia es que no basta el moco que normalmente existe, y por eso se encuentran coágulos.

Te parecerá muy raro que sea tan tarde que yo venga a leer tan importante obra; pero es que cuando estoy en casa no me gusta leer más que a Pepper; tal vez tú lo tienes ya y lo podrás juzgar: ni Dujardin-Baumetz vale la octava parte de lo que vale él. Hace jugar un papel muy importante al envenenamiento producido por la absorción de ptomaínas en los desórdenes de la dispepsia intestinal: estoy muy deseoso de leer el artículo “Cáncer” porque se me imagina que habrá de explicar la caquexia cancerosa por la producción de ptomaínas en grande abundancia y su absorción y circulación por todo el organismo; recuerdo que Perls dice, hablando de lo mismo, que tal vez se producirían sustancias que obrarían sobre los tejidos, y particularmente sobre la sangre, produciendo esa caquexia que no bastaba a explicar el tamaño del tumor, y que también ayudaría mucho la rapidez de los cambios nutritivos. Ve qué genio era Perls, puesto que por intuición decía una verdad que está hoy perfectamente demostrada, ya que se sabe que durante el movimiento de asimilación y desasimilación se producen las ptomaínas, y no solamente durante la descomposición pútrida, como creían al principio, que hasta trataron de llamarlas alcaloides cadavéricos. Tú vas a tener oportunidad de estudiar muy bien todo esto, si es que Frydensberg continúa en la buena idea de dejarles todo el

sexto año para estudiar química biológica y lo hacen con regularidad. Yo ni siquiera tengo placer, como antes, en estudiar, porque me falta mi compañero de estudios y con nada puedo mitigar el dolor que me produce esa ausencia, no veo nada que llene el vacío que hay junto a mí. Dios, que da el mal, dará el remedio.

Tendré pronto noticias del viaje a Barcelona, si por fin lo hacen, que yo creo que sí lo podrán hacer, puesto que nada se ha vuelto a decir de revolución; si lo hacen, dímeles muchas cosas a las niñitas Brito y me saludas a su papá y mamá; a Chinchirá que te aconseje para que sigas siendo muy buen amigo como hasta hoy.

Me dicen que sí hay hoy corriente y voy ahora mismo a ponerte el telegrama.

Tu amigo que te quiere y te abraza,

HERNÁNDEZ



XXI
NIQUITAO, DONDE LAS NUBES
“SE EMPEÑAN EN ENVOLVERNOS”

Al otro día de la carta anterior, es decir, el 18 de noviembre de 1888 el doctor José Gregorio Hernández va a hacer una visita al bellissimo pueblo de Niquitao. Su compañero es el de siempre que emprendía periplos desde su Isnotú querido, su cuñado Temístocles Carvallo quien desde hacía tres años estaba casado con María Sofía Hernández Cisneros, en la cual para este año mencionado tenía ya dos hijos que con el correr del tiempo habrán de ser también, médicos de prestigio: Temístocles nacido en Isnotú el 30 de noviembre de 1885 e Inocente venido al mundo en el mismo pueblecito el 7 de abril de 1887. Leamos este otro texto de fecha 24 de noviembre:

Te escribí por el correo pasado desde este mismo lugar y te decía los motivos que tenía para venir aquí y permanecer algunos días: no he tenido el gusto de leer tus cartas, porque en casa dejé orden de que me las guardaran hasta que volviera; estoy loco por irme para saber lo que me dices en todas las que me debes haber escrito. Como en

la última carta tuya que recibí cuando estaba en Isnotú me decías que no te había llegado ninguna de las mías, te puse el telegrama para quitarme la intranquilidad tan natural que sentía, y por él supe que las habías ya recibido y contestado hasta la del 5 de noviembre, y después te escribí el 17, y esta de hoy.

La población me gusta y desearía poder establecerme definitivamente aquí, y es cosa que voy a resolver de hoy a mañana: lo único que me detiene es que creo que dos médicos, que aquí hay, pueden hacerme la guerra porque ese ha sido su comportamiento con todo el que ha tratado de situarse aquí, ellos vendrán a visitarme de hoy a mañana, y tal vez puede ser que me haga con su amistad: si fuera solamente por la parte científica me importaría muy poco, ya que ellos son muy pequeñamente instruidos; pero, además, son los jefes del partido dominante aquí, y eso es sumamente peligroso por estos lugares en que la política tiene una preponderancia absoluta. Por lo que es la parte clínica hay poca variedad, eso sí, y solamente son muy comunes las enfermedades del pecho, y en particular la tuberculosis; de tal suerte que hay un lugar cercano de aquí, llamado Niquitao, en el cual parece que les va bien a los tísicos y se ha convertido en un hospital, en el cual se puede uno perfeccionar en auscultación porque en todas las casas hay dos o tres tuberculosos. El dieciocho dispusimos un viaje para allá; salimos a las tres p. m. calculando llegar a las ocho, porque hay cinco leguas, y empezamos a subir —que aquí cuando se viaja no hay más remedio que subir o bajar—; llevaríamos tres horas en ese ejercicio cuando las nubes se empeñaron en envolvernos de tal modo que al cabo de poco tiempo nos costaba mucho distinguir el camino; yo temía mucho congelarme porque sentía ya alguna dificultad para abrir y cerrar las manos, tan rígidas me las había puesto el frío; y el pueblecito queda a esa altura, es decir, a cosa como de tres mil metros o poco menos, y es tan sumamente frío que se tiene carne de tres y cuatro días sin ponerle sal y se mantiene completamente buena, sin tener siquiera principio de putrefacción; y nada tiene de particular que te ofrezcan leche cruda, ordeñada de antier. Creo imposible que a los tuberculosos les vaya bien allí, puesto que a todo el que va para allá le da un catarro fortísimo, como el que tengo yo ahora, y tú sabes que es con lo que el que está amenazado de tuberculosis, o la padece, debe tener más cuidado con los catarros. La única ventaja

que le encuentro es que la persona que vive allí tiene que hacer mucho ejercicio, por temor de congelarse, y esa será la causa de que les vaya bien a algunos. Recuerdo que en Jaccoud hay una división en los climas que debe habitar el tuberculoso según tenga ya la enfermedad o solamente esté amenazado; búscala en el tratamiento de la tuberculosis y me dices qué opina él en eso, cosa que me interesa saber para tener una opinión fija sobre materia de tanta importancia: no sé si en mis libros se trata esa cuestión con minuciosidad. Ahora debes estar en vacante y aprovechándote mucho en casa de Vaamonde; cuéntame los casos raros que veas; y si hay medicamentos nuevos me lo participas para que yo no esté sumamente atrasado, puesto que a los señores Bailliére se les ha antojado no mandar el periódico que de tanta utilidad me hubiera sido.

Tu amigo que te abraza,

HERNÁNDEZ

XXII DE NUEVO A BETIJOQUE. SU HOMENAJE A BOCONÓ

Nada más sabemos de los motivos que llevaron al doctor Hernández a olvidarse de su aspiración de ser uno más de los médicos de Boconó, aunque él es un poco irreverente al haberse referido a ellos en una de las cartas ya leídas como un tanto “chapados a la antigua”, sin evoluciones en un mundo de búsqueda constante para la superación del individuo.

Mas, por otra parte, el joven médico ha de hacer un homenaje recóndito y emocionado, a la “patria chica” de su padre, evocando viejas raíces concatenantes que lo vinculan al suelo del más hermoso jardín de Venezuela. Ello lo exteriorizó en una hoja suelta que apareció en la Imprenta de la Sociedad Recreativa y Progresista de Boconó, a cargo de Arístides Marcucci. A este respecto, nos expresa el gran cronista y médico, doctor José María Baptista, en la segunda serie de sus *Crónicas del Boconó de ayer* que el doctor Hernández hizo público elogio de la pequeña ciudad y de sus gentes. El cronista recordaba los días en que siendo niño vio y leyó tal

mensaje de patente amor por el solar de los ancestros escrito por el doctor Hernández.

Retorna a Isnotú, pero ha sido amonestado por los directivos del Concejo Municipal de Betijoque por sus frecuentes ausencias. Se incorpora casi de inmediato a sus faenas, aunque las mismas no habían sido descuidadas ya que el doctor Iñiguez, a quien había sustituido como médico del poblado, le hacía las suplencias, pues vivía allí y ejercía particularmente.

Continúa Hernández su correspondencia con Santos Aníbal Dominici, su mejor amigo de toda la vida, en cuya casa pernoctó muchas noches y muchos días bajo la égida dignísima del doctor Aníbal Dominici, y de la esposa de este.

Santos Aníbal estudiaba Medicina por esta época y habría de graduarse muy pronto. Aunque era cinco años menor que el doctor Hernández, ya que había nacido en Carúpano el 13 de junio de 1869, lo ligaba a él el hábito por la lectura, las mismas inclinaciones por la música clásica y por la pintura. Fue poeta, orador, ensayista, crítico y cuando apenas cumplía 34 años, por 1903, ha de desempeñarse como rector de la Universidad Central de Venezuela, cargo que por muchos años había ejercido su padre hasta 1897 cuando muere.

Al retornar a Betijoque José Gregorio Hernández demora un par de días en Valera y Escuque, respectivamente, y en este último acogedor pueblecito recibe el saludo por la prensa de la Sociedad Glorias Patrias o Club Bolivariense, presidido por el intelectual trujillano Luis F. Carrasquero. Vuelve a la epístola y en ella exterioriza la preocupación por la familia Dominici y especialmente por el jefe de la misma a quien siempre ha de llamar “el doctor”. Qué motivos tan poderosos seguían

aprisionando el corazón del joven galeno al volver sobre la urbe caraqueña en cada uno de sus recuerdos. Veámoslo:

Betijoque, diciembre 8 de 1888

Sr. Santos A. Dominici.

Caracas.

Muy querido amigo:

Llegué de Boconó y encontré tres cartas tuyas fechadas en noviembre, 7, 8 y 9; yo esperaba que así sucedería y había dado orden para que las tuvieran aquí hasta que yo volviera: estaba muy deseoso de que el correo que pasó ayer me trajera otra, pero desgraciadamente no sucedió así.

Me he alegrado de que las niñitas hayan logrado, por fin, realizar su viaje, y al mismo tiempo lo siento cuando calculo que el doctor ha quedado seguramente muy triste; y más triste cuando tú te vayas a buscarlas: él, que es todo corazón, debe sufrir mucho viéndose sin sus hijas; cuando te vayas llévale a Inesita mi párrafo, para que vea que ni el tiempo ni la ausencia pueden nada contra mi amistad y mi cariño.

Muy satisfecho he quedado con el trabajito sobre las ingurgitaciones hepáticas, que tiene todo cuanto puede necesitar para el diagnóstico de estas enfermedades: todo lo que me dices que te ha sido útil es para disculparme de mi lisura en ponerte a trabajar para beneficio mío; no tengas cuidado, que a mí no me da pena molestarte cuando te necesite, y sobre todo cuando es de una importancia tan grande para mí el asunto, como este de que tratamos. Hablando ahora del porvenir, como tú dices, creo que primeramente debes tratar de no desagradar a tu tío, cosa que te sería sumamente perjudicial; ahora él dice que la profesión te dará poco —lo cual es cierto— y que la dirección de una casa de comercio cuya reputación ya está formada desde hace muchos años es un negocio mucho más productivo y cuyos resultados prácticos son más tangibles, en todo lo cual tiene razón; sin embargo, como yo no creo que él te exija que dejes los estudios —cosa imposible ya—, me parece muy fácil que tú lo puedas complacer, sin que por eso tengas que abandonar completamente

la práctica profesional, que con seguridad durante muchos años te dejará suficiente para atender a los negocios mercantiles; es decir, que primero que todo es necesario complacer a un tío que les tiene tanto cariño y que será siempre un apoyo, ya prefieras ser médico exclusivamente o las dos cosas a la vez.

No puedes calcular cómo me ha complacido al saber que Elías Rodríguez les da clase: con él se aprende de todo, todas las materias se repasan siempre que uno esté pendiente de su palabra: y calcula cuál habrá sido mi alegría al saber que Morales está en Cirugía; quisiera volar, aunque fuera a oír solamente su clase, que la da como nunca ningún catedrático de Medicina lo ha hecho: no me puedo imaginar a quién pondrán en lugar de Ponte, ni tampoco en Higiene. La separación de Vaamonde es muy sensible, pero no para ti, que siempre puedes y debes seguir estudiando con él; que esas fortunas no las encuentra uno dos veces: salúdame muy cariñosamente y dile que desde estos momentos estoy sintiendo su separación de la universidad, que él, según la elegante frase de Calixto González, porque él, repito, la honra.

Te envidio muchísimo cuando leo la numeración de los amigos con quien te reúnes ahora: es una listica encantadora, y cuento que cada día se hará más simpática; basta decir que se encuentra en ella Federico Eraso, y sobre todo Alfredo Mosquera!, ojalá que sigas siempre por este camino, que es el único que no conduce a la perdición: cuando vuelvan a bailar en la casa creo que a ambos los debes invitar, ya que todos son personas muy importantes para nuestros planes futuros. No puedes figurarte cuánto desearía estar en la retreta, si toda esa gente había de estar también: se me hace la boca agua.

Me parece inútil repetirte lo que tantas veces te he dicho respecto a la amistad de Ck. y debes desecharla por cuantos medios estén a tu alcance; hay veces en que me parece que soy injusto con ese mozo, pero después, cuando recuerdo su modo de ser, tengo que convenir en que no hay tal y en que su amistad es sumamente perjudicial para todo el que no sea un necio. Las amistades son para que produzcan beneficio, o por lo menos deben ser indiferentes, pero de ninguna manera para que den malos resultados.

No me has dicho si por fin se graduó Eduardo Fernández ni qué tal examen presentó; creo que ha debido ser muy brillante.

Por esta ocasión no te contesto en inglés porque eso me quita mucho tiempo; pero no tengas cuidado, que yo no he de dejarte sin mis disparates en anglicano: te lo aseguro porque de lo contrario no sería quien soy.

Tu amigo que te abraza,

HERNÁNDEZ

XXIII

CAMINANDO HACIA LAS ALTAS SERRANÍAS

Algunas indecisiones alimentan inquietudes en el alma y el espíritu del médico trujillano. Había descartado la idea de establecerse en Valera. Esquivaba residenciarse en Boconó, a pesar que entrambas aspiraciones habían sido ideas suyas. Ahora va a hacer un análisis, de algunas ciudades y pueblos de los Andes adentro, por tierras de Mérida y Táchira, pero antes leamos otra misiva para Santos Aníbal, fechada también en Betijoque a 18 de diciembre siguiente:

No he vuelto a recibir carta tuya y he creído que es a causa de estar tú en Barcelona, a donde habrás ido a buscar a las niñas: es verdad que tú me decías en la última tuya, fecha 15 de noviembre, numerada la IX, que te irías el 10 o el 15 del presente, pero creo que con motivo de los trastornos políticos o, mejor dicho, revolucionarios, hayas variado de idea, y las hayas ido a buscar mucho antes de lo que tenían fijado, lo que, ciertamente, es mejor. Mucho he estado considerando al doctor, cómo habrá sufrido en esos días viendo que las niñas estaban justamente en el teatro de la revolución: afortunadamente ya todo ha concluido y muy bien para

todos; yo desearía saber los pormenores, porque en estas apartadas regiones no suenan los acontecimientos de por allá.

El 11 de este mes no te escribí porque estuve enfermo, con mis granulaciones tan sumamente irritadas que naturalmente no podía casi respirar, y con mucha fiebre; después este estado agudo ha pasado y ya me siento mucho mejor, aunque todavía me duele algo la garganta, particularmente para tragar. No te puedes figurar la tristeza que experimenté cuando me fui a quemar yo mismo y recordé a mi querido amigo, tu maestro: dime a qué hora da clase, y te aconsejo que asistas diariamente a su clase, aunque tengas que hacer un pequeño sacrificio.

Voy a copiarte un párrafo del artículo “Pulmonary Phthisis”, de Pepper, escrito nada menos que por Flint. Sr: habla sobre el contagio de esta enfermedad y sobre la profilaxis, y luego trata de la siguiente cuestión:

“Medical opinion is sometimes asked concerning the propriety of marriage with a phthisical man or woman. As an abstract question there need be no hesitation as to the answer. If men went about deliberately selecting wives, or viceversa —as, for example, horses are selected— there could be no doubt that phthisis should be considered a disqualification. Husbands and wives, however, are not mated in such a way. A marriage engagement has been entered into, and afterward party, not the parties themselves, come for advice, and the adviser is sometimes placed in an awkward situation”.

And as I am writing in English language, I desire to prove if I can say more or less rightly any words. I have on the table dictionary, the grammar and Robertson, and I am thoroughly embarrassed in the choice of words, in its collocation and in the use of preposition; but I must be calm, because you shall correct me of all my errors as you have accustomed till now.

At the present time I am thinking to make a voyage to El Táchira, and probably tomorrow I will decide it.

Aquí iba cuando me interrumpieron y tuve que parar dando un resoplido como nunca se me había ocurrido darlo: efectivamente que es una cosa dura gastar tres cuartos de hora en escribir quince renglones. ¡Cada día me convenzo más de que soy un asno bípedo!

Te decía, que tal vez vaya para el Táchira a dar un paseíto y que mañana me resolveré, porque todo depende de conseguir bestia a propósito para ese viaje. Escríbeme, mira que ya hace veinte días que no recibo carta tuya, y esto es alarmante. Alarantísimo para mí, que deseo recibir cartas tuyas a cada rato y me entristece mucho cuando no las recibo.

Cariños a todos. Tu amigo que te da un abrazo muy estrecho,

HERNÁNDEZ

Para el 24 de diciembre le escribe de nuevo, pero ahora tomando más en cuenta su propio yo, su personalidad de médico inquieto y deseoso de superarse. Aunque se queja de que “por estos lugares es muy difícil que yo pueda aprender algo” concreta sus palabras en todo el aprendizaje que viene desarrollando. A ello agrega la tónica de su poca pasión por el teatro y suspira por alguna que otra pieza montada en entarimados caraqueños que perdió de ver porque sus puntos de vista eran entonces otros. El texto es así:

Hoy tuve el gusto de leer junticas tus cartas X, XI y XII, lo que me tiene de plácemes; por algo pensaba yo que iba a pasar una Noche Buena verdadera, si es que por ahora tengo que conformarme con leer tus pensamientos escritos.

No puedes tener una idea cabal de lo mucho que me ha alegrado que el señor doctor Morales te haya escogido por su ayudante: y no creas que te ha escogido porque Ac. estuviera en La Guaira, no; lo ha hecho por ir conociendo ya a su gente, porque el doctor Morales es un hombre que tiene mucho talento y al cual es muy difícil engañar por mucho tiempo; creo firmemente esta última razón y, si no es por esto que lo ha hecho, no tardará mucho en que así sea; es mucha casualidad que en correo de tres de diciembre le escribía yo al doctor Morales y me quejaba de no saber microscopio; luego que hacía poco que él tuvo la generosa idea de darte

sus preparaciones e instrumento para que aprendieras una ciencia tan indispensable cuanto difícil. Por estos lugares es muy difícil que yo pueda aprender algo, y gracias que no olvide lo poco que he logrado aprender con tanto trabajo. Ahora estoy dedicado a estudiar laringoscopia, y, después de muchos ensayos infructuosos, por fin logré ver las cuerdas vocales superiores e inferiores juntamente con la epiglotis: la epiglotis es un órgano sumamente curioso; hay momentos en que uno cree que tiene voluntad y hasta caprichos, de tal modo el reflejo que la vivifica es poderoso. Pienso estudiar mucho esto, ya que he tenido la fortuna de encontrar que uno de mis hermanos, Benjamín, tiene tan poco sensible la faringe que tolera durante largo rato el espejo dentro de la boca; solamente le perturba la risa que le produce verme con mis anteojos puestos —los del laringoscopia—, y eso aumenta la sensibilidad o, mejor dicho, la irritabilidad propia de la epiglotis. También he tratado de aprender a hacer un examen oftalmoscópico; pero, como para esto se necesita hacer la dilatación previa de la pupila, y además un alumbrador muy perfecto, pienso dejarlo para después, cuando me dedique a repasar enfermedades del oído y del ojo —que voy a estudiarlas a continuación una de otra—, lo mismo que a hacer el examen del oído; porque estoy convencido de que para la práctica lo que uno necesita saber es cómo se examinan los diversos órganos.

Nunca me cansaré de encargarte que trates, por cuantos medios estén a tu alcance, de captarte las simpatías y la amistad del doctor Morales, porque nada hay que tenga tanto valor; y para que veas en cuánto valoro para ti esta amistad te digo que, si para lograrlo es necesario romper conmigo, que soy otro tú, no debes vacilar ni un momento en hacerlo.

Muchas gracias por la copia del medicamento, y sobre todo por las composiciones poéticas que me envías —después de muy pedidas, por cierto.

En estos últimos días me puse a registrar unos baúles llenos de papeles viejos, y entre otros vejestorios encontré esa comedia que le envío a Pedrito para que la haga poner en escena, si es que su amigo Bolívar todavía trabaja: es muy graciosa y no me imaginaba que para el año de cincuenta ya existiera la buena costumbre de traducirnos del francés tan buenas obras; también encontré —siempre

en los baúles— el primer tomo de una edición de las obras del insigne Leandro Fernández de Moratín hecha por la Real Academia de la Historia; en este primer tomo solo hay una noticia biográfica del poeta, escrita por algún académico-histórico, en la cual se nota la presión de la tiranía del execrable Fernando VII —porque has de saber que el tal libro lleva la venerable fecha de 1830.

También se encuentra, y es lo principal, un “Discurso histórico” sobre los orígenes, del teatro español: una lista de las obras de teatro que se han escrito en España desde el principio hasta la época de Lope de Vega, o López, como leía en no sé qué autor francés: porque de Lope y la siguiente época dice el poeta, terminando su “discurso histórico”: “El examen de sus obras dramáticas y las que escribieron imitándole sus compañeros, las innovaciones que introdujo Calderón dando a la fábula mayor artificio, los defectos, las bellezas de nuestro teatro y su influencia en los demás de Europa durante todo el siglo XVII, su decadencia en el siguiente, los esfuerzos que se hicieron para su reforma, el estado en que hoy se halla y los medios de mejorarle darán materia a quien con mayores méritos y menos próximo al sepulcro, se proponga continuar ilustrando esta parte de nuestra literatura, que tanto puede influir en los progresos del entendimiento y en la corrección y decoro de las costumbres privadas y públicas.

Por este acabado y viril párrafo verás el tenor de todo el discurso, que, a mi juicio, es uno de los trabajos más importantes de Moratín después de sus obras de teatro; te digo que me puse a leerlo y me olvidé de todo hasta que lo concluí; y hoy comprendo cuán útil es estudiar las obras de teatro, y sobre todo cuán difícil es este estudio. ¿Recuerdas mi aversión a leer los dramas y comedias, etc.? Y hoy es todo lo contrario, devoro cuanto encuentro, y nunca he echado de menos tanto como ahora tu hermosa biblioteca, tesoro inmenso para todo el que desee instruirse; si hoy, que apenas conozco muy superficialmente la evolución del teatro en España a través de los siglos, si hoy, digo, gozo tanto leyendo unas dos comedias de Lope que afortunadamente tengo aquí, ¿cómo será cuando esté bastante instruido en todo ese mundo de cosas que me falta por saber? ¿Cómo gozaré leyendo a Shakespeare? ¿Cómo gozará tu papá, que lo sabe todo?

Una cosa me llena de tristeza, mi queridísimo amigo, y es pensar si yo me habré de quedar siempre tan ignorante como ahora. Tú siquiera vas a saber muy bien microscopio, es decir, la técnica del microscopio, ya que estás enseñado por el señor doctor Morales.

Antier estuve presenciando una de las escenas dramáticas que he visto: suponte que me llamaron para que fuera corriendo a ver un chiquito que estaba muy malo; voy inmediatamente y encuentro que mi muchacho se está muriendo, y mientras lo examino cae otro, y luego otro, y otro, y en un abrir y cerrar de ojos me veo rodeado de ocho muchachos con convulsiones, y luego la madre, ¡y al poco tiempo la abuela! Yo, afortunadamente, no tuve delirio médico (Hernández, porque el “delirio quirúrgico” es el de Paget) y grité: ¡Veneno! Efectivamente, se habían envenenado, supongo que con unas caraotas venenosas, porque es caraota lo único que han comido; de los diez envenenados se murieron dos y ocho se salvaron. Siento no poder hacer una investigación más minuciosa, pero mañana me voy para el Táchira; puede ser que cuando vuelva me ocupe de esto: recuerdo haber oído hablar al Dr. Ernst de unas caraotas venenosas; pregúntale a ver cómo se llaman.

Mira, chico, que ya me vas cargando con eso de ponerme, al encabezar la carta: “Señor Doctor”. ¡Oh! ¡Si siquiera yo supiera técnica microscópica como tú! O, al menos, si lograra saber latín para poder decir: *Parturient montes; nascetur ridiculus mus* sin tener que copiármelo del librito.

Me haces mucha falta, chico; cada día me siento más aislado y más aburrido. ¿Qué no daría yo por estar esta noche contigo paseando por la Candelaria y viendo ese sol que habita por esas regiones? ¿Qué harás tú en este instante? ¿Estarás en Caracas o en Barcelona? Pero me digo que algún día la mala suerte se ha de cansar y dejará que la buena hada madrina de Belencita me proteja y me llene de felicidad. No te entristezcas con lo de la gota, que por aquí estamos lo mismo: justamente cuando tú me describías la dispepsia del doctor estaba yo pensando que esos son los síntomas de la dispepsia ácido-flatulenta propia de los gotosos, que describe el eminentísimo W. H. Draper en su artículo “Gout” del Papper’s S. of M. Y me sorprendió mucho cuando leí el tratamiento dietético que últimamente los más eminentes médicos opinan que el régimen dietético del gotoso debe ser el mismo del diabético, es decir, uso de albuminoides y

abstención de los feculentos y congéneres en lo posible. Te aseguro que es lo primero que oigo, y más que yo tenía entendido todo lo contrario. Además dice que la gota y la diabetes son la misma cosa aproximadamente, como quien dice Dominici y Hernández —záfate lo malo del negocio. Aún no puedo volver del asombro que causa la lectura de un libro tan superior.

Mucho me he alegrado que todos comprendan los infames pape-luchos de Bigotte: bocas como la suya no son bastantes limpias cuando tratan de manchar a personas que están a la altura del doctor.

Tu amigo que te quiere y te da un abrazo,

HERNÁNDEZ

XXIV LAS MÁS ALTAS TIERRAS ANDINAS

En plena Navidad de 1888 parte para tierra adentro. De Isnotú pasó a Escuque y de Escuque a Valera. Al amanecer del 26, siguiendo el camino real, entró en una llanura anegada de agua. Su compañero de ahora es el mismo del periplo boconés, el esposo de su hermana María Sofía, el inefable Temístocles Carvallo, secundados por un fiel “sirviente”.

Mientras escalaba los caminos sinuosos hacia las altas cimas de los Andes merideños, el doctor Hernández no ha de presenciar un acto de nueva conformación en Betijoque: la llegada el día 25 de los negros de Sabana Grande que inundan el pueblo de algarabía y tambores. Tambores que no dejarán de sonar durante toda la noche por la celebración de la misa en honor a san Benito de Palermo a la mañana siguiente y terminada la ceremonia religiosa inmediatamente comienza el regreso hacia la tierra baja no sin que suenen y resuenen los golpes acompasados que alimentan el recuerdo de la lejana África.

Esta fiesta betijoqueña en honor del Santo Negro es para entonces muy reciente. Acaso tendría tres, seis u ocho años y

aunque alegra el poblado por todos los contornos, hay gentes que ven con reserva el acontecimiento y llegaría el caso de sucederse el alejamiento en las relaciones sociales y religiosas entre los vasallos del santo y algún clérigo demasiado resuelto a calificar como pagana la fiesta del patrón de los negros. Mas el doctor Hernández no llegó a ver jamás el novedoso acontecimiento.

El camino hacia el páramo comenzaba apenas a ser mordido por los jinetes mientras entraba la mañana. Años antes, el coronel inglés William Duane, escribiría lo que 65 años después contemplarían Hernández y Carvallo casi sin haber cambiado nada:

Tuvimos luego que subir por un sendero todavía más empinado y cruzar un enorme páramo frío y escabroso, del cual no podrían nunca ofrecer una fiel imagen ni las palabras ni la pintura. Era una extensión enorme, temerosa y desolada. Cuando por fin comenzamos a descender por aquel inextricable laberinto, formado por largos senderos que reptaban y se entrecruzaban diagonalmente barranco abajo, donde no quedaban trazas de vegetación alguna, y solo se veían, en salvaje desorden, rocas y pedruscos que en caso de perder el equilibrio se hubieran despeñado violentamente hacia el valle situado a unas dos o tres millas a nuestros pies...

Al fin surgió ante nuestra vista uno de los extremos del alongado valle de Mendoza, aunque sin sospechar siquiera que nos faltaban todavía unas cinco millas para llegar a dicha población. Como la bajada se había tornado menos penosa me puse a contemplar con interés la configuración que presentaba la montaña situada al frente de nosotros. Un valle que se extendía hacia el levante la separaba del páramo en que nos encontrábamos. En un curso que abarca muchas millas el río Motatán venía avanzando desde el sur, y justamente a nuestros pies se abría paso por entre la falda de la sierra frontera, formada allí por un escabroso acantilado, totalmente perpendicular, en cuya cumbre se alzaba una bonita aldea. Desde esa

loma que constituía el remate septentrional del páramo, este seguía prolongándose en una distancia inmensa. Aunque desde nuestro punto de vista el valle parecía muy estrecho, con una anchura que aparentaba no ser superior a media milla, en realidad sobrepasaba las dos millas. Las montañas situadas hacia la parte occidental, si bien corrían paralelas a las del este, eran menos escarpadas, cubiertas de vegetación y con diversas abras que le daban un aspecto muy hermoso... Al fin llegamos a la falda del páramo y nos hallamos en un valle risueño, bañado por un limpio arroyo que discurría serenamente a nuestro lado.

Pararían frente a un viejo molino de trigo al entrar a Mendoza y reposar allí el tiempo necesario para almorzar en la posada, continuar la travesía hasta La Puerta, seguir la jornada y

después de muchas subidas y bajadas muy pintorescas, pero a veces peligrosas llegar a la cima de Mocotí —según en sus *Recuerdos* lo cuenta Leuntine Roncajolo— desde donde se extiende bajo nuestros ojos un espléndido panorama. Vemos el río Motatán cuyas riveras seguiríamos luego para llegar hasta Chachopo, pasaríamos por el Valle de Timotes que se extendía a nuestros pies. En frente está el pueblo de La Mesa sobre una planicie aislada en el centro de un grupo de montañas.

En esta ruta había tiempo para la meditación, para el diálogo y para ir conociendo a otros viajeros que llevaban el mismo destino o lo hacían a la inversa:

Cerca del mediodía —anota la señora Roncajolo— descansamos algunos minutos en el molino del maestro Felipe. Luego después de vadear repetidas veces el Motatán, llegamos a Timotes, de donde saldríamos por la mañana para franquear el páramo de Mucuchíes que tiene 4.118 metros de altura y frecuentemente cubierto de nieve.

Lentamente seguimos subiendo para pasar al otro lado del páramo de Mucuchíes. Gradualmente la vegetación se hace más escasa y desaparece. Pasamos El Almorzadero, llamado así porque con frecuencia se almuerza allí antes de subir el último escalón que conduce a la cúspide de las montañas... Finalmente la alcanzamos y tocamos la cruz, clavada sobre uno de los puntos de nuestro globo, más cercano al cielo.

Qué maravillosos paisajes. Los picos lejanos, los de las cercanías. La brisa helada y el verde intenso y el blanco de la nieve a la distancia. Comienza el descenso. Se pasa por Barro Negro, la primera casa que se encuentra a la vera del camino y que les ha de servir de albergue momentáneo para continuar hacia Piedra Gorda. Allí hay una montaña toda sembrada de trigo. Después se presenta dadivoso y rústico el pequeño poblado de San Rafael de Mucuchíes. La noche se pasa entre gruesas cobijas criollas.

Todo era movimiento al amanecer del día 27 de diciembre. Se iniciaba la etapa de ocho horas largas de duración para arribar a la gentil ciudad de Mérida. Almuerzo en Cacute, en la acogedora pensión de Italo Parra, breve descanso en Tabay y la continuación del viaje para desmontar en la universitaria urbe. Allí han de hospedarse en la casa del paisano escuqueño don José Ignacio Lares.

Grata es la permanencia entre conocidas personalidades del mundo científico y social, amigos entrañables que había hecho en la capital de la república y algunos colegas con los que había tenido oportunidad de cartearse. Mérida lo asombra. Es la ciudad por excelencia para solaz y meditación. Allí reposa y recibe el nuevo año de 1889. Isidoro Laverde Amaya diría de esta tierra predestinada para ejemplares movimientos culturales que hay allí

una sociedad muy escogida, culta y espiritual, cuyos hábitos sencillos y francos, inspiran desde luego, la más viva simpatía, es lo primero que atrae, como poderoso imán a cuantos llegan a la escondida Mérida. Pondérase la hospitalidad de los antiguos, sin que al presente pueda decirse que aquel hermanable espíritu ha ido a refugiarse en alguna parte con el candor y buena fe de los primitivos tiempos, pues que vayan a Mérida los que duden de que en este siglo hay pueblos que cumplen con el sagrado y benéfico deber de la hospitalidad... Los merideños son amables y complacientes con el forastero, y todos quisieran ser útiles en algo y que uno lleve el mejor y más grato recuerdo posible de su tierra.

Inolvidable rasgo de atención que se prodiga en las visitas es hacer que se presente en la sala la más bella niña o niño de los de la casa trayendo en sus manos un rico plato de dulce (lo más común en que sea de durazno porque se da muy buena clase), y el cual ofrece al visitante con el fin premeditado de que saboree luego la mejor agua del mundo, que se le presenta en esbelto jarro de plata. ¡Qué agua del Chorro de Padilla, ni del Carmen, ni de ninguna parte! ¡Aquella no se puede comparar sino con la del paraíso! Se puede ir a Mérida aun cuando sea solamente por el placer de tomar agua y de bañarse en las claras linfas del Albarregas, que, corriendo presuroso, convierte en brillante espuma el caudal de sus aguas cuando estas chocan contra las enormes piedras del cauce.

Pero otro escritor, Mario Briceño Iragorry, ya entrado el siglo xx, ha de decir de esta ciudad que por primera vez visita el doctor José Gregorio Hernández, palabras conmovedoras y de una magistral pintura emocional:

En relación con otras ciudades del interior venezolano Mérida contaba con grandes recursos de civilización. En las casas de la gente acomodada lucían pianos, alfombras, espejos vajillas de finísima calidad, comprados directamente en Europa por los pudientes señores, a quienes agradaba visitar París, Madrid o Londres, antes que a la capital de la república. Tardo el paso de la acémila,

que en tres días comunicaba a la ciudad con la más próxima... no era, en cambio, óbice para que a Mérida llegasen muchas veces los libros de Europa primero que a Caracas... Comodidad y esplendor, buena lectura, lujo en la mansión de los señores, todo coincidía para hacer de Mérida una verdadera ciudad.

Las calles lucían aún la alfombra esmeraldina de la yerba, que tramaba los cantos del pavimento. Las aceras de flojos ladrillos mostraban el verdín de la humedad transmitida por la niebla, bajada con el atardecer. Noches maravillosas, blancas noches en que los caballeros aún se echaban sobre los hombros la “fermosa cobertura”, señoril y castiza, o vestían el severo macfarlán, de clerical apariencia. Silenciosas, largas, frías noches, en que tras la celosía la muchacha tímida y espiada, aguardaba el paso del galán enamorado, que apenas dejábale, entre furtivas palabras, el breve billete, contentivo de la última promesa de eterno enamoramiento. Solitarias, dormidas, pausadas noches, en las cuales la vieja ciudad dejaba escuchar entre el apretado y profundo silencio, la música de su agua subterránea. Como el palpitar velado de una vida misteriosa, se escuchaba por entonces en las esquinas de Mérida la sonora voz que discurría por las secretas acequias, destinadas, desde la época colonial, a repartir el milagro generoso del agua cristalina, represada a la altura de Milla. Si en determinadas partes ya funcionaba algún... sistema de distribución de aguas, no era suficiente aún para que se desistiese de aquel régimen familiar y primitivo de llevar a las casas la clara corriente del agua limpia, que, a tiempo que seguía al vecindario en estado de pureza, tomaba curso distinto en la acequia destinada a las aguas negras. En las casas por donde no pasaba esta agua alegre y suelta, se recurría a la mana silenciosa y profunda. En medio del silencio nocturno, la voz del agua parecía salirse toda fuera de su embalse subterráneo, para comunicar al solitario noctívago la poesía recóndita de la vieja ciudad. Arpa sonora, Mérida se escuchaba a sí misma durante las largas y apacibles horas de su descanso nocturnal. La introspección que parecía caracterizar a la gente, se convertía en muda canción que, sin dejar comprender la letra del pensamiento interior, derramaba hacia fuera su monótona, dulce, amorosa melodía.

La poesía de Mérida se ha refugiado en los dulces aldeaños de Milla, de la Otra Banda y del Pie del Llano. Como son hoy, así eran los campos merideños.

Los paisajistas encuentran en los alrededores de Mérida temas reatengos para sus óleos y pasteles. En cambio, ¿qué merideño se siente impulsado a adquirir lienzos y tablas para la iluminación interior de sus hogares? ¡Vaya por Dios!, que sería tanto como tirar sal al mar esto de meter en las casas cuadros con representación de paisajes, cuando solo echar los ojos hacia cualquier viento, ya se está en presencia del más primoroso cuadro, pintado por el propio divino pincel de la Madre Naturaleza. Si se mira hacia las cumbres nevadas o hacia los páramos lejanos de Oriente, al ojo menos digno llega el temblor verdegueante de los bosques, que suben hasta ser vencidos por niveles donde la botánica se ve obligada a bajarse hasta el plano de las rastreras espeletias. Si se lanza la mirada hacia los suaves declives de la Otra Banda, los altivos bucares ponen ensangrentados tonos al milagro de los más tiernos y dulces verdes de yerbas, de cañas y cafetos.

Alguna correspondencia debe haberse extraviado de la mucha que escribiera el doctor Hernández para su amigo en Caracas, pues poca encontramos de estos días merideños del joven galeno. Lo muy cierto es que estuvo hospedado en la residencia La Isla, del referido José Ignacio Lares. Esta era una de las más regias casas de las mansas y dulces corrientes del Milla y del Albarregas, la vegetación lucía la más delirante exhuberancia. Su temperatura era más fresca que la temperatura general de la ciudad, por ventilarla muy de cerca los aires tiernos y puros de los páramos de La Hechicera.

¡Qué milagro de flores eran los jardines de La Isla! Cómo al lado de los claveles desafiantes, rastrean sus morados intensos y su gualda encendido, los gigantes pensamientos; mientras, para desmentir su simbolismo humilde, las violetas forzaban el quitaluz modesto de las hojas y a ojos vista lucían la primorosa arquitectura de sus

pétalos adorantes y suavísimos. Las dalias de simetría geométrica y las rosas de variadísimos colores, ponían la más viva fiesta en torno de los amplios corredores, que servían de espléndido mirador a la señorial mansión. Tupidos naranjos iluminaban el paisaje con sus áureas, y muy cerca de la casa, casi confundidos con los rosales, que daban onda fragancia al aire, las matas de los altivos cafetos lucían ensangrentadas bellotas, promisorias del embrujante licor sabeo. Esa confusión de los territorios destinados a las plantas de café y a las matas de rosa, era símbolo de la concomitancia existente entre la subida expresión de cultura correspondiente a la clase que disfrutaba el dominio de los instrumentos de producción y el propio campo generador de la riqueza, donde tenía estribadero aquella cultura. El señor no se desdeñaba del vínculo que lo unía con la tierra generosa. Como culminación de una verdadera comunidad rural, vivía cerca del mundo donde crecía y se afincaba su poder.

Pues bien, de aquí partirían José Gregorio Hernández y José Temístocles Carvallo en la madrugada del 2 de enero hacia otro destino. Pasan por el pueblo de Egido, remontan la travesía y van a parar al pequeño conglomerado de San Juan de Lagunillas, comuna de autóctonos situada a orillas del río Las González. Se acercan a la laguna de Urao de Lagunillas, vadean la quebrada del Barro, pasan sobre el río Chama y van a pernoctar en la casa colonial de la Hacienda de Estanques. Al siguiente amanecer comenzaría la jornada para demorar una media hora en el Alto de San Felipe, continuar hacia el sitio de Mocotíes y almorzar allí en La Posada Francesa. Más adelante encontrarían las pequeñas colectividades de Santa Cruz de Mora, Tovar, La Playa de Bailadores y el propio pueblo de Bailadores

un conglomerado de casas con calles de regular trazado que se interceptan mutuamente. Desde la colina por donde va el camino parte

una espaciosa y verdeante llanura en declive, con ancho de más de una milla y que en algunos sitios presenta una amplitud todavía mayor... El pueblo ocupa la parte norte y más empinada del ribazo septentrional del río Bailadores, y aunque las casas están separadas unas de otras, parecen formando una especie de semicírculo en relación con la llanura;

según lo apuntó el Coronel William Duane.

El 3 de enero hacen los viajeros otra jornada. Atraviesan el páramo de Portachuelo, a 2.892 metros sobre el nivel del mar, toman aliento y alguna taza de café en la posada de Campo Alegre, donde se bifurca el camino, saliendo un ramal para Pregonero y la noche les sería grata en un tranquilo y cómodo hospedaje en La Grita. Después con el alba del día 4 emprenderán viaje, pasando por la Casa de Postas del Cobre para internarse luego en la dura travesía del páramo del Zumbador y divertirse la mirada horas más tarde sobre Cordero, Táriba y San Cristóbal.

Nada sabemos de la permanencia en esta ciudad del doctor José Gregorio Hernández. No hace él ninguna mención al respecto, aunque el doctor Jesús R. Rísquez en un discurso-biografía que pronunció en el Cementerio General del Sur en Caracas, con ocasión de los veinticinco años de la muerte del sabio, en 1944, manifiesta que una inquietud del doctor Hernández fue establecerse en la capital del Táchira en el ejercicio de su profesión, pues el lugar era emporio comercial y de fácil comunicación con Cúcuta, y Maracaibo, respectivamente.

XXV

POR LOS CONTORNOS DE MICHELENA Y
SAN JUAN DE COLÓN. REGRESO A ISNOTÚ

¿Qué factores deben haber influido en el alma y la voluntad del joven médico para no demorar en San Cristóbal cuando llevaba la idea de estudiar aquella ciudad y de ser posible establecerse allí en actividades inherentes a su profesión? Todo es un enorme misterio. Partió bien pronto en la búsqueda de un pueblo muy nuevo y ya floreciente: San Juan de Colón.

¿Qué le atraía del reciente conglomerado?, nadie lo supo, pero allí pasó unos cuantos días. San Juan de Colón —o simplemente Colón— había nacido a raíz de la destrucción de Lobatera por el terremoto del 26 de febrero de 1849. Y fue en 1852 cuando la autoridad de este municipio comisionó al presbítero doctor José Amando Pérez y al ciudadano Pedro María Reina para que trazaran una población en los llanos de San Juan, la cual debería servir de “punto de escala para el comercio entre Lobatera, que renacía de sus escombros y un puerto fluvial sobre el río Zulia o sobre el río La Grita,

navegables entonces por bongos y canoas” como lo escribe J. B. Calderón en su estudio *Petroglifos prehistóricos de Colón del Táchira*.

Se desarrolló rápidamente San Juan de Colón y era floreciente zona de mucha actividad comercial, pero otro movimiento sísmico de mayúscula intensidad lo destruyó el 18 de mayo de 1875. Mas la tenacidad de sus habitantes lo hicieron resurgir de la nada y ahora cuando el doctor José Gregorio Hernández demora en él, es ya —como antes— un pueblo de increíble comercio. José Abel Montilla en *Fermín Entrena, un venezolano del noventa y nueve*, ha de expresar

... que allí hay gente más reposada y de raza homogénea; arreos de poderosas mulas llevando cargas de café; en las puertas de las casas de comercio, los arrieros activos, robustos, decididores y otros moviéndose de esquina a esquina; hombres de importancia sentados en las puertas de sus establecimientos, hablando de la situación comercial o comentando la política según las últimas noticias traídas por algunos viajeros y por periódicos de Caracas.

Allí está el doctor Hernández para la segunda semana del mes de enero de 1889 y en el día 14 le escribe a Dominici así:

Desde el 24 del pasado no te había escrito porque, como te anunciaba, me vine a dar un paseo por estos lugares a ver qué tal me parecen para establecerme: te sorprenderá tal vez que desde tanto tiempo no me haya situado, pero esto no tiene ningún inconveniente para el ejercicio de la profesión, ya que no impide el trabajo. Te daré una razón detallada de mi viaje, y de ese modo comprenderás qué clase de país es este que la suerte me obliga a habitar: país tan sumamente igual al de Bretaña, según las descripciones que he visto de ella, que me parece que difícilmente se puede encontrar

una igualdad más perfecta. Salí de casa el mismo día que te escribí, y pensaba venir a hospedarme en un pueblecito llamado La Puerta (que creo histórico), y venía contemplando tranquilamente mi mula, que, aunque con algunos resabios, no deja de ser una mula buena; esta contemplación era un tanto compasión al calcular que habría de caminar doce días consecutivos montado sobre ella: llegamos a Valera tres horas después de haber salido de casa, y me detuve a comprar unos dulces para mitigar la sensación de hambre que se desarrolla en mí de una manera poderosa una vez que me monto a caballo; inmediatamente me vi rodeado de todos mis amigos de aquel lugar que me agarraban y en un abrir y cerrar de ojos me desmontaron y participáronme que habían resuelto que me quedaría ese día allí para bailar en la noche; yo rehusaba firmemente y me excusaba de mil modos, todo fue inútil: no hubo más remedio que acceder y bailar toda la noche hasta que a las cuatro monté a caballo para seguir mi viaje; muy maltratado llegué a Timotes, sin que durante el día se presentase ningún incidente particular. En la madrugada del día siguiente fue necesario continuar el camino.

En Timotes nos alarmaron un poco con respecto al páramo que había estado malo desde tres días antes, mi sirviente opinaba que sería mejor quedarnos ese día allí, en vez de aventurarnos en un camino peligroso; yo deseaba llegar y por eso di orden de que nos pusiésemos en marcha: empezamos a subir una cuesta sumamente escabrosa y larga, y juntamente con empezar a subir comenzamos a oír un ruido lejano semejante al del trueno. Yo no recuerdo si otra vez te he hablado de estas alturas; pero te digo que es muy extraña la sensación que se experimenta al contemplar un páramo; puede ser que algún día puedas tú mismo experimentarla: es la vista de una naturaleza muerta y llena de desolación, y por encima de todo un frío intenso que le hiela a uno, una luz solar que más parece luz de luna, una atmósfera tan sumamente rarificada que cuesta trabajo encontrar aire para respirar, y casi que se tiene disnea. Mi sirviente experimentó esa fatiga respiratoria que se siente durante la ascensión a las altas montañas; pero una disminución en la cantidad de camino andado lo calmó.

Por fin acabamos de subir: una cruz gigantesca marca el punto más alto, y ese punto se encuentra a un poco más de cuatro mil metros

sobre el nivel del mar; uno mira a su alrededor y solamente ve por vegetación una hoja que nace aparentemente del suelo y que, si se somete a un examen más atento, se ve que tiene un tallo bastante grueso como de una pulgada de altura, aunque hay algunos mayores, y en el cual están dispuestas las hojas en verticilos concéntricos: es el frailejón, único habitante que resiste a la crudeza de la temperatura de aquellos lugares gracias al vellón de que están cubiertas sus hojas. Nada de animales ni en el aire ni en el suelo, y de cuando en cuando se encuentran los esqueletos de las bestias que han muerto emparamadas.

Te dispense en esta carta del resto de mi narración con el propósito de hacerla en otra que muy pronto seguirá a esta, que yo quisiera que volara a llevar a mi amigo muy querido el deseo íntimo de que este año la dulce felicidad permanezca en esa casa como hasta hoy, y que el recuerdo del amigo ausente no se menoscabe un ápice.

Por ahora continúa dirigiéndome tus cartas a Betijoque, y te digo esto con la esperanza de la próxima te habré de decir que me las dirijas a este pueblo. Te estoy escribiendo con mucha incomodidad, y ya juzgarás por el papel cuantos trabajos he tenido para poder hacerlo. Escíbeme pronto; no te acuso recibo de ninguna de tus cartas porque dejé orden en casa de que me las guardaran.

Tu amigo que te abraza,

HERNÁNDEZ

El 20 de enero emprende el viaje de retorno a Isnotú, y ya para el 29 está de nuevo en el hogar paterno y toma contacto con sus pacientes en Isnotú y en Betijoque, pueblo este donde dedicará muchas horas a múltiples actividades que lo llevan a largas conversaciones con el nuevo presidente del Concejo Municipal, José Ignacio Labastidas; el Secretario Félix Berroterán, los vicepresidentes, Nicómedes Antúnez y Toribio Méndez; el procurador, Bartolo Briceño; el alcalde de Cárcel

y ecónomo del Cementerio, Ricardo Terán; el inspector de Carnicería y juez de Abasto, Miguel Antonio Rivero.

Así mismo, ve cómo su cuñado José Temístocles Carvalho rechaza la oferta de formar parte de la terna para juez del Distrito, la cual al fin queda integrada por Ignacio Antonio Castellanos, Eusebio Rangel Moreno y Ciríaco Matheus Lobo, pero en tanto le salva la vida a Manuel Argüello, el jefe de la Aldea Bolívar o Sabana Grande, quien fuera acuchillado en varias partes de su cuerpo por un alevoso sujeto.

No descansa el doctor José Gregorio Hernández. De Betijoque a Isnotú, de Isnotú a Betijoque, dos veces diarias y hasta tres. Se distrae charlando con el maestro Jaime Vera quien es profesor de francés en la Escuela de Niñas que dirige la abnegada educadora doña Emilia Dupuy, así como coopera decididamente con el ingeniero zuliano Ramón Illaramendi que se desvive haciendo el trazado de un acueducto capaz de traer el agua potable del sitio de La Gira a Betijoque.

Ya para marzo siguiente se empeña con un grupo de paisanos, y logra el objetivo de crear la Casa de Beneficiencia de Betijoque. Pero antes ha de escribirle a Santos Aníbal Dominici, con fecha 4 de febrero, la siguiente carta:

Al llegar a casa después de mi viaje al Táchira tuve el placer de leer tus cartas decimoquinta y decimosexta; mas, como tú verás, he dejado de recibir las numeradas trece y catorce; seguramente estarán paseando por Nueva York, como sucedió con la quinta, que, después de largo tiempo, vino sellada en aquella ciudad; bastante

tristeza me ha causado este accidente, que ha sido el motivo para que haya dejado de saber cómo has pasado la vacante.

Tampoco sé si has recibido mis cartas completas, cosa que dudo, porque Pedrito se queja de que hace largo tiempo que yo no le escribo, cuando solamente he dejado de hacerlo en la ocasión anterior a esta, que fue desde Colón, y debido a la incomodidad con que escribí entonces. Recibí el cuadernito dosimétrico, *merci*.

En mi anterior, te hacía una descripción minuciosa y fastidiosa del comienzo de mi viaje: te contaba cómo me había admirado el paso del páramo de Mucuchíes, que es el más elevado, puesto que en todo lo alto, en que se encuentra una cruz, la elevación es de cuatro mil y pico de metros, y la rarefacción del aire es tal que a mi sirviente le dio esa disnea propia de la ascensión a las alturas, con gran susto por parte mía, porque era de temer una hemorragia pulmonar; cosa que afortunadamente no sucedió. En esos lugares uno siente la; necesidad de conversar en alta voz, o mejor dicho de gritar, porque, en vista de tanta soledad, de tan poca luz, del aire tan escaso y de una vegetación tan raquítica, teme seriamente estar afónico o tal vez afásico; muy luego mi sirviente se divertía en levantar grandes láminas de hielo, diversión que me apresuré a impedir por temor a una congelación, que no es accidente raro, como tú muy bien comprenderás.

Esa noche nos quedamos en Mucuchíes, en donde apenas pude dormir, porque en toda la noche no logré calentarme, a despecho de mi colcha gruesísima y de mis dos cobijas; cosa que no te sorprenderá cuando sepas que al día siguiente por la mañana no nos podíamos lavar porque toda el agua estaba coagulada; y eso que nosotros no estábamos precisamente en la población, sino en una casa que queda a algunas cuadras y que llaman el Cenicero.

Al día siguiente llegué a Mérida a esos de las once, y allí me detuve por cinco días por dos motivos: primero porque es necesario dejar descansar las bestias, y segundo porque inmediatamente que llegué me invitaron a un baile que debía tener lugar el 31 de diciembre en la noche y que era dado por el presidente del estado y otros del gobierno. Estuvo muy bueno el baile y yo me divertía viendo a la

gente de por acá, tan sumamente distinta en modales, educación, modas, etc., de la de por allá.

Cuando sonó el primer segundo del año yo estaba solo en un mecedor en uno de los salones, y, como de costumbre, mi pensamiento se convirtió en oración en ese momento: de más me parece decirte qué pediría, porque tú lo sabes mejor que yo mismo. Luego recordé el año pasado, año verdaderamente dichoso para mí, que tal vez no volverá, y pasaron rápidamente por mi imaginación todos los sucesos que me habían agitado durante esa época feliz; y si no hubiera sido que unos jóvenes vinieron a saludarme, habría con gusto pasado el resto de la noche en esa revista dulce y juntamente triste del tiempo que ya se fue.

Me cuentas que estuviste ayudando a tus tíos en su almacén, mi consejo es este: trata siempre de tenerlos agradados, y para eso puedes prometerles que, una vez que te gradúes, irás a enterarte de los negocios durante dos años; aunque tengamos que dejar nuestro viaje a Europa para dos años después, y si fuera por tres años sería mejor, porque ya para entonces Pedrito habrá terminado, y nos iremos los tres, doctores ya. ¿Tendré necesidad de explanarte todas las ventajas que hay en esto? Demasiado claro es tu entendimiento, y ya lo sabes todo. Además, cada día me causa más admiración la sabiduría de Elías Rodríguez, cuando recuerdo su consejo de no ir a Europa hasta después de haber practicado un poco de tiempo: cuando uno sale de los estudios no tiene idea de las materias en que está deficiente para la práctica, y eso sucede aunque se haya practicado antes mucho, porque esa práctica se hace con un mentor que se llama González, Vaamonde o Morales, etc., generalmente, o mejor dicho siempre; pero entonces no tiene uno que asumir responsabilidad ninguna, y todo el peso del diagnóstico cae sobre el maestro. Mas, después que uno entra en la práctica con responsabilidad, lo que antes era camino llano por deliciosos valles —como dirías tú— se torna en montaña erizada de peñascos y en la que abundan los precipicios. ¡Ah, antes era yo sobrado orgulloso, cuando creía tener conocimiento exacto de la cantidad de fuerzas de que podía disponer!... En lo que me creía débil resultó que no lo era tanto, y en aquellas materias en las que me parecía poder dominar me encontré deficiente, y todavía hoy no te puedo decir

que ya me conozco, porque cada día experimento nuevas sorpresas. ¿Dejarás de meditar sobre esto? No lo creo, porque sería la primera vez que cosa tal suceda, pues nunca has desoído mi palabra. Piensa bastante y dime qué has pensado para que entre los dos resolvamos, como de costumbre.

Muy preocupado me ha tenido la noticia de la mordida de María por el perro; y cuando pienso que puede haber estado rabioso me lleno de horror y quisiera volar para saber de ella. No me han contestado mi carta, seguramente será debido a ese accidente: ¡pobre misia Pepita, que debe haber pasado unos días muy desagradables, ella que no vive sino para María!

Mi periódico no han tenido la bondad de mandarlo y no sé qué hacer; yo les dije que lo mandaran a tu papá; si te parece bueno puedes escribirles una carta y firmada con mi nombre reclamándolos porque son dos: el *Bulletin Général de Thérapeutique Médicale, Chirurgicale et Obstétricale*, y *Le Journal des Sociétés Scientifiques*. No habrás olvidado que fue a M. Bailliére que lo pedimos y que está pago.

Noto que cuando me anuncias una carta mía no me indicas qué número tiene; y por este hábito reduces a cero la utilidad de tan sin igual invención y preciosísimo método, cuyas ventajas son intensas si se guardan bien todas las reglas; tú ves, si no hubiera sido por él, yo no sabría que he dejado de recibir dos cartas tuyas.

Te tengo que dar un regañito; y no creas que porque estoy lejos mis regaños no surtirán efecto: te escribí un parrafito en inglés en el que me consta que hay errores, y tú guardas un silencio sepulcral sobre eso; mis errores gramaticales, principalmente de régimen y ortográficos, los callas de una manera sistemática. Creo que esa es una falta de amistad, o mejor de cariño, porque ese estúpido sistema me impide adelantar un poco y mejorar. ¿No crees tú que sea más correcto seguir una conducta enteramente opuesta y señalarme donde está el mal para evitarlo? ¿O será que tú piensas que estando lejos hemos de tratarnos de un modo diferente? Hay veces que me digo cuando te estoy escribiendo: “Santos me va a discutir este pensamiento o esta palabra, etc.”, y luego veo que no hay tal. Me parece que basta por ahora.

Dile al doctor que no puede imaginarse lo que me alegro cada vez que me acuerdo que pasó el año bisiesto sin que dejara un recuerdo malo para la familia.

Contéstame y dime qué te parece mi idea; no la echés en saco roto; también consúltala con tu papá.

Cariños a los amigos: que Bartolín y Mendoza estén ya libres de su mal, para mayor gloria de su médico.

Tu amigo que te abraza,

HERNÁNDEZ

P.D: ¿Pasaste por Carúpano? Dime cómo se llama en inglés el pizarrón, que se me ha olvidado”.

Además de lo mucho que leía, pues devoraba textos hora a hora hasta cansarse, José Gregorio Hernández también regresó a una inquietud suprema de sus inicios universitarios; la virtud del lienzo para llevar a él la concepción más sublime. Expone en la obra *Nuestro tío José Gregorio*, su sobrino, el doctor Ernesto Hernández Briceño que:

En el tiempo que José Gregorio pasó en Isnotú a su regreso de Caracas, graduado de doctor, pintó dos cuadros al óleo, uno del Sagrado Corazón de Jesús y el otro de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que en facsímiles podemos ver aquí, y que él regaló a nuestra madre cuando esta era apenas prometida de nuestro padre. Están pintados sobre tablas de cajón y se conservan perfectamente bien. En una de sus visitas a nuestra casa número 20 entre Altigracia y Cuartel Viejo, José Gregorio vio los dos cuadros sobre una ventana del segundo corredor y admirado le dijo a nuestra madre: Pero Dolores, cómo es posible: “¿Todavía conserva usted esos dos cuadros?”, a lo que nuestra madre repuso: “Y ¿cómo no los iba a conservar, José Gregorio?”.

XXVI
LOS CANTOS HOMÉRICOS.
SE LE TRATA DE GODO. LOS HÉROES

Continúa el doctor Hernández como médico municipal de Betijoque y atiende a sus pacientes particulares en este pueblo y en Isnotú. Ahora está aún más cerca de su apostolado cristiano, ya que todos los domingos se desempeñó como monaguillo en la misa que oficia el cura de Betijoque y hace la ruta para ir a este acto ritual y para regresar a su casa en Isnotú, prescindiendo de la bestia de monta. Caminó el trayecto cuatro veces en ir y regresar, pues en la tarde lo repite para cumplir con una promesa de devoto súbdito de san Nicolás y san Juan Nepomuceno.

Pero veamos dos cartas patéticas para Santos Aníbal en donde demuestra toda la admiración que siente por la familia Dominici hasta el extremo de sentirse un hijo más del ilustre rector de la Universidad Central de Venezuela. Las mismas están fechadas el 11 y 18 de febrero de 1889. En la última suele aparecer el triste fenómeno del sinsabor cuanto tiene

que contarle al amigo que lo han involucrado en las cuestiones políticas regionales y que o lo destierran del estado o lo mandan preso a cualquier cárcel del centro del país.

No hay que olvidar que el candidato en los Andes a la presidencia de la república era el general Juan Bautista Araujo y el candidato a presidente del gran estado los Andes era el general José María Baptista entrambos de extracción conservadora. Ahora ¿quiénes y por qué tratan de godo al doctor Hernández y abogan por su expulsión de la región nativa? A través de la relación histórica no olvidemos que don Benigno Hernández, el padre llegó a esta tierra hospitalaria de Isnotú, como una víctima de los liberales de la Revolución Federal. Pero veamos las cartas:

Ayer recibí tu carta 17.^a, que más que nunca me ha traído una gran alegría inmensa; nunca he tenido una satisfacción más pura que la que experimenté cuando leí el párrafo en que me cuentas la acción de los estudiantes con tu papá, y no porque yo tuviera dudas de que le tuvieran muchísimo amor, que lo contrario constaba; cuestión esta para mí de muchísima importancia, había ido analizando uno por uno todos los síntomas que se manifestaban, tanto en mis discípulos como con los otros estudiantes con los cuales estaba relacionado, y al cabo de poco tiempo logré convencerme de que él era universalmente estimado y que si esta estimación se no manifestaba ruidosamente era debido a causas muy sabidas de antemano.

Es costumbre que tú has visto muy bien entre los estudiantes, de tenerle pánico al calificativo de adulante; obstáculo ante el cual todas las simpatías se han estrellado; y la frase de Padrón, refiriéndose al doctor Morales, manifiesta claramente cuál es la influencia de tal calificativo; “aunque yo odio al doctor Morales, comprendo que sabe mucho y no tiene nada de pedante”. Ahora bien, el odio que le tiene no es sino un medio de decir lo segundo sin mayor peligro.

La experiencia de muchos años había convencido a los universitarios, y yo era y aún soy de los más convencidos, de que el nombramiento del rector rara vez, por no decir nunca, se hace teniendo en cuenta las aptitudes del nombrado, ni sus conocimientos, ni su posición social; por cuya causa, como tú muy bien sabes, ha caído en tanto desprestigio el rector para los universitarios, desprestigio que es causa de la silba con que generalmente se obsequia a todo nuevo rector cuando la jura, lo mismo que de las risas que motiva todo papel que se lleva a las clases sobre vacante, etc.; por una casualidad verdaderamente sorprendente llega el doctor a ocupar aquel puesto, y los estudiantes observan su sin igual modo de ser, su aspecto, a la vez que tan importante y respetable, tan bondadoso y suave; y todavía recelosos, como todo el que ha sido engañado repetidas veces, lo juzgaban unos de un modo, otros de otro; pero casi todos se sentían con simpatías hacia él. Lo quitó Crespo. Hasta entonces, había habido simpatías en silencio, simpatías que yo sabía que existían solamente porque no se hablaba mal de él; mas, luego que comprendieron que hasta entonces la universidad había tenido rector y que ahora solo ocupaba el sillón una caricatura, puesto que se sentaba en él Jelambi, luego, digo, se empezó a manifestar en alta voz, aunque todavía tímidamente, el cariño que les inspiraba el doctor, y el respeto que por él sentía la mayor parte de los muchachos.

Por aquella época recuerdo que, una vez que estaba en tu casa, me hacía notar el doctor lo poco que eran agradecidos en la universidad, puesto que, después de lo sucedido cuando Telmo, apenas si algunos lo saludaban; yo, que entonces solamente sentía que le tenían cariño, pero no podía asegurarlo porque carecía de pruebas, lo inculpé fuertemente. A decir verdad, para mí solamente eran culpables de ir con lentitud, puesto que yo sabía que tarde o temprano tendría lugar la manifestación pública y ruidosa de cariño, sentada la convicción que tengo de que en ninguna parte luce la verdad con más seguridad que entre los estudiantes.

No te fastidies de que hable tanto de lo mismo; sino te estuviera hablando de esto era capaz de reventar: estoy medio loco y anoche no podía dormir de contento; mándame una copia de la representación; esto, que para ti era una sorpresa, para mí era un acontecimiento

que lo venía esperando desde hace mucho tiempo. En diciembre vi a Colina, el que vive casa de Ackers, en Valera, y le pregunté cómo habían recibido los estudiantes los cambios en los empleados, y me contestó; “Los nuevos catedráticos han gustado mucho, pero la quitada del doctor Dominici la hemos sentido todos muchísimo: es el rector más querido de los estudiantes que yo he visto”. Me contenté mucho, porque me imaginé que no tardaría en saber el doctor las simpatías que le rodeaban en la universidad, mas nunca creí que los estudiantes hicieran una manifestación tan espléndida como la que acaba de tener lugar; ¿y cómo no estar sumamente contento si este suceso es único en la historia universitaria?; ¿y cómo no ser único si tampoco desde Vargas se encuentra en la larga lista de rectores uno que honre tanto a la universidad como tu papá?

Es cierto que varias veces se han hecho peticiones al gobierno por los estudiantes; mas todas se relacionaban al mejoramiento material del instituto, o tenían por objeto la recomendación de catedráticos que tenían de antemano sentada una buena reputación, y era siempre mirada con suma indiferencia la elección del rector, como que ya sabían lo difícil de encontrar una persona que por todos respectos fuera idónea para tal cargo; nunca habían encontrado una ocasión más propicia, y afortunadamente supieron aprovecharla espléndidamente.

¿Habrá quien tarde o temprano no adore a tu papá? Es una dicha inmensa para ustedes ser sus hijos, y para mí también, ya que mi cariño hacia él anda a la altura de un hijo. No te olvides mandarme la copia.

Nunca me vinieron tus cartas trece y catorce, aunque todavía no he perdido por completo la esperanza de recibirlas, porque si se fueron para Nueva York, como la 5.a, todavía no tienen tiempo de haber regresado. Releyendo en estos días pasados todas tus cartas, me encontré con el juicio tuyo sobre la *Iliada*, o mejor dicho, con la impresión que te causó su lectura, y entonces recordé que cuando recibí esa carta pensé decirte cuál era la causa de tan triste desengaño; pero no creas que esto es mío, no: fue tu papá quien me hizo estar en cuenta de ello; parece una tontería y es la clave de todo juicio acertado sobre los hombres y las cosas —no te admires de mi tono doctoral— sin lo cual forzosamente se ha de errar; y me decía el

doctor: “Siempre que se ha de emitir un juicio sobre lo pasado el crítico debe juzgar arreglándose a la filosofía e instituciones de la época a que pertenece la cosa juzgada” En la época de Homero, o mejor dicho, en esos siglos en que se escribió la *Iliada*, los héroes solo eran perfectos cuando poseían todas las dotes que tú has leído en ese libro, y por eso se dice héroe homérico “queriendo decir perfecto o héroe de los tiempos de Homero, suponiendo que es perfecto el retrato que Homero nos dejó, puesto que él debía copiar a su época, de cómo debía ser un héroe de aquellos tiempos para que, arreglado a sus creencias, leyes y costumbres, se le considerara como summum de la perfección. Si tú no opinas de ese modo, discutiremos; pero me parece que no ando muy errado en esta explicación y que no me han de faltar argumentos para defenderla.

Macaulay ha sido mi solaz en estos días, ¡lástima que te hayas deshecho de tan singular libro! He leído con mucha detención su artículo sobre Maquiavelo, porque lo he encontrado enteramente opuesto a mí en el juicio sobre este grande hombre, aunque en lo de grande estemos de acuerdo. He estado buscando argumentos, pero es para que él gane, y yo sea de su opinión; todavía no he logrado convencerme de lo que dice: tú, que lo has tratado de traducir, debes haber experimentado la misma opinión que yo en aceptar sus ideas. ¡Cuánta falta me hace tu espléndida biblioteca!

He estado tratando últimamente a una mujer que padece de metritis crónica, un caso muy curioso; he usado las escarificaciones del cuello del útero como tratamiento local y al interior el extracto fluido de *Hidrastis canadensis* alternando con la ergotina de Bonjean. Ya está casi buena; me costó mucho trabajo este diagnóstico por la falta de libros y por la de práctica; voy a tratar de remediar lo primero lo más pronto que pueda, y como ha de ser por tu órgano, te suplico escribas a París a la casa de O. Berthier —no tengo seguridad de que sea este el nombre, pero Luis Vegas tiene el catálogo, se lo pides y ves el nombre y la dirección— y le pides su catálogo y te informas de lo demás que creas necesario para encargarles libros, pues pienso encargarles libros y periódicos solamente a ellos.

Y pues hablo de periódicos, aprovecho esta carta para enviarte la tarjeta en que el estúpido de Baillièrre me avisa que me abonó al

periódico; si lo crees conveniente puedes enviársela para que no le quede duda ninguna sobre el particular, aunque ellos saben componer muy bien sus cosas. También que se prepare tu tío Napoleón, porque he descubierto, al fin del último volumen de Pepper, un catálogo magnífico, en que encontré obras sumamente importantes que pienso encargar; se me hace la boca agua cuando veo tantas cosas sublimes como deben contener esos libros; además, que no nos ha de dar mucha pena molestarlo, ya que para eso se ha conformado con ser tío.

No te envío una razón detallada del caso de envenenamiento que tuve, porque, como en esos días fue mi viaje al Táchira, no recogí todos los datos necesarios; me han ofrecido traerme caraoatas de las que suponen ser las venenosas y, si resulta así, no dejaré de enviarte algunas para que las cultives y estudies luego sus efectos. Muchas gracias por tu ofrecimiento eminentemente satírico del periódico de los hospitales; y, entre paréntesis, no se dejarán de escribir bastantes sandeces y bastantes copias en él: ¡como que es tan fácil escribir artículos de Medicina!

Todo lo demás que se relaciona conmigo, es decir, con mi sistema de vida, no ha cambiado; los días transcurren sin mayor ruido. No dejes de decirme qué te parece mi opinión sobre la conducta que debes seguir con tus tíos.

Nada me dices qué sucedió por fin de la mordida de María por el perro; yo mismo no he dejado de estar con mucho cuidado, porque el tal perro muy bien pudo estar rabioso: esa sí que sería la última desgracia.

Luego que recibas el catálogo de Berthier me lo envías; mira que es lo que espero para enviarte la lista de obras que debo pedir; pero que necesito saber los precios de algunos, como, por ejemplo, de la *Clínica* de N. Gueneau de Mussy.

No me has dicho si por fin se graduó Fernández y qué tal quedó. Cumplí tu encargo de enviar un saludo al señor Dr. Ríos. Salúdame muy cariñosamente al doctor.

Tu amigo que desea abrazarte,

HERNÁNDEZ

Muy querido amigo:

Recibí tu carta 18.^a y con ella van dos cartas que me hacen una alegría muy grande; la anterior me participaba la muestra de cariño y respeto que los estudiantes le dieron al doctor, y esta de ahora me trae la noticia de la buena impresión que has dejado en el ánimo de tus tíos; ya te tengo dicho mi opinión, que hoy se ha arraigado muchísimo más puesto que tu carácter los ha dejado agradados; y no creas que es cosa común el sentimiento que has producido en ellos: no, al contrario.

No sabía que habían pasado el proyecto del hospital a otro terreno que al de Palo Grande; seguramente esta noticia me la das en alguna de las dos cartas que se perdieron; tampoco sé hacia qué lugar queda el cementerio de que me hablas; mas comprendo que era mucho mejor el terreno de antes, y además había tranvía para que los médicos, estudiantes, enfermos, etc., pudieran ir sin mayor dificultad; además de que, indudablemente, habrá de estar más cerca de la ciudad. Respecto de lo que me dices que no te parece que se haya debido a influencias, no me extrañaría que así fuera, porque toda la vida no he visto otra cosa.

Me extrañaría que fuera Rísquez el de la idea de las penas correccionales. ¡Santo Dios! Penas correccionales, como quien dice, caminar hacia atrás. Ahora particularmente que, estando la universidad tan bien servida, de seguro que los estudiantes no necesitarán de ningún esfuerzo, para que cumplan con su deber; recuerdo que Elías Rodríguez decía que del catedrático dependía que los alumnos fueran a la clase.

Y ahora que hablo de universidad, recuerdo que, estando en Mérida, fui a visitar la de allá; ciertamente, la impresión que tuve fue tris-tísima: aquello da histerismo a las personas predispuestas; no me queda duda que están los estudios muy mal, particularmente los de Medicina y los de Matemáticas; parece que lo único que se estudia bien allí es el Derecho.

He estado compadeciendo al pobre Meier durante su hora de calvario en la clase de Química: el catire, aunque parece arrojado, es más bien tímido, y tiene una antigua y extremada propensión a volarse; todo depende de que tiene un fondo de modestia que siempre lo ha hecho muy simpático a todo el curso.

No es de ahora que se dice eso de traer profesores de Europa, y cuando vino Guzmán tú debes recordar que también se corría lo mismo.

Por fin como que va a suceder lo que tanto habíamos temido: me dijo un amigo que en el gobierno de aquí se me ha marcado como godo y que se estaba discutiendo mi expulsión del estado, o más bien si me enviarían preso a Caracas; yo pensaba escribirle a tu papá para que me aconsejara en qué lugar de oriente podré situarme, porque es indudable que lo que quieren es que yo me vaya de aquí; sin embargo, no le escribo porque, como no tengo seguridad en el correo y a él tendría que escribir en letra ordinaria (estos párrafos están escritos en letra cursiva alemana. Nota del Dr. S. A. D.), correría mucho peligro. ¿Si me echan de aquí, adónde voy? Esta es mi duda.

Como tú comprendes, sin que yo haya dado lugar a nada, porque solamente me preocupaban mis libros.

Le escribí al doctor González diciéndole que me quiero ir y le dejo entender el motivo; y le hago a él la misma pregunta.

Contéstame lo más pronto que puedas y me dices la opinión de tu papá; aunque, sí aquí apura la cosa, yo me iré a Caracas y allá decidiremos el remedio, ¿qué te parece?

Cariños a todos: tu amigo que te abraza,

HERNÁNDEZ

XXVII
DE NUEVO A CARACAS. EUROPA
ES UNA PERSPECTIVA Y UN
MUNDO DE APRENDIZAJE

Estos meses en tierra trujillana vienen a alimentar en el doctor José Gregorio Hernández su vocación de servicio a la comunidad y su deseo de profundizar en la ciencia en que ha hecho carrera. Los Andes le sirven de marco de referencia en lo que debe hacer.

Su primo hermano, también médico años después, el doctor Temístocles Carvallo, habrá de decir de él que:

El destino del doctor Hernández se cumplió providencialmente, orientando su esfuerzo y sus excepcionales energías hacia un sacerdocio como la Medicina, en donde logró derramar a torrentes el caudal de amor franciscano con que lo había dotado la naturaleza. Lo vemos triunfar en todas sus actividades porque lo estimuló ese amor intenso y sin fracasos ni flaquezas a cuanto se consagraba... En su acción social lo guio también el amor que hizo de él un taumaturgo. Tenía la visión intuitiva del predestinado, la bondad del apóstol y un profundo sentido humano; una irradiación espiritual

incontrastable, un dinamismo moral y físico de todos los instantes y de su persona brotaba aquel fluido maravilloso que sosegaba las almas y curaba los cuerpos.

Ha permanecido en tierra trujillana nueve meses. Los estudios, los compromisos, la vocación de servicio a la comunidad y a Dios, le han de privar de por siempre de regresar al lar nativo, pero del mismo no se desprendió nunca en cada una de sus evocaciones. Mas esta permanencia al lado de sus familiares, de su pueblo y de sus recuerdos de la niñez y la juventud, le habrán de ser eminentemente útiles en el futuro. Su cercano pariente ya citado, Temístocles Carvallo, habría de manifestar que:

No se busque en esas hojas amarilladas por el tiempo como escribe atinadamente el profesor Santos A. Dominici “hondas concepciones filosóficas, ni grandes descubrimientos científicos, o nuevas formas literarias, sino meros autógrafos juveniles de aquella personalidad excepcional, única en nuestros fautos, por el conjunto de sabiduría y virtudes” que formó la trama heroica de su vida.

Con el ardor propio de los veinte años, labora Hernández en un medio impropio, —añade Carvallo— desgarrado por banderías anacrónicas, en pugna y encadenado a la voluntad despótica de ré-gulos ignaros. Su obra clínica, como lo exigían las circunstancias, es muy vasta: maneja el oftalmoscopio y el laringoscopio deleitándose ante los vivos reflejos de la epiglotis; ausculta tuberculosis, indaga la amplitud de la pelvis obstétrica, entra en lucha contra la petulancia indigesta de algún boticario aldeano, cruza a caballo la abrupta serranía, admira el arrobamiento místico de la grandiosa naturaleza que le rodea, enfoca con criterio humano las escasas palpitaciones de un medio social incipiente, sueña con manejar algún día el microscopio; y en efecto de esparcimiento espiritual pasa de las páginas de los textos ingleses a la lectura de la comedias de Lope o se recrea en el campo de la crítica literaria con los brillantes escarceos de la pluma de Moratín. Y, por si no fuera bastante, conserva

lumbre de simpatía en las pupilas y entusiasmo suficiente en su pecho de patriota para saludar desde lejana provincia, cuanta reforma caía como levadura de progreso dentro de la masa inerte de la vieja casona de San Francisco (Universidad Central de Venezuela) cual si presintiera la revolución trascendental que él mismo habría de promover bien pronto en el sistema ya anquilosado de los programas de enseñanza médica de Vargas.

Ahora es el regreso. Parte de Isnotú en la mañana del tres de abril de 1889 para embarcar en La Ceiba con destino a Maracaibo de donde sale para Curazao el día 5. Realiza de nuevo, a la inversa, el mismo periplo anterior; demora en Puerto Cabello, hace tierra en La Guaira y en un vagón del tren reposa mientras le corresponde la llegada a Caracas, a donde ha sido llamado por su viejo e ilustre profesor, el doctor Calixto González, para que se prepare a partir hacia Europa a hacer cursos de especialización, aunque pasarían meses antes de que salga el decreto, el 31 de julio de 1889, por el cual se dispone “enviar a la ciudad de París a un joven médico venezolano con el fin de que estudie determinadas especialidades científicas”.

En Caracas tiene oportunidad y tiempo de compartir con algunos de sus más conspicuos compañeros de aulas, con muchos de sus profesores más brillantes y, especialmente, con la familia Dominici que lo recibe como a un hijo más, tal y como lo amaban todos.

Partirá para Europa. La “Ciudad Luz” lo embruja en el campo de sus aspiraciones científicas, pero no ha de ver más al viejo roble don Benigno Hernández Manzaneda, su padre. Este muere en Isnotú el 8 de marzo de 1890, mientras él

es objeto de elogios por los más brillantes profesores de la Universidad de París.

Se perdió el rimero de cartas que desde allí envió a su amigo Santos Aníbal Dominici con quien ha de encontrarse en tan pródiga tierra. Ya había hecho amistad con el joven pianista venezolano Redescal Uzcátegui, becario del gobierno venezolano para perfeccionarse en el Conservatorio de París.

A mediados de 1890 llega Santos Aníbal. Se desvive el científico trujillano en atender a su condiscípulo y hermano espiritual. Juntos anduvieron por la ciudad recorriendo salas de experimentos de la universidad, calles y parques. Un día, manifiesta este:

Dejamos el Barrio Latino, pasamos el Sena por la plaza de La Concordia, seguimos por los Campos Elíseos hasta la Estrella del Arco de Triunfo y de allí torcimos por la avenida Kleber hacia el Trocadero, camino que habíamos recorrido en muchos días festivos anteriores.

Al pisar la acera del Palacio de Castilla un portero vistosamente uniformado nos hizo señas de que nos detuviéramos: en ese momento desembocaba del jardín delantero del palacio un carruaje con cocheros ahogados en caireles y alamares. El landó pasó casi rozándonos: en el asiento trasero venía una anciana de opulentas carnes, al frente una dama más joven, de buen porte. “¡La Reina!” exclamó Hernández en el colmo de la emoción, con júbilo inexprimible, arrastrando el sombrero hasta más abajo de la rodilla. La dama mayor, quien se dio cuenta de aquel acto de genuina admiración, saludó sonreída con gentil ademán. Quedose mi amigo unos instantes en éxtasis y luego, apretándome el brazo, volvió a exclamar: “La Reina de España... ¡Y nos ha saludado!”. Era, efectivamente, la Majestad caída de Isabel II.

Después sería el retorno a la patria. El 5 de noviembre de 1891 se le nombra catedrático de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología en la Universidad Central de Venezuela. El detalle inconmensurable ha de ser interesante en sumo grado, pues se trata de la primera cátedra de Bacteriología fundamentada en territorio americano.

Discurre rápido la historia familiar y científica. El 19 de febrero de 1892 es invitado a la boda de su hermano César con Dolores de Jesús Briceño, pero la distancia le imposibilita la alegría de este suceso boconés. Su residencia es la parroquia El Sagrario, de Caracas, en compañía de su tía paterna María Luisa Hernández y de sus hermanos Benjamín y Josefa Antonia, en la casa número 28, entre las esquinas de Pelota a Punceres.

Cuántos sucesos han de darse en los años gloriosos que le quedaban de vida. En 1893 es colaborador de *El Cojo Ilustrado*. Un año después de la *Gaceta Médica de Caracas*. Ya es popular el apodo de Hernandito entre sus compañeros médicos y sus antiguos profesores universitarios.

No logró pues una de sus más caras satisfacciones. Vivir y actuar en el terruño natal, ser allí un consejero espiritual de la juventud y un guía en la alta fe para llevar hacia adelante la más gallarda rectitud, cultivando la generosidad, la dádiva y dándose por entero al sacrificio por los desamparados, por todos aquellos inmersos en la pobreza y en el dolor.

Sin embargo, no fue ajeno nunca a Isnotú, a su familia y a sus gentes en general. Ayudó en cuanto estuvo a su alcance para solucionar problemas del pequeño poblado, se empeñó

en la educación de sus hermanos menores y de sus sobrinos y a los enfermos que podían venir desde allá hasta Caracas los atendió, los cuidó, los guio. Era, además de sabio, un santo.

Prueba de esa relación con el medio andino y con sus parientes y sus amigos la vamos a concretar, apenas, en cinco cartas a su hermano César, escritas entre 1892 y 1899, de este tenor:

Caracas, mayo 13 de 1892

Mi muy querido César:

Recibí tu carta de febrero, y no la había contestado por no haberse ofrecido desde entonces hasta hoy ninguna oportunidad segura.

El principal objeto de tu carta era el participarme tu próximo matrimonio; a estas horas en que te contesto ya debe haberse efectuado. Mis deseos son por que seas sumamente feliz, y porque veas logradas todas tus ilusiones.

Efectivamente, de casa siempre me han contado que tú te has conducido con la familia muy bien; yo espero que sigas siempre lo mismo con ella, principalmente ahora que mis medios todavía no me permiten ayudarla como yo lo deseo, y como tal vez podré hacerlo más tarde.

Pienso traerme la parte de la familia que puede venirse, muy pronto; y no lo he hecho ya a causa de los movimientos ocurridos últimamente, porque creo que sería exponerlos el hacerlos venir en las actuales circunstancias, y además por otras razones que se juntan a esa primera que te cuento. Ya hoy lo tengo todo preparado y creo que se transcurrirá muy poco tiempo antes de hacerlo.

Dámele muchos cariños a Dolores, y dile que ruego a Dios para que su vida se pase siempre entre flores sin espinas.

Escíbeme pronto, y me cuentas todo lo ocurrido con motivo de estos movimientos; dime si han sufrido allá en los intereses.

Salúdame muy cariñosamente a don Manuel Briceño y toda su familia, y dile que siempre recuerdo con placer los ratos agradables que pasaba con él.

Muchos cariños también a los Leones; dime si ellos no han tomado parte en nada.

Pronto te volveré a escribir, y te ruego que también tú lo hagas pronto. Mi salud marcha bien.

Tu hermano que te abraza estrechamente en unión de Dolores,

JOSÉ

Caracas, febrero 5 de 1895

Mi muy querido César:

Recibí tu carta de fines de noviembre y, aunque había deseado contestarte antes, no lo había hecho, porque quería enviarte el poder de Josefina que me pides; y como ella estuvo enferma con fiebre no lo habíamos podido hacer. Ahora te lo enviamos legalizado para que efectúen las particiones cuanto antes.

Respecto a lo que me dices de lo de Benjamín, él había dicho que ese derecho de San Juan te lo iba a dar a ti, y que tú le dieras a Hercilia cien pesos de él; el derecho de la casa es para Sofía, y a Isolina le iba a dar un dinero que le debía Juan. Así es que todo se hará conforme el quería. Tú puedes disponer del derecho de San Juan puesto que te pertenece según su voluntad, pero debes darle a Hercilia cien pesos, porque así lo quería Benjamín; puedes írselos dando poco a poco.

Yo estoy siempre muy ocupado, así es que nunca tengo tiempo para escribirles largo y siempre lo hago de carrera.

Francisco Espinoza está aquí en el hospital, pero me parece que no ha mejorado gran cosa; creo que se encuentra en el mismo estado en que vino.

Muchos cariños a todos los de allá. Te recomiendo que ayudes siempre en lo que puedas a Eulogio y a Amelia.

Un abrazo a Dolores y el niño.

Tu hermano que te quiere,

JOSÉ

Caracas, agosto 8 de 1895

Mi muy querido César:

Aprovecho la ocasión de la ida de Francisco Espinoza para escribirte esta carta y darte razón de nosotros, al mismo tiempo que te diga lo mucho que hace que no recibimos cartas tuyas. Aquí todos estamos buenos y deseamos que allá se encuentren también gozando de salud.

Francisco se va sin estar completamente bueno porque no ha querido hacerse una operación que necesita para alcanzar su salud; por más que le he hecho reflexiones no se ha resuelto; así es que vuelve para allá casi en el mismo estado en que se vino.

También estuvo aquí Rafael Jiménez quien nos dio pocas noticias de allá porque dice que se vino por el ferrocarril directamente de Valera a La Ceiba; mucho nos habría gustado que hubiera traído cartas de ustedes.

De aquí te mandan a preguntar si recibieron el retrato de Benjamín y si Dolores recibió un corte de camisón que le mandaba la familia. Contéstame pronto y saluda en nombre de todos a Dolores y al niño.

Tu hermano que te quiere,

JOSÉ

Caracas, febrero 8 de 1899

Querido César:

Te escribo ahora un poco de carrera para aprovechar el correo de hoy. Recibimos tus cartas en que nos avisas tu llegada y nos hemos alegrado mucho al saber que lo hiciste sin novedad y de que hayas encontrado la familia buena.

Ayer entregué a la casa de Blohm de aquí la suma que me dices; te adjunto el recibo; escríbele a la casa de Maracaibo para avisárselo y te abonen en cuenta.

La jubilación no la conceden sino a los maestros de escuelas federales; así es que don Pedro no puede obtenerla sino del gobierno del estado.

Dile a Amelia que tome una cucharadita de agua de azahares al levantarse y acostarse.

Aquí han estado enfermos con parótidas; ya están algo mejores. Cariños a todos los de allá.

Tu hermano que te abraza en unión de Dolores y niños,

JOSÉ

Caracas, junio 13 de 1899

Querido César:

Recibimos tus cartas del mes pasado y nos alegramos mucho que se conservaran todos buenos. Aquí tampoco hay novedad y todos gozamos de salud.

Hercilia te manda la escritura de la venta de San Juan que le hace a Simancas; tú se la entregarás cuando te entregue los mil pesos más los de los arrendamientos, y ese dinero se lo mandas para acá lo más pronto posible, bien por la casa de Boulton de Valera o la de Maracaibo, o por cualquiera otra casa con tal que lleguen pronto y seguros.

Pienso que en los primeros meses del año entrante podré mandar por ustedes; así es que váyanse preparando. Vende lo tuyo para que empieces a pagar en Maracaibo y trata de vender lo de Josefina, aunque sea por trescientos pesos, que ella los necesita con urgencia.

Tu hermano que te abraza,

JOSÉ

En 1897 se hace religiosa su hermana Cira María y él coloca en una de las paredes de la Santa Capilla una placa con el título de “Gloria a María”.

Adquiere un inmueble para casa de habitación en la calle sur 2 de la parroquia Santa Teresa, entre las esquinas de Pajaritos a Palma, signado con el número 41. Un año después muere su hermana María Sofía, la esposa de su compañero de viajes en años anteriores, José Temístocles Carvallo.

Por 1902 cuando Alemania, Italia e Inglaterra acuerdan el bloqueo de nuestras costas, el doctor Hernández es uno de los primeros en llenar las formalidades para incorporarse a las milicias nacionalistas porque ante todo “la dignidad patriótica”. Dos años después, el 7 de abril de 1904 se decreta la Academia de Medicina la cual se instala el 11 de julio siguiente, correspondiéndole al doctor Hernández el sillón XVIII como Individuo de Número.

Mas el artista y el científico iban siempre de la mano. El 7 de abril de 1905 adquiere en arrendamiento con opción de compra, un piano marca Pleyel, número 56592 que terminaría de cancelar el 3 de julio de 1906, pero entre tanto la opinión pública ha estado conmovida con la polémica que él impone con el también médico, doctor Luis Razetti. Ya ha recibido, el 11 de diciembre de 1905, uno de los más caros galardones a la sabiduría y al decoro científico en Venezuela, la Medalla de Instrucción Pública.

Al año siguiente publica sus *Elementos de Bacteriología* (Caracas, Tip. Herrera Irigoyen &, 1906, 193 págs.). Solicita la Jubilación de Ley, pues ejerce las cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología desde el 6 de noviembre de 1891. Sin embargo, le faltaban algunos años y es favorecido con su petitorio por el presidente de la república, encargado, el general Juan Vicente Gómez, en virtud de su comentado libro que ya hemos citado.

En 1907 conferencia con el arzobispo de Caracas en Venezuela y logra una recomendación para entrar en la Orden de los Cartujos en Italia. Ya ha escrito un denso ensayo sobre Santa Teresa de Jesús. Allá permanece de junio de 1908 a

marzo de 1909. Regresa al país para desarrollar una encomiable labor docente y científica que deseaba perfeccionar aún más y en 1917 viaja a los Estados Unidos y Europa. Mas vuelve pronto y llega el aciago 29 de junio de 1919 cuando entrega su alma a Dios.

Bien podemos colocar como epílogo el siguiente concepto publicado en el diario caraqueño *La Religión* en la hora de los cinco lustros de su muerte:

Abre el doctor Hernández una época de auténtico progreso científico en el país, y por ello bien se le llamó el Pasteur venezolano. Fue un nombre y fue toda una institución. No era el ser sabio, era el saberlo ser. Aquel hombre jamás alardeó de su ciencia, ninguno de sus discípulos se sintió oprimido por su saber. Enseñaba, porque sabía y porque sabía enseñaba. Era un maestro.

EL MÉDICO: José Gregorio Hernández lo era. Su ojo clínico seguro; su aplicación terapéutica, efectiva. El enfermo confiaba en él. Pero no era esta su más sobresaliente característica, era la de ser el médico que se acercaba más al alma que al cuerpo. Sabía consolar en los momentos de angustia y, aún cuando franco al comunicar el diagnóstico, sabía hacerlo sin desalentar.

ARTISTA: A José Gregorio Hernández, como todo espíritu selecto, le atraían las artes. Tenía ratos de poetas de elevados pensamientos, de profunda visión; sentía la belleza, la quería vivir como un reflejo de la de Dios. Sus obras van por ahí dispersas, esperando la mano piadosa que le construya su auténtico monumento.

FILÓSOFO: Se penetró de la necesidad de enseñar a pensar a las gentes jóvenes, especialmente de la universidad, y comprendió, además, que los más de los errores profesados por estudiantes y profesores radican en la ignorancia de la filosofía cristiana; se empeñó en hacer un texto y lo hizo. Aún cuando no podemos decir que es perfecto en su género, sí podemos asegurar que fue de singular utilidad para las generaciones que en él aprendieron.

CRISTIANO: De vida privada intachable, de vida pública ejemplar, José Gregorio Hernández fue el paradigma del cristiano

auténtico, del varón de Dios. Sostuvo recias luchas con serenidad imponderable y cristiana fortaleza. Diariamente se acercaba a la sagrada comunión, y en el día en que Dios quiso llevárselo a su seno recibió su última comunión, muy cerca del lugar de la tragedia, en el templo de La Pastora. Aquel hombre, profunda y manifiestamente religioso, fue respetado por los más díscolos discípulos; fue querido por los compañeros de profesión de más contraria opinión. Su prestigio moral se imponía.

A este gran cristiano, a este gran sabio, es a quien hoy se rinde pleitesía. ¡No en vano trabajan los hombres buenos!

BIBLIOGRAFÍA

- ARGÜELLO, Rafael (Cronista oficial de Betijoque). Artículos varios en periódicos de Valera, estado Trujillo (s.f.).
- BAPTISTA, José María. (1962). *Crónicas del Boconó de ayer*. Caracas, Imp. del Ministerio de Educación, 208 págs.
- BLANCO FOMBONA, Rufino. (1907). *El hombre de hierro*. Caracas, Tipografía Americana, 338 págs.
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario. *Los Riberas*. (1983). Caracas, Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos, 499 págs.
- BRICEÑO PEROZO, Mario. (1984). *Historia del estado Trujillo*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, Serie: Estudios, Monografías y Ensayos, vol. 55, 340 págs.
- BURGUERA, Magaly. (1982). *Historia del estado Mérida*. Caracas, Ed. de la Presidencia de la República, 214 págs.

- CALDERÓN, J. B. (1962). *Petroglifos prehistóricos de Colón del Táchira*. Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 108 págs.
- CARDOZO, Arturo. (1963). *Sobre el cauce de un pueblo. Un siglo de historia trujillana 1830-1930*. Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Trujillanos, 394 págs.
- CARVALLO, Temístocles. (1952). *José Gregorio Hernández. Su obra científica y social en Venezuela*. Caracas, Ministerio de Educación, Imp. de la Dirección de Cultura y Bellas Artes, 126 págs. Ilustraciones.
- CASTELLANOS, Rafael Ramón. (1957). *Historia del periodismo trujillano en el siglo XIX. Homenaje a Trujillo en el IV centenario de su fundación*. Caracas. Imp. Nacional, 310 págs. 4 h.
- CASTELLANOS, Rafael Ramón. (1978). *Vale, Valera Vale*. (Discurso pronunciado como Orador de Orden el 24 de junio de 1977 en el Concejo Municipal del Distrito con motivo del Día de Valera). Caracas, Ministerio de Información y Turismo, Imp. Nacional, 8 págs. 2 h.
- CASTELLANOS, Rafael Ramón. (1983). *Caracas en el Centenario del Libertador*. Caracas, Congreso de la República, Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar, 2 tomos.

- CASTELLANOS, Rafael Ramón. *Caudillismo y nacionalismo. Biografía de José Ignacio Lares*. (Inédito).
- CHALBAUD CARDONA, Eloy. (1975). *Historia de la Universidad de Los Andes*. Estado económico del Instituto desde el triunfo de la Revolución de Abril, 1870, hasta el triunfo de la Revolución Restauradora, (1899). Mérida, Universidad de Los Andes. Ediciones del Rectorado. Tomo VII. 592 págs.
- CHIOSSONE, Tulio. (1982). *Historia del estado Táchira*. Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, vol. 83, 175 págs.
- CONCEJO MUNICIPAL DEL DISTRITO BETIJOQUE
Actas 1887-1889. (Inéditas).
- DUANE, William. (1968). *Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823*. Caracas, Edición Instituto Nacional de Hipódromos, Colección Venezolanista, Serie "Viajeros", 2 tomos, 698 págs.
- HERNÁNDEZ BRICEÑO, Ernesto. (1958). *Nuestro tío José Gregorio. Contribución al estudio de su vida y de su obra*. Caracas-Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 2 tomos, 2.600 págs.
- LA RIVA VALE, Alberto. (1957). *Anales de Valera*. Trujillo, Imp. del Estado, 213 págs.

- LAVERDE AMAYA, Isidro. (1889). *Un viaje a Venezuela*. Bogotá, Imp. de la Nación, 406 págs.
- LÓPEZ RIVAS, E. (1980). *El Zulia Ilustrado*. Maracaibo, Fundación Belloso, 317 págs. Reproducciones en blanco y negro, empastado.
- MARTÍ, Mariano. (1969). *Documentos relativos a su visita pastoral de la Diócesis de Caracas 1771-1784*. Estudio preliminar y coordinación Lino Pérez Canedo, O. F. M. Libro personal. Caracas, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia), 5 tomos.
- MONTILLA, Tulio. (1989). *Lo contó el abuelo*. Mérida, Ediciones del Rectorado, Universidad de Los Andes, 124 págs.
- NÚÑEZ PONTE, J.M. (1958). *Dr. José Gregorio Hernández. Ensayo crítico-biográfico*. Caracas, Imp. Nacional, 290 págs.
- ROMERO LUENGO, Adolfo. (1978). *Villa de Altigracia o presencia de la tierra chica*. Caracas, Círculo Editorial de Cultura, 455 págs.
- RONCAJOLO, Leontine. (1968). *Recuerdos*. Prosa. (En Venezuela 1876-1892). Maracaibo, Universidad del Zulia, 133 págs. Ilustraciones.

- RUEDA, N. (1986). *José Gregorio Hernández, evangelizador de la Medicina*. Caracas, Ediciones Trípode, 110 págs.
- SALAS, José Segundo. (1961). *El Chachoy Pitijoc*. 2.^a edic. Caracas, Imp. Nacional, 204 págs.
- SANABRIA, Antonio. (1977). *José Gregorio Hernández de Isnotú 1864-1919. Creador de la moderna medicina venezolana*. Caracas, Fundación Premio José Gregorio Hernández. Imp. Universitaria de la Universidad Central de Venezuela, 163 págs.
- VELÁSQUEZ, Ramón. (1962). *Recuerdo de los días*. Caracas, Editorial Arte, 246 págs.
- YABER, Miguel. (1988). *José Gregorio Hernández*. Caracas, Ediciones Trípode, 204 págs.

ÍNDICE

Presentación: Una biografía-testimonio por CARLOS ORTIZ BRUZUAL	9
Capítulo I Frente al jurado examinador	13
Capítulo II El recuerdo hacia Isnotú. Amanecer caraqueño	21
Capítulo III La lección de las tías	27
Capítulo IV Hacia Caracas. El Colegio Villegas	31
Capítulo V Caracas, su Catedral y otras iglesias	38

Capítulo VI	
Otros motivos caraqueños	43
Capítulo VII	
Después del segundo censo nacional.....	46
Capítulo VIII	
El año del Centenario del Nacimiento del Libertador. Un viaje hasta Isnotú	51
Capítulo IX	
De Caracas al litoral. Puerto Cabello	55
Capítulo X	
Willemstad y los servicios médicos	61
Capítulo XI	
Hacia Maracaibo	64
Capítulo XII	
Estrena el ferrocarril	67
Capítulo XIII	
Rumbo hacia Betijoque	71
Capítulo XIV	
El obispo Martí y Betijoque	76

Capítulo xv	
Los pasos de la historia betijoqueña	83
Capítulo xvi	
Médico de Betijoque	90
Capítulo xvii	
La intención de residenciarse en Valera.....	96
Capítulo xviii	
Valera tiene ya sus médicos.....	101
Capítulo xix	
Un enfermo metido en la serranía.....	106
Capítulo xx	
Boconó es un sueño y una ilusión.....	110
Capítulo xxi	
Niquitao, donde las nubes “se empeñan en envolvernos”	117
Capítulo xxii	
De nuevo a Betijoque. Su homenaje a Boconó.....	120
Capítulo xxiii	
Caminando hacia las altas serranías	125

Capítulo xxiv	
Las más altas tierras andinas	132
Capítulo xxv	
Por los contornos de Michelena y San Juan de Colón. Regreso a Isnotú	141
Capítulo xxvi	
Los cantos homéricos. Se le trata de godo. Los héroes	150
Capítulo xxvii	
De nuevo a Caracas. Europa es una perspectiva y un mundo de aprendizaje	158
Bibliografía.....	171

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

EL MILAGROSO MÉDICO DE LOS POBRES EN ISNOTÚ

Fundación Editorial El perro y la rana

Caracas, Venezuela





El milagroso médico de los pobres en Isnotú

José Gregorio Hernández, hombre de infinita fe cristiana y con un profundo sentido humano, ha marcado una huella indeleble en la religiosidad y espiritualidad del pueblo venezolano. Su vida queda plasmada en esta biografía-testimonio. En ellos se destacan los eventos más significativos de su trayectoria, tanto en el campo científico como en el ejercicio de médico. Sin embargo, el honor más grande es que supo ganarse el afecto del pueblo que lo hizo suyo, por su entrega hacia los más desprotegidos, y lo convirtió en ese mito, en esa creencia popular que se fortalece día a día y espera con fervor su canonización por parte de la iglesia católica. Su autor presenta a un hombre de ciencia, estudioso de autores destacados en el campo de la medicina, al tiempo que proyecta al hombre de carne y hueso, poseedor de un agudo sentido del humor, pero que también sabe ser crítico ante las injusticias; otras veces nos encontramos con un José Gregorio amante del baile, la música, la literatura, que mantiene una estrecha relación epistolar con sus familiares y allegados, hechos que conforman el todo de la personalidad caritativa y abnegada que solo un apóstol como nuestro milagroso médico de los pobres supo legar a la posteridad.

RAFAEL RAMÓN CASTELLANOS (Trujillo, 1931 – Caracas, 2019)
Novelista, periodista, biógrafo, historiador, editor y académico. Estudio Filosofía y Letras en Bogotá. Su presencia e influencia en el mundo de los libros de nuestro país es quizás una de las experiencias más trascendentales y dignas de estudiar en el sector impreso: fundador de la librería Historia y La Gran Pulpería del Libro; bibliógrafo y coleccionista de documentos, archivos y papeles de gran valor cultural. Publicó más de setenta títulos, entre los que se destacan: *Bolívar, crítico de literatura e historia* (1963); *Historia del seudónimo en Venezuela* (1981); *Historias de las pulperías* (1988); *Sucre, creador del Derecho Internacional Humanitario* (1995) e *Historia de las librerías en Venezuela. 1607-1900* (2017). En 1995, le es otorgado el Premio Internacional Gran Mariscal de Ayacucho.

